

Francisco Fernández Carvajal

LA TIBIEZA



morgan

Este libro pertenece a una biblioteca circulante, no puede venderse, alquilarse o imprimirse.

© 2010 Morgan Editores

INDICE

I. DICHOSOS VUESTROS OJOS PORQUE VEN

En busca de la alegría
La fe, fuente de alegría
Necesitamos la alegría
Como ciegos y «cansados»: la tibieza
Cuando todo cuesta

II. TRISTEZA Y TIBIEZA

La dejadez
A quien tiene se le dará
Contar con los fracasos
El examen de conciencia

El examen particular

III. MIRAR A CRISTO

Cuando se busca la ilusión en otras cosas
Desprendimiento
Pureza de corazón

IV. EL AMOR Y LAS «COSAS PEQUEÑAS»

La tibieza y lo pequeño
La fidelidad de cada día
Nuestras obras de arte
El honor debido a Dios

V. ALEGRÍA Y SACRIFICIO

El tibio ama la senda ancha
La templanza
Cada día su cruz
La cruz pequeña

VI. CON LA LUZ DE LA FE

La tibieza: actuar sólo por motivos humanos
Una visión profunda de la vida
Dar gracias
En presencia del Señor

VII. LAS HIJASDE LA TIBIEZA

Desaliento

Dejarse ayudar

Pusilanimidad

Imaginación incontrolada (evagatio mentis) y torpor mental

Rencor y maldad

VIII. EL PECADO VENIAL

La aceptación del pecado venial

Consecuencias del pecado venial

Lucha contra los pecados veniales

La ciencia de los Santos

Un punto de referencia

Judas y Pedro

El antídoto

Aumentar la presión

IX. AMOR A LA CONFESION FRECUENTE

¿Quién nos arregla?

Lucha contra la tibieza y confesión frecuente

Una buena confesión

X. EL BUEN PASTOR

Hace falta tener un camino

Amigos fuertes

¡Ay del que está solo!

XI EL AMOR DE DIOS Y LOS DEMAS

Nadie da lo que no tiene

La neutralidad es imposible

Un tren parado en vía muerta

La tibieza hace difíciles las cosas fáciles

Junto a Cristo

XII. EL MEJOR REMEDIO

Tratar a María

La alegría de la Virgen

I. DICHOSOS VUESTROS OJOS PORQUE VEN

Pocas cosas se desean tanto en la vida las personas, unas a otras, como la alegría y la felicidad. Expresiones como «felicidades», «que seáis felices»..., se encuentran todos los días, en todos los idiomas y lugares de la tierra. Se expresa el deseo de algo muy valioso y apreciado. Y pocas cosas, quizás, se alcanzan con menos frecuencia que ésta de la felicidad. También en el caso en el que se pongan todos los ingredientes que los hombres consideran necesarios para conseguirla.

Da la impresión, en ocasiones, de que este tipo de palabras — felicidad, alegría, gozo, paz, etc.— expresan realidades que se parecen más bien a raras monedas de coleccionista, de gran valor y difíciles de encontrar. ¡Cuánto no daríamos por un mes, por un día, o al menos por una tarde de profunda alegría!

Muchos hombres, escépticos de que exista la felicidad, han inventado sucedáneos. Y a estos sucedáneos les han dado nombres que en realidad no les corresponden: a la tranquilidad la han llamado paz; a la carcajada, alegría; al placer pasajero, felicidad; etc. Sin embargo, esas realidades, verdaderas y profundas, que tienen un mismo origen, existen realmente y están al alcance de la mano. Muchos no las consiguen porque van a buscarlas, a veces con ahínco, precisamente donde no se encuentran: como si fuéramos a buscar piedras preciosas a una tienda de ultramarinos.

La alegría y la paz verdaderas se encuentran en Dios. Fuera de El no las encontramos jamás.

En cierta ocasión, el Señor se dirigió a sus discípulos y les dijo: Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen (Mt13, 16.). Les llama dichosos, felices y les da el motivo de su felicidad: no ciertamente porque sean ricos y poderosos,

o sean invulnerables al dolor, a la enfermedad y a las dificultades, sino porque sus ojos ven y sus oídos oyen lo que tantos hombres esperaron anteriormente. Son dichosos, exclusivamente porque están abiertos a la fe, a Cristo.

En busca de la alegría

La alegría —dice Santo Tomás— es el primer efecto del amor y, por tanto, de la entrega[1]. Se podría decir que hay tantas clases de alegría como clases de amor; la alegría de quien ama una buena comida es bien distinta de la que goza quien acaba de enamorarse. Dime dónde está tu alegría, se podría decir, y te diré dónde está tu amor.

La alegría de amar a Dios no tiene comparación, «no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios»[2]. El cristiano es alegre porque la esencia de su vida es amor de Dios. Es inconcebible un verdadero cristiano que viva su fe sin alegría.

Se fundamenta esta alegría en la vida de fe, en la esperanza sobrenatural, en el amor entregado. Es compatible con el dolor, con el fracaso humano, con la pobreza de bienes materiales.

La alegría verdadera es la de todos aquellos que se encontraron con Dios en las situaciones y circunstancias más diversas de la vida y supieron ser consecuentes. ¿Por qué no le habéis prendido?, preguntó el jefe de la guardia del templo a aquellos que posiblemente se buscaron un arresto o un despido al desobedecer. Es que jamás hombre alguno —dijeron— habló nunca como este hombre (Jn 7, 46.); o la dicha de Pedro en el Tabor: Señor, bueno es quedarnos aquí (Mc 9, 5.); o el inmenso gozo de los Magos al encontrar de nuevo la estrella que les conducía hasta Jesús Niño (Mt 2, 10.); o la alegría satisfecha del anciano Simeón: Ahora, Señor, ya puedes llevarte a tu

siervo de este mundo, porque mis ojos han visto la salvación(Lc 2, 29-30.); o el gozo de aquellos dos que caminan hacia Emaús y llevan en el alma, antes del encuentro con Cristo caminante, un profundo desaliento (Lc 24, 13-35.); San Pablo, precisamente en el momento en que relata los padecimientos que está sufriendo por causa de la fe, declara abiertamente: estoy lleno de consuelo y sobreabundó de gozo en todas nuestras tribulaciones (2 Cor 7, 4.); ... Y entre todas, la alegría de María: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios, salvador mío (Lc 1, 46-47.).

En los relatos de la Resurrección que nos han dejado los Evangelistas se nota una alegría especial, que llevarán los Apóstoles siempre en su alma, a pesar de dificultades y persecuciones. Es el cumplimiento de la promesa que hiciera el Señor en la última Cena: Y Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar (Jn 16, 22.).

Cada vez que se aparece el Señor a sus discípulos en los días siguientes a la Resurrección, los escritores sagrados nos han dejado la misma constancia: los Apóstoles se alegraron viendo al Señor (Cfr. Jn. 20, 20.). Su alegría no depende del estado de ánimo, ni de la salud, ni de ninguna otra causa humana, sino de haber visto al Señor, de haber estado con El. Lo mismo ocurre en la Anunciación de la Virgen; el Angel le dice a María: Alégrate llena de gracia, y, en seguida le da el motivo: porque el Señor está consigo (Cfr. Lc 2, 28.). Es la cercanía de Dios el motivo de aquella alegría profunda, de aquel gozo incomparable.

Nosotros estamos alegres cuando el Señor está presente en nuestra vida, cuando no lo hemos perdido, ni se han empañado nuestros ojos por la tibieza o la falta de generosidad. Cuando, para encontrar la felicidad, se ensayan otros caminos fuera de Dios, al final sólo se encuentra soledad y tristeza. La

experiencia de todos los que, de una forma u otra, volvieron la cara hacia otro lado para no ver a Dios, ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay felicidad. Por el contrario, cada paso que damos hacia Cristo es un paso hacia la alegría, hacia la plenitud. Es la piedra preciosa de la que nos habla el Evangelio (Cfr. Mt 13, 45-46). Encontrar a Cristo (y volverlo a encontrar) supone una alegría profunda siempre nueva. En comparación con El ninguna otra cosa merece ser tenida en cuenta. Por encontrarlo han de parecer nos pocos todos los esfuerzos y sacrificios. Ha de ser la primera de nuestras intenciones, la que más nos preocupe.

En Cristo está nuestra esperanza; de El depende nuestra seguridad y una especial alegría «que se asienta en todo momento en el corazón del cristiano. Porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos.

«No: Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidare, no me olvidaré de ti (Is 49, 14-15), había prometido. Y ha cumplido su promesa. Dios sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres (Pr 8, 31)»[3].

Su presencia entre nosotros es la fuente de nuestras alegrías verdaderas. «¿Cómo se puede ser pesimista, si Nuestro Señor ha prometido que estará con nosotros hasta el fin de los siglos? (Cfr. Mt 28, 20)»[4].

La alegría cristiana es de una naturaleza especial. Es capaz de subsistir en medio de todas las pruebas, incluso en los momentos más oscuros. Puede elevarse siempre sobre la hora presente por difícil que ésta pueda ser o parecer. Y deberá ser

lo normal para un cristiano con fe verdadera; algo no va en el alma cuando somos infelices, cuando estamos tristes.

Lo normal para nosotros los cristianos es estar alegres con alegría interior. La infelicidad, el pesimismo y la tristeza serán siempre algo extraño para el cristiano. Algo que necesita de un remedio urgente.

Viene la desesperanza y la tristeza cuando ponemos nuestro corazón de modo desordenado en nosotros mismos y en las cosas. El egoísmo —en cualquiera de sus formas— es origen siempre de falta de esperanza y, a la vez, de tristeza y de falta de paz.

El error más grande de los hombres sería basar su vida sobre la falsa seguridad del bienestar material, sobre el prestigio humano, sobre el dinero, sobre cosas de poca o ninguna consistencia. «A todos esos hombres y a todas esas mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el todo de nuestra vida, porque fuera de El no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos (Act 4, 12)»[5]. Quien se olvida de sí mismo —el que se niega y pierde su vida— por Cristo alcanza la verdadera libertad, la capacidad de mirar a Dios, porque ya no está pendiente de sí. Era la aspiración del Bautista: es preciso que El crezca y yo mengüe.

Este poner a Cristo en primer plano y nuestro yo en segundo lugar, está en el origen y en la base de la alegría y de la misma vocación cristiana.

A la alegría le ocurre como a esas plantas de alta montaña, que están hechas para vivir arriba. Abajo, en el valle, se ahogan. La tristeza nace precisamente del olvido de los grandes horizontes

que Dios pone delante de nosotros. Esta alegría es posible cuando vivimos en un tono alto de vida interior, de correspondencia a la gracia.

La fe, fuente de alegría

La fe es la fuente de la alegría cristiana. Esto os lo digo para que yo me goce en vosotros y vuestro gozo sea cumplido (Jn 15, 11.). Nuestro optimismo no se basa en razones humanas, sino que se fundamenta en Dios.

Si vivimos nuestra fe veremos el mundo de una manera distinta, serena y alegre, tal coma es, como Dios lo ve: «La fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios. Nuestra vida se convierte así en una continua oración, en un buen humor y en una paz que nunca se acaban, en un acto de acción de gracias desgranado a través de las horas»[6]. En la fe encontramos el sentido de nuestra vida en cualquier circunstancia en la que nos hallemos, porque «el que vive de fe puede encontrar la dificultad y la lucha, el dolor y hasta la amargura, pero nunca el desánimo ni la angustia, porque sabe que su vida sirve, sabe para qué ha venido a esta tierra»[7].

Por esto siempre se puede exigir de un cristiano que esté alegre. Lleva siempre con él la fuente de su alegría. Como hombre podrá tener razones muy diversas para estar triste, pero como cristiano siempre tendrá al menos una para estar alegre: que es hijo de Dios. El es el Creador de todo cuanto existe y a cada uno de sus hijos nos mira con un amor que sobrepasa todo lo que podamos imaginar. ¿Por qué andar tristes o angustiados? Toda nuestra vida está en las manos de nuestro Padre Dios, que sólo quiere nuestro bien, temporal y eterno, y a ese fin encamina todos los acontecimientos. El que efectivamente sean

para nuestro bien, ya sólo depende de nosotros: de que nos empeñemos en conformar nuestra voluntad con la suya. Es un abandono de hijos que confían en la bondad del querer de su Padre, nunca una resignación vacía ante los acontecimientos o las cosas.

Tener esa certeza de que Dios quiere lo mejor para nosotros nos lleva a una confianza serena y alegre, también ante la dureza, en ocasiones, de lo inesperado. En esos momentos que un hombre sin fe consideraría como golpes fatales y sin sentido, el cristiano descubre al Señor y, con El, un bien mucho más alto. «¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro que nunca abandona! Se renueva con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, en seguida, luz o, al menos, aceptación y paz»[8]. Junto a Cristo siempre encontramos la paz.

Nuestros mismos pecados no nos desesperan. Nos llevan a la humildad y a confiar más en la gracia y menos en nosotros mismos. «Cuando imaginamos que todo se hunde ante nuestros ojos, no se hunde nada, porque Tú eres, Señor, mi fortaleza (Sal 62, 2). Si Dios habita en nuestra alma, todo lo demás, por importante que parezca, es accidental, transitorio; en cambio, nosotros, en Dios, somos lo permanente.

»El Espíritu Santo, con el don de piedad, nos ayuda a considerarnos con certeza hijos de Dios. Y los hijos de Dios ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias»[9]. Nunca somos más fuertes que cuando confiamos de verdad en Dios.

Tendremos dificultades prácticamente durante toda nuestra vida: en el trabajo, en el ambiente, en la vida interior, en el apostolado. En ocasiones (no muy infrecuentes) se presentará el cansancio físico o moral, la enfermedad, la frialdad no culpable al cumplir nuestros deberes para con Dios o para con los demás, ...Cuanto más grandes y graves sean las dificultades que puedan amenazar nuestra paz y nuestra alegría, tanto más hemos de acogernos a esta verdad fundamental del cristiano: somos hijos de Dios. ¿No ha dicho acaso el Señor: Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano? Lo que mi Padre me dio es mejor que todo, y nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre (Jn 10, 27-29.).

Tendremos dificultades como las han tenido todos los hombres: los que ya han muerto, los que viven y los que vivirán, los que tienen mucho y quienes tienen poco; como las tuvieron la Virgen, los Apóstoles, los santos y también aquellos que no buscaron a Dios en su vida. Carísimos, cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no os extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria (Pdr 4, 12.). La dificultad es algo ordinario con lo que hay que contar, y nuestra alegría no puede esperar una época en la que no tengamos dificultades, contrariedades, tentaciones, etcétera. Es más, sin dificultades no habría posibilidad de victorias, ni las virtudes llegarían a ese grado que pide Jesús. No sólo vuela el pájaro por el impulso de sus alas, sino también por la resistencia del aire.

El fundamento de nuestra alegría debe ser firme. No puede apoyarse en cualquier cosa pasajera: noticias, acontecimientos, salud... Cada uno mire cómo edifica —dice San Pablo a los primeros cristianos de Corinto—, que en cuanto al fundamento,

nadie puede tener otro sino que el que está puesto, Jesucristo (1 Cor 3, 11.). Sólo el Señor es fundamento capaz de resistirlo todo. No hay ninguna tristeza que El no pueda curar: no temas, ten sólo fe (Cfr. Lc 8, 50.), nos dice. Cuenta El con todas las situaciones por las que ha de pasar nuestra vida; y también con aquellas que son resultado de nuestra insensatez y falta de santidad. Para todas tiene remedio.

Si tenemos fe, nuestra alegría está asegurada.

Necesitamos la alegría

Solía repetir Paul Claudel después de su conversión: «¡Decidles, que su única obligación es la alegría!» Porque la alegría es señal de que estamos amando a Dios y haciendo un gran bien a los demás y a nosotros mismos.

Estar alegres es una forma de dar gracias a Dios por los innumerables dones de cada día, «pues Dios nos ha creado para la alegría, nos ha hecho criaturas alegres, y nuestra alegría es el primer tributo que le debemos, la manera más sencilla y sincera de demostrar que tenemos conciencia de los dones de la Naturaleza y de la gracia y que los agradecemos»[10]. El animal no sabe agradecer y tampoco sonreír. Dios está contento con nosotros cuando nos ve contentos, con el gozo verdadero.

Con nuestra alegría hacemos además mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a Dios. Dar alegría a los demás será frecuentemente la mayor muestra de caridad, el tesoro más valioso que damos a quienes nos rodean. Hemos de ser como los primeros cristianos. Su vida atría por la paz y la alegría con que realizaban las pequeñas tareas de todos los días, o por su serenidad ante el martirio. «Familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje evangélico. Hogares iguales a los otros hogares de aquellos

tiempos, pero animados de un espíritu nuevo, que contagiaban a quienes los conocían y trataban. Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído»[11]. Muchas personas pueden encontrar a Dios en nuestra alegría.

Esta muestra de caridad grande hacia los demás —la de esforzarnos por alejar la tristeza de nosotros y de remover su causa— ha de manifestarse especialmente con quienes Dios ha puesto más cerca de nosotros. Dios quiere que el hogar en que vivimos sea un hogar alegre. Nunca hogares oscuros, hogares tristes, y frecuentemente tensos por la incomprensión y el egoísmo. Cuando en el lenguaje corriente se dice «esa casa parece un infierno», en seguida se nos viene a la mente un hogar sin amor, sin alegría, sin Cristo.

Un hogar cristiano debe ser alegre, porque la vida cristiana lleva a vivir esas virtudes (generosidad, cordialidad, espíritu de sacrificio...) a las que tan íntimamente está unida la alegría. Un hogar cristiano hace presente a Cristo, de modo extraordinariamente atrayente, en la familia y en la sociedad.

Esta alegría serena y amable hemos de procurar llevarla a nuestro lugar de trabajo, a la calle, a nuestras relaciones con los demás. El mundo está triste e inquieto y necesita, ante todo, la alegría que el Señor nos ha dado. ¡Cuántos han encontrado el camino que lleva a Dios a través de la alegría vivida de alguien que amaba a Dios!

También necesitamos la alegría para nosotros mismos, para nuestra propia vida interior. Es difícil, quizá imposible, progresar en el camino del amor a Dios si no se está alegre. Santo Tomás lo dice expresamente: «todo el que quiera progresar en la vida espiritual necesita necesariamente tener alegría»[12]. La tristeza nos deja sin fuerzas; es como el barro

pegado a las botas del caminante que, además de mancharlo, le impide caminar. El Libro de los Proverbios dice que la tristeza seca los huesos (Cfr. Prov 17, 22.), deja sin vida y, por tanto, sin fuerzas. Por el contrario la alegría de Dios es vuestra fortaleza (Neh 8, 10), lo que nos protege de muchas tentaciones y desvaríos. Un alma triste que no lucha por salir de esa tristeza está a merced de muchas tentaciones. ¡Cuántos pecados han tenido su origen en la tristeza!

La alegría de Dios es nuestra gran fuerza y una enorme ayuda en el apostolado. Hemos de presentar el mensaje de Cristo a los hombres rodeado de alegría, pues el mismo Señor debía resplandecer de alegría al exponer las maravillas del Reino de los Cielos. Jesucristo debía manifestar de algún modo su enorme alegría interior.

Esta alegría en Dios es también «el estado de ánimo absolutamente necesario para el perfecto cumplimiento de nuestras obligaciones. Y cuanto más elevadas sean éstas, tanto más habrá de elevarse nuestra alegría»[13]. Cuanto mayor sea nuestra responsabilidad mayor también nuestra obligación de tener paz y alegría, para darla a los demás: sacerdotes, padres, superiores, maestros...

Comociegos y «cansados»: la tibieza

Es causa de infelicidad todo lo que separa del amor a Jesucristo, a quien amáis sin haberlo visto, en quien ahora creéis sin verle y os regocijáis con gozo inefable y glorioso (1 Pdr 1, 8.)

Es causa especial de tristeza, junto al pecado, esa crisis de las virtudes teologales que se llama tibieza. Si el cristiano cae en la tibieza pierde la alegría. Cristo queda como oscurecido, por descuido culpable, en la mente y en el corazón: no se le ve ni se le oye. No se le trata personalmente, no se le sirve. -La vida

interior, en todo caso, queda reducida a «hacer cosas», no a amar a Alguien (cuando se ama «se hace mucho»). Queda en el alma un vacío de Dios que intentará llenarse de otras cosas, que no son Dios y no llenan; y un especial y característico desaliento impregna toda la vida de piedad.

Se ha perdido la prontitud y la alegría de la entrega y la fe queda adormecida, precisamente porque se ha enfriado el amor. «Aquí tenemos la esencia de la tibieza: la falta de devoción, de devotio, que podríamos traducir por amor entregado, disponibilidad y entrega. Esta falta de entrega, esa «mala voluntad» lo explica todo: la tibieza es ese desprecio práctico de la oración y del sacrificio, ese pensar «sólo en ti y en tu comodidad», esa falta de finura en el trato con Dios, esa poca delicadeza, ese modo burdo y perezoso, esa «mala gana» en «las cosas que se refieren al Señor», ese amor propio que nos lleva a obrar por motivos humanos (Cfr. Camino, n. 331). Por el contrario, la santidad del cristiano está en el amor y en la devotio, es decir, en la fe amorosa en el amor creyente»[14].

La tibieza es una grave enfermedad del amor que puede darse en cualquier edad de la vida interior. Un alma tibia «está de vuelta», es un «alma cansada» en la lucha por mejorar; ha perdido a Cristo en el horizonte de su vida. La tibieza supone siempre una crisis de esperanza, de desaliento, y a la vez de fe y de amor. Cristo, en todo caso, es sólo una figura desdibujada, inconcreta de rasgos indefinidos, y un poco indiferente. El alma no se atreve a hacer las afirmaciones de generosidad de otros tiempos. Se conforma con menos.

Santo Tomás define la tibieza como «una cierta tristeza, por la que el hombre se vuelve tardo para realizar actos espirituales a causa del esfuerzo que comportan»[15]. Esa falta de prontitud en el amor, esa flojedad, sobreviene cuando el alma quiere acercarse a Dios con regateos, con poco esfuerzo, sin

renuncias, sin detalles, intentando hacer compatible la vida interior con cosas que no son gratas a Dios. Se van produciendo una serie de transigencias y el abandono de una lucha efectiva por mejorar; se cede fácilmente a los pecados veniales, y el trato con el Señor se mantiene en la mediocridad, sin buscar positivamente una entrega creciente. Se cede «a la comodidad, a la falta de vibración, que empuja a buscar lo más fácil, lo más placentero, el camino en apariencia más corto, aun a costa de ceder en la fidelidad a Dios»[16].

Es preciso indicar desde el comienzo que todas las enfermedades tienen remedio en la vida interior. Se puede volver a descubrir aquel tesoro escondido, Cristo, que una vez dio sentido a la vida. Más fácil en los comienzos de la enfermedad, pero también más adelante como en el caso de aquel leproso de quien nos habla San Lucas (Cfr. Lc 5, 12-16.), que estaba cubierto de lepra, totalmente enfermo. Pero un día se decidió acercarse a Cristo y encontró la curación.

Es importante también distinguir desde el principio el estado de tibieza de una cierta desgana en los actos de piedad, producida frecuentemente por falta de fuerzas (cansancio, enfermedad, etc.), o por la pérdida del entusiasmo sensible. «"Se me ha pasado el entusiasmo", me has escrito. —Tú no has de trabajar por entusiasmo, sino por Amor: con conciencia del deber, que es abnegación»[17]. Se puede carecer de entusiasmo pero se puede tener un gran amor a Dios.

Cuando todo cuesta

Igualmente importante es distinguir la tibieza de la aridez espiritual, consecuencia quizá de culpas anteriores o de una prueba saludable que Dios permite y de la que el alma sale purificada y fortalecida. Parece —en esos estados de aridez— que el trato con Dios ha perdido su verdadero sentido, como si

representáramos una comedia. Entonces, «cuando se nos ocurra que estamos interpretando una comedia, porque nos sintamos helados, apáticos; cuando estemos disgustados y sin voluntad; cuando nos resulte arduo cumplir nuestro deber y alcanzar las metas espirituales que nos hayamos propuesto, ha sonado la hora de pensar que Dios juega con nosotros, y espera que sepamos representar nuestra comedia con gallardía.

»No me importa contaros —decía Mons. Escrivá de Balaguer en una homilía sobre el trato con Dios— que el Señor, en ocasiones, me ha concedido muchas gracias; pero de ordinario yo voy a contrapelo. Sigo mi plan no porque me guste, sino porque debo hacerlo, por Amor. Pero, Padre, ¿se puede interpretar una comedia con Dios?, ¿no es eso una hipocresía? Quédate tranquilo: para ti ha llegado el instante de participar en una comedia humana con un espectador divino. Persevera, que el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, contemplan esa comedia tuya; realiza todo por amor a Dios, por agradecerle, aunque a ti te cueste»[18].

En la aridez, aunque no se sienta nada y parezca trabajoso el trato con Dios, permanece la devoción, que Santo Tomás define como «voluntad decidida para entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios»[19]. Esta devoción desaparece en el estado de tibieza: tengo contra ti, dice el Señor, que has perdido el fervor de la primera caridad (Apoc 2, 4.), que has aflojado, que ya no me tratas como antes. La persona que hace oración en la aridez, se encuentra como quien saca agua de un pozo, cubo a cubo (una jaculatoria y otra, un acto de desagravio...). Es algo trabajoso; pero saca el agua. En la tibieza la imaginación anda suelta y se abandona la oración o no se saca nada de ella. La tibieza es estéril y dañina, la aridez lleva al alma a la purificación y a una mayor unión con Dios.

La piedad no es cuestión de sentimiento. Sería abusar de las palabras si diéramos el nombre de piedad a ciertas emociones de la sensibilidad.

Sin embargo, los sentimientos y afectos sensibles son buenos, si no están desvirtuados, y pues den ser de gran ayuda en el trato con Dios, porque son parte de la naturaleza humana, tal como Dios la creó. Pero no deben ocupar el primer lugar en la piedad; no son la parte principal. El sentimiento es ayuda y nada más, porque la esencia de la piedad no es el sentimiento sino la voluntad decidida de servir a Dios, independiente de los estados de ánimo y de cualquier otra circunstancia de nuestra vida. La piedad debe subsistir incluso con una aridez total, si el Señor permitiera esta situación. Es en estas ocasiones donde, frecuentemente, el trato con el Señor se purifica y se hace más firme.

En la piedad no debemos dejarnos llevar por el sentimiento sino por la inteligencia, iluminada y ayudada por la fe. «Guiarme por el sentimiento es dar la dirección de la casa al criado y hacer abdicar al dueño. Lo malo no es el sentimiento sino la importancia que se le señala...». Las emociones constituyen en ciertas almas hasta tal punto toda la piedad, que están persuadidas de haberla perdido cuando en ellas desaparece el sentimiento. ¡Dios mío! ¡No tengo ya devoción, no «siento» ya nada!... No tenía más que el sentimiento, y en cuanto éste desaparece, nada, en efecto, les queda. Pero no es la piedad la que han perdido, porque apenas si la tenían. ¡Si esas almas supieran comprender que ése es precisamente el momento de comenzar a tenerla!...»[20].

La verdadera piedad, con sentimiento osin él, influye en todos los aspectos de nuestra existencia, en una verdadera unidad de vida; lleva a «meter a Dios en todas las cosas, que, sin El, resultan insípidas. Una persona piadosa, con piedad sin

beatería, procura cumplir su deber: la devoción sincera lleva al trabajo, al cumplimiento gustoso —aunque cueste— del deber de cada día... hay una íntima unión entre esa realidad sobrenatural interior y las manifestaciones externas del quehacer humano. El trabajo profesional, las relaciones humanas de amistad y de convivencia, los afanes por lograr —codo a codo con nuestros conciudadanos— el bien y el progreso de la sociedad son frutos naturales, consecuencia lógica, de esa savia de Cristo que es la vida de nuestra alma»[21]. La falsa piedad carece prácticamente de consecuencias en la vida ordinaria del cristiano. No se traduce en un mejoramiento de la conducta.

II. TRISTEZA Y TIBIEZA

Al tibio se le puede aplicar el verso del poeta italiano, al describir a un guerrero mortalmente herido:
andava camminando ed era morto.

La dejadez

La tibieza no se identifica con la falta de sentimiento o aridez en el trato con Dios. Tampoco nace la tibieza de una caída, por grande que ésta sea. Cuando esto sucede, si en esa alma existe un verdadero deseo de santidad, se levanta enseguida y sale fortalecida con la reparación, y una mayor humildad.

La tibieza nace de una dejadez prolongada en la vida interior. A un estado de tibieza han precedido siempre un conjunto de pequeñas infidelidades, cuya culpa —no zanjada— está influyendo en las relaciones de esa alma con Dios.

La dejadez se expresa en el descuido habitual de las cosas pequeñas, en la falta de contrición ante los errores personales, en la falta de metas concretas en el trato con el Señor, o en el

trato con los demás. Se vive sin verdaderos objetivos en la vida interior que atraigan e ilusionen. «Se va tirando». Se ha dejado de luchar por ser mejores, o se lleva una lucha ficticia o ineficaz.

El estado de tibieza se parece a una pendiente inclinada que cada vez se va separando más de Dios. Casi insensiblemente nace una cierta preocupación por no excederse, por quedarse en el límite, en lo suficiente para no caer en el pecado mortal, aunque se descuida y se acepta frecuentemente el pecado venial. Y se justifica esta actitud de poca lucha y de falta de exigencia personal con razones de naturalidad, de eficacia, de salud, etc., que le ayudan al tibio a ser indulgente con sus pequeños afectos desordenados, apegos a personas o cosas, comodidades, etc., que llegan a presentarse como una necesidad subjetiva. Las fuerzas del alma se van debilitando cada vez más.

Cuando se llega a la tibieza, Cristo queda oscurecido en el propio panorama interior (¡no es el de antes!); no hay claridad interior y como consecuencia, toda la vida de piedad resulta algo incómoda «que hay que hacer». Los actos de piedad se van convirtiendo en una especie de reglamento sin alma, ...que más tarde o más temprano dejarán de cumplirse: actos sin vida que aburren y más que acercar, retrasan. Se hacen, quizá, por una lejana obligación o por mera costumbre, pero les falta vida. Esa persona «continúa haciendo las mismas cosas que hasta ahora..., pero en vacío. Tal vez muestre incluso un celo singular... pero amargo. Lo que antes era amor de Dios parece haberse convertido, todo lo más, en amor a la pura ley; el antiguo amor a la verdad es, como mucho, sólo defensa de la verdad; y el amor por el prójimo le sustituye en el mejor de los casos, la exclusiva ansia por convertirlo quizá se siga hablando de Dios, pero ya no se habla con El»[22].

Falta un verdadero culto interno a Dios en la Santa Misa; las Comuniones suelen estar acompañadas de una gran frialdad por falta de amor y de preparación, no por aridez. La oración suele ser vaga, difusa, dispersa: no hay un verdadero trato personal con el Señor. El examen —fruto de una especial sensibilidad— queda abandonado; bien porque se deja de hacer, o porque se hace de modo rutinario, sin fruto.

Se piensa más en lo difícil de lo bueno y en el placer de lo malo. Nace en el alma la tristeza de no poder permitirse otras compensaciones, y hay poca lucha contra las tentaciones dudosas, que son blandamente rechazadas. Se pierde el deseo de un acercamiento profundo a Dios (que se da por imposible): «Me duele ver el peligro de tibieza en que te encuentras —se dice en Camino— cuando no te veo ir seriamente a la perfección dentro de tu estado»[23]. No se tienen verdaderos deseos de ir más arriba.

La tibieza conduce al desaliento, a la tristeza. Deja al alma sin recursos para reaccionar, y comienza a hacerse presente una poquedad de ánimo para las cosas que se refieren a Dios.

Se rehuye, en lo posible, el trato con Dios. Se procura estar lo menos posible con El (incluso en el mismo tiempo dedicado a la oración), es «una aversión consciente, una auténtica huida de Dios —dice Pieper—. El hombre huye ante Dios porque lo ha elevado a un modo de ser superior, divino, y le ha obligado, por tanto, a una norma superior de deber (...). Es una franca detestatio boni divini (Mat 8, 1), lo cual significa la monstruosidad de que el hombre tenga la convicción y el deseo expreso de que Dios no le debería haber elevado, sino «dejado en paz» (2-2, 35, 53). La pereza como pecado capital (en este caso la pereza interior propia de la tibieza) es la renuncia malhumorada y triste, estúpidamente egoísta, del hombre a la "nobleza que obliga" de ser hijos de Dios»[24]. Dios ya no

atrae al tibio, y se abandona, poco a poco, el trato con El. El tibio se encuentra en peligro de tentaciones más graves, para las que carece de fuerza.

A quien tiene se le dará

Se cumplen en la vida interior las palabras del Señor: a quien tiene se le dará, y le sobrarán, pero a quien no tiene, le quitarán aún lo que tiene (Mt 33, 12.). Y comenta San Juan Crisóstomo: «es lo mismo que hacemos nosotros. Si vemos que se nos escucha de mala gana, y por mucho que pidamos que se nos preste atención no lo conseguimos, optamos por guardar silencio. Obstinándonos en hablar, sólo lograríamos aumentar la falta de atención. Pero cuando hay quien tiene interés en saber, a ése sí nos lo atraemos y sobre él derramamos cuanto tenemos. Y muy bien dijo el Señor: lo que parece tener, puesto que ni siquiera esto tiene de veras»[25].

La vida interior exige estar siempre abiertos a nuevas gracias. Y si luchamos por corresponder, el Espíritu Santo se vuelca con ayudas más grandes. Cuando falta la lucha, nos vamos incapacitando para esas gracias que el Señor desea darnos. Es clásico el principio de la vida interior: «quien no avanza, retrocede»[26].

Es necesario reconquistar cada día el amor de Dios, porque cada día vamos a encontrar Obstáculos que nos separen de él «Es inevitable que haya muchas dificultades en nuestro camino; si no encontrásemos obstáculos, no seríamos criaturas de carne y hueso. Siempre tendremos pasiones que nos tiren para abajo, y siempre tendremos que defendernos contra esos delirios más o menos vehementes.

»Advertir en el cuerpo y en el alma el agujijón de la soberbia, de la sensualidad, de la envidia, de la pereza, del deseo de sojuzgar a los demás, no debería significar un descubrimiento.

Es un mal antiguo, sistemáticamente confirmado por nuestra personal experiencia; es el punto de partida y el ambiente habitual para ganar en nuestra carrera hacia la casa del Padre, en este íntimo deporte»[27]. Cada día es un regalo de Dios para que lo llenemos de amor en una correspondencia alegre, luchando contra esas dificultades.

La vida interior ha de ir siempre en aumento hasta el término del viaje. El Señor ha de encontrarnos maduros por dentro, en la plenitud de las virtudes humanas y sobrenaturales. Y para eso ha dispuesto todas las gracias necesarias. Gracias que exigen del cristiano un deseo operativo de crecer siempre. La vida en este mundo es un tiempo de merecer, de negociar con los talentos recibidos. Estamos llamados a superarnos siempre, «porque en esta competición la única meta es la llegada a la gloria del cielo. Y si no llegásemos al cielo, nada habría valido la pena»[28]. Nada: ni éxitos profesionales, ni honores, ni bienestar...

Esta lucha de cada día se concretará muchas veces en fortaleza para cumplir delicadamente nuestros actos de piedad con el Señor, sin abandonarlos por cualquier otra cosa que se nos presente, sin dejarnos llevar por el estado de ánimo de ese día o de ese momento; la lucha se concretará en modo de vivir la caridad, corrigiendo formas destempladas del carácter (del mal carácter), esforzándonos por tener detalles de cordialidad, de buen humor, de delicadeza con los demás; en realizar bien el trabajo, que hemos ofrecido a Dios; en hacer un apostolado eficaz a nuestro alrededor; en poner los medios oportunos para que nuestra formación no se estanque... Ordinariamente será una lucha en lo pequeño. Una fidelidad en las cosas pequeñas. «Oigamos al Señor que nos dice: quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho (Lc 16, 10). Que es como si nos

recordara: lucha cada instante en esos detalles en apariencia menudos, pero grandes a mis ojos; vive con puntualidad el cumplimiento del deber; sonríe a quien lo necesite, aunque tú tengas el alma dolorida; dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad.

»Son éstas, y otras semejantes, las mociones que cada día sentiremos dentro de nosotros, coma un aviso silencioso que nos lleva a entrenarnos en este deporte sobrenatural del propio vencimiento»[29]. Esta lucha supone un amor vigilante, un deseo eficaz de buscar al Señor a lo largo del día. Este esfuerzo alegre es el polo opuesto a la tibieza, que es dejadez, falta de interés en buscar al Señor, pereza y tristeza en nuestras obligaciones de piedad para con él.

Contar con los fracasos

Este deseo de lucha no nos llevará siempre a la victoria: habrá fracasos. Muchos de ellos no tendrán ninguna importancia; otros sí la tendrán, pero el desagravio y la contrición nos acercarán todavía más a Dios. Porque nada es irremediable para quien espera en el Señor, nada está totalmente perdido. No tenemos derecho al desaliento, porque siempre hay posibilidad de perdón, de volver a empezar. Y si hubiéramos roto en mil pedazos nuestra vida, Dios sabrá recomponerla, si somos humildes. Nos arrepentimos y Dios perdona y ayuda siempre. «Y brota la verdadera alegría en el alma, aun cuando notemos todavía el barro en las alas, el lodo de la pobre miseria, que se está secando. Después, con la mortificación, caerá ese barro y podremos volar muy altos, porque nos será favorable el viento de la misericordia de Dios»[30].

De vez en cuando, ahora parece que con más frecuencia, llega a nosotros la noticia de que un loco ha entrado en un museo, en

una iglesia... y ha destrozado una obra de arte. Por pura manía de estropear unas veces; otras, para robar algo de ínfimo valor en comparación con las joyas estropeadas.

¡Cuántas veces nosotros repetimos el mismo gesto criminal! Nadie se da cuenta. Ninguno nota las fatales señales externas. Pero el daño existe, porque a veces los hombres nos empeñamos en desfigurar la imagen de Dios que llevamos en nuestra alma.

En una obra de arte hay daños que, a veces, son irreparables. En la vida interior no ocurre así. Todos los daños, por muy grandes que hayan sido, tienen arreglo.

Una fragilidad, una caída, debe ser motivo de un mayor acercamiento a Dios. Todo se puede arreglar con un acto de humildad y de sinceridad.

¿No os habéis fijado en las familias, cuando conservan una pieza decorativa de valor y frágil —un jarrón, por ejemplo—, cómo lo cuidan para que no se rompa? Hasta que un día el niño, jugando, lo tira al suelo, y aquel recuerdo precioso se quiebra en varios pedazos. El disgusto es grande, pero enseguida viene el arreglo; se recompone, se pega cuidadosamente y, restaurado, al final queda tan hermoso como antes.

»Pero, cuando el objeto es de loza o simplemente de barro cocido, de ordinario bastan unas lañas, esos alambres de hierro o de otro metal, que mantienen unidos los trozos. Y el cacharro, así reparado, adquiere un encanto original.

»Llevemos esto a la vida interior. Ante nuestras miserias y nuestros pecados, ante nuestros errores —aunque, por la gracia divina, sean de poca monta—, vayamos a la oración y digamos a Nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, Señor, colócame unas lañas y —

con mi dolor y con tu perdón— seré más fuerte y más gracioso que antes!

Una oración consoladora para que la repitamos cuando se destroce este pobre barro nuestro.

»Que no nos llame la atención si somos deleznable, que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada; confiad en el Señor, que siempre tiene preparado el auxilio: el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Sal 26, 1). A nadie: tratando de este modo a nuestro Padre del Cielo, no admitamos miedo de nadie ni de nada»[31].

Y, enseguida, a recomenzar. Con una alegría nueva, con una humildad nueva. Se puede haber ofendido mucho a Dios, haber incluso hecho mucho daño a los demás y, sin embargo, llegar a estar muy cerca de Dios en esta vida y luego en la otra. En verdad os digo que los publicanos y meretrices os preceden en el reino de Dios (Mt 21, 31.). «La experiencia del pecado no nos debe, pues, hacer dudar de nuestra misión... El poder de Dios se manifiesta en nuestra flaqueza, y nos impulsa a luchar, a combatir contra nuestros defectos, aun sabiendo que no obtendremos jamás del todo la victoria durante el caminar terreno. La vida cristiana es un constante comenzar y recomenzar, un renovarse cada día»[32].

Humildad, sinceridad, arrepentimiento... y volver a empezar. Hay que saber empezar una vez más; todas cuantas veces haga falta. Dios cuenta con nuestra fragilidad.

Dios perdona siempre, pero es preciso levantarse, arrepentirse. Hay una alegría profunda, incomparable, cada vez que recomenzamos. Y a lo largo de nuestra vida hemos de hacerlo muchas veces, porque faltas las habrá siempre; y tendremos deficiencias, fragilidades, pecados.

El Señor cuenta con nuestros fracasos, pero también espera de nosotros muchas pequeñas victorias a lo largo de nuestros días.

El examen de conciencia

Pero para «recomenzar» cada día, en lo grande y en lo pequeño, es necesario el conocimiento propio. El hijo pródigo puede volver a casa de su padre cuando hace un parón en su vida: volviendo en sí, dice el Evangelio (Cfr. Lc. 15, 17.) reflexionando sobre su situación y sobre su padre que le espera. Porque cuando se justifican faltas y pecados (puede haber razones o falsas razones para justificar todo), o cuando se ignoran, se hace imposible el arrepentimiento, la conversión.

A este conocimiento propio nos lleva la práctica del examen de conciencia. En él se enfrenta nuestra vida a lo que Dios esperaba y espera de nosotros.

A veces se ha comparado el alma a una habitación cerrada; y en la medida en que se abre la ventana y entra la luz se distinguen todos los desperfectos, la suciedad, etc. Esta luz la da Dios y es una muestra de su misericordia. Sin ella el alma quedaría a oscuras, sin conocimiento propio y, por tanto, sin posibilidad de arreglo.

En el examen, con la ayuda de la gracia, nos conocemos como en realidad somos (es decir, como somos delante de Dios).

Los santos se han reconocido siempre pecadores porque, por su correspondencia a la gracia, han abierto de par en par esa ventana que deja así penetrar a raudales la luz de Dios, y han podido iluminar con ella toda la estancia.

Cuando el pecador o el tibio no encuentran de qué arrepentirse no es por falta de pecados, sino porque han cerrado esa ventana que permite la entrada de la luz, y se ha quedado a oscuras. No se ve entonces el polvo, la silla mal colocada, el cuadro torcido, y otros desperfectos y descuidos... quizás importantes. El tibio

deja pronto de hacer el examen de conciencia (o lo hará sin eficacia). No quiere ver aquello que le separa de Dios y le impide tener claridad en el alma.

Si por pereza descuidamos el examen, esos errores, las pequeñas infidelidades, las malas inclinaciones, echarán sus raíces en el alma y, poco a poco, sin darnos cuenta nos iríamos endureciendo para el amor de Dios. Pasé junto al campo del perezoso —dice la Sagrada Escritura— y junto a la viña del insensato, y me encontré con que todo eran cardos; las ortigas cubrían la superficie y la cerca de piedra estaba derruida (Prov 24, 30.).

En el alma del tibio, por falta de examen, y consiguientemente por falta de lucha y de contrición, todo tipo de plantas dañinas pueden echar sus raíces, crecer y desarrollarse.

Al hacer el examen nos pondremos en presencia de Dios, en primer lugar, y le pediremos luces para ver las faltas, porque sin la gracia estamos como ciegos. Comparamos nuestro día con lo que Dios esperaba de él.

Iremos prevenidos «contra el demonio mudo»[33], porque la soberbia trata de impedir que nos veamos tal como somos. El examen hecho sin humildad está hecho con ojos de ciego: han cerrado sus oídos y tapado sus ojos; a fin de no ver con ellos (Mt 13, 15.). Los fariseos, a quienes el Señor aplica estas palabras, se hicieron sordos y ciegos voluntarios, porque en el fondo no estaban dispuestos a cambiar, a pesar de tantas y tan evidentes señales como habían recibido.

En el examen hecho con humildad y en presencia de Dios, descubriremos la raíz de las faltas de caridad, de trabajo, de alegría, de piedad, que se repiten frecuentemente en nuestra vida, y podremos luchar entonces con alegría. «Examínate: despacio, con valentía. —¿No es cierto que tu mal humor y tu tristeza inmotivados —inmotivados, aparentemente—

proceden de tu falta de decisión para romper los lazos sutiles, pero «concretos», que te tendió —arteramente, con paliativos— tu concupiscencia?»[34].

Después de este diálogo filial con Dios en el examen, viene el dolor, fruto sobrenatural del examen. Terminaremos con un acto de contrición que purifica lo que no ha sido recto a lo largo de ese día. «Acaba siempre tu examen con un acto de Amor —dolor de Amor—: por ti, por todos los pecados de los hombres... —Y considera el cuidado paternal de Dios, que te quitó los obstáculos para que no tropezases»[35]. Y con la contrición un propósito, quizá pequeño, con el que recomendamos el día siguiente.

El examen particular

Muy relacionado con el espíritu de examen y con el deseo de mejorar está el llamado examen particular. «El examen general parece defensa. —El particular, ataque. —El primero es la armadura. El segundo, espada toledana»[36]. Es un examen breve y frecuente, sobre un punto muy concreto acerca de un defecto que pretendemos quitar o de una virtud que deseamos adquirir. Este examen mantiene firme el espíritu de lucha (amable) a lo largo del día y es el mejor remedio contra la dejadez y la tibieza.

Con frecuencia hay en cada persona un defecto que prevalece sobre los demás: o que destaca de un modo vivo por sus consecuencias. Y se manifiesta frecuentemente en las diversas facetas de la actuación humana: en la conversación, en el modo de juzgar, de preferir, de sentir, de razonar, etc. Estos defectos, con más o menos consecuencias externas, pero que conocemos bien cuando nos examinamos, pueden ser objeto del examen particular. Muchas veces ese defecto está en la raíz de otros

muchos. Vencer ahí es dar muchos pasos adelante en nuestro camino hacia Dios y, con frecuencia, en el trato con los demás. A veces nos puede indicar el tema de examen particular: el pensar excesivamente en uno mismo (y entonces el «yo» sale en todo), o el desorden que esconde o intenta disimular una gran pereza, o la falta de presencia de Dios que se manifiesta en la falta de atención y delicadeza hacia los demás, la ausencia de pequeños sacrificios que dejan el alma a merced de los sentidos...

Dos medios pueden ser necesarios, a veces imprescindibles, para acertar en ese punto de lucha que hemos de tener en primer plano. En primer lugar, la gracia del Señor, sin la cual nada lograremos en la vida interior: «Pide luces. —Insiste: hasta dar con la raíz para aplicarle esa arma de combate que es el examen particular»[37]. En segundo lugar, la dirección espiritual. Esa persona, que conoce bien nuestra alma, con gracia especial de Dios, nos puede insinuar esos campos, quizás ocultos para nosotros en ocasiones, que requieren especialmente nuestro cuidado. Su aliento y su oración son una poderosa ayuda, si nos hemos dado a conocer con toda sinceridad. A veces, también nos indicará la manera más eficaz de luchar y el modo de hacer ese examen especial.

III. MIRAR A CRISTO

«Un recuerdo tengo —escribe un buen literato —de un atardecer en una punta de la costa cantábrica, donde los ponientes suelen ser muy bellos, la gente venía sólo por ver ponerse el sol en el mar. Venían hablando, pero al llegar, todos callaban ante el mar que mudaba a cada instante de color. Vinieron dos hombres de mar silenciosos, y se pararon ante la inmensidad; y por mucho tiempo, uno al lado del otro, callaban. Después el uno, sin volverse al compañero, dijo

solamente: «Mira». Y todos los que lo oímos miramos de frente allá... Y estoy cierto de que cada uno vio su propia maravilla»[38]. Algo parecido ocurre, en otro orden más sublime, cuando, delante de Cristo, decimos a quienes están a nuestro alrededor: «Mira». Y al mirar a Cristo cada uno ve la maravilla que andaba buscando, porque en El se encuentra lo más grande que una persona puede querer y desear. Sólo Cristo puede llenar el corazón humano. Y todas las cosas pasan a segundo plano cuando Jesús está presente. Todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo, dirá San Pablo a los primeros cristianos de Filipo (Cfr. Filip 3, 8.).

Cuando Cristo está presente, cuando tiene sitio en el alma, todo tiene un sentido plena: el trabajo, la alegría, la enfermedad, la muerte. Todo. Jesús ilumina la existencia humana y nos da fuerza para hacer lo que Dios espera de nosotros. La vida cristiana es entonces una amistad creciente con El y, a través de El con la Trinidad Beatísima. Nos damos cuenta entonces de que no hemos venido al mundo a pasarlo bien, ni a terminar nuestros días con más o menos bienes, ni siquiera —como bien absoluto— a lo que los hombres llaman «triunfar», sino a cumplir por encima de todo la voluntad de Dios. Nos damos cuenta de que hemos venido a servir a Dios, cada uno en nuestro sitio, llenos de gozo y a través de las incidencias de cada día.

Jesucristo es el centro con referencia al cual queda situado y definido cada hombre que viene a este mundo. «Igualmente cree (la Iglesia) que la clave, el fin y el centro de toda la vida humana se halla en su Señor y Maestro»[39]. Acierta en la vida quien ha encontrado a Cristo y procura seguirle; se equivoca del todo quien no tiene en su horizonte a Jesús. Estar con Cristo, seguirle, marca un estilo de vida propio; un estilo de vida sonriente, sereno, lleno de caridad.

Pero el corazón humano puede incapacitarse para servir al Señor.

Cuando se busca la ilusión en otras cosas

« No se turbe vuestro corazón, creed en mí» (Jn 14, 1).

Le ocurre al corazón como al vino: hay vinos que con los años ganan en calidad. Hay vinos también que con el paso de los años se vuelven agrios, se corrompen, se convierten en vinagre. Aumenta la calidad del corazón humano (lo vuelve más grande, más noble, con más capacidad de amar), la generosidad, el sacrificio alegre, la pureza vivida por Dios, el cuidado de las cosas pequeñas, el perdón de las ofensas, la piedad... Lo corrompen los odios, las rencillas, la amargura, la impureza, el egoísmo, la tibieza... Se empequeñece entonces y se vuelve viejo prematuramente. La juventud del alma es compatible con la edad avanzada. ¡Cuántos formidables ejemplos hemos podido admirar! También, desgraciadamente, hemos podido ver a ancianos de alma que no han cumplido veinte años.

La tibieza supone un envejecimiento interior. El tibio es un viejo prematuro.

El tibio ha dejado el amor a un lado: su corazón se ha llenado de pequeños egoísmos y compensaciones buscadas a su alrededor. Un síntoma claro de tibieza es el ir teniendo cada vez más «cosas», más caprichos, más necesidades, y menos desprendimientos. Quizá, más que un síntoma sea una consecuencia: se ha producido un vacío interior, que es preciso llenar.

Se ha dicho que el corazón no puede estar «en vacío»; o se le da un gran Amor o se llena de pequeñas compensaciones, que no acabarán nunca de saciar: «el alma negligente —dice San Gregorio— padecerá hambre; porque cuando no, aspira con ardor a lo más alto, se derrama perezosamente en los bajos

deseos; y por lo mismo que se dispensa de someterse a disciplina, se siente atraída por deseos de placeres»[40]. Y se cumple la verdad del refrán popular: «quien se alimenta de migajas anda siempre hambreado»; el tibio siempre está insatisfecho. El corazón es tan voraz como el estómago; cuando no se le da un verdadero amor se llena de cualquier cosa.

Dios es lo único absolutamente que puede llenar el corazón humano: Nuestro corazón está hecho para lo eterno y lo infinito: está hecho para Dios. «Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solo los elementos terrenos»[41].

El tibio ha ido desalojando poco a poco a Dios de su corazón; ha ido cortando los lazos delicados de la entrega y se ha quedado sólo. De aquí que frecuentemente necesite huir de sí mismo, hacer cosas, sentirse útil. Y le veremos frecuentemente engolfado en quehaceres en los que ha puesto todas sus energías, como si en aquello le fuera la vida. «Ese ajeteo está poniendo de manifiesto un deseo de buscar algo llamativo, brillante, con lo que suplir el sentido que ya no se encuentra al quehacer ordinario, cuyo peso y valor —sobrenatural y quizás humano— han perdido fuerza «motivadora». El alcance modélico y redentor de los treinta años de vida oculta de Nuestro Señor no le dice nada. De ahí que encuentre vacía su propia existencia cotidiana y le aterre enfrentarse, en silencio, con esa vacuidad: por ello mismo, para evitar tal encuentro y para enmascarar la «nada» que siente, se recubre de la vistosa protección que le proporcionan todos aquellos cuidados (superfluos, pero de «rentabilidad» inmediata: pequeños triunfos, distracción, quizás incluso la vanidad de que su nombre aparezca en los periódicos...). Verdaderamente se

escuda en una coraza contra la que rebotan las posibles voces que intentan sacarle de su estado: lecturas, predicaciones, consejos personales... Le rebotan o, como mucho, le resbalan: está como insensible para los estímulos de tipo sobrenatural; le aburren en cualquier caso, como meras palabras fastidiosas, carentes de un significado real»[42].

Padece el tibio una pereza singular: hace cosas que van en beneficio de sus intereses humanos, pero no en el de su vida interior. Estos asuntos, en los que suele estar metido, no le santifican. La tibieza es compatible con una cierta laboriosidad. Porque lo verdaderamente opuesto a la tibieza «no es la laboriosidad y la diligencia, sino la grandeza de ánimo y aquella alegría que es fruto del amor divino sobrenatural»[43]: la alegría de la entrega y una labor fecunda hecha por Dios y para Dios.

Desprendimiento

En cierta ocasión (Cfr. Mt 19, 16-22; Mc 10, 27-28; Lc 18, 18-27.) en que Jesús salía de una ciudad para ponerse en camino, llegó corriendo un joven de alta posición social y arrodillándose a sus pies le hace la pregunta clave de todo hombre: ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?

Debía ser joven y audaz. Llega corriendo y alcanza a Jesús, que partía ya con sus discípulos de aquella ciudad. El Señor se para; está de pie y el joven se arrodilla. Los demás miran. Es un diálogo abierto.

El Señor comienza dándole una respuesta general: guarda los mandamientos.

—Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?

Es la pregunta que todos hemos hecho ante el desencanto íntimo que nos producen las cosas que no acaban de llenar,

ante esa vida que va pasando sin que llene esa sed oculta que no termina de saciarse. Y Cristo tiene una respuesta personal para cada uno.

Y mirándole Jesús de hito en hito, de arriba abajo (se quedaron los dos mirándose): le amó.

Una cosa te falta. ¡Con qué expectación esperaba aquel joven la respuesta del Maestro! Era, sin duda, lo más importante que iba a oír en toda su vida:

Anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, tendrás un tesoro en el cielo, ven después, y sígueme. No esperaba esto aquel joven: los planes de Dios no siempre coinciden con los nuestros, con los que nos hemos forjado en nuestra imaginación, en nuestra vanidad, o en nuestros ensueños. Sin embargo, El acierta y nosotros nos equivocamos. Dios tiene para nosotros los planes más bellos que nunca pudimos soñar, aunque en un primer momento quizá nos desconcierten. Aquel joven se levantó como pudo, resistió aquella mirada del Señor, y se marchó... triste. El evangelista se siente movido a dar una explicación: tenía muchos bienes, y estaba apegado a ellos. Quizá quedó triste para siempre.

El encuentro con Cristo pone al descubierto su verdadero estado interior; había creído cumplir la voluntad de Dios porque había cumplido los mandamientos de la Ley. Es ahora, cuando Cristo le pone delante de una mayor entrega, cuando descubre lo mucho que estaba apegado a las cosas y lo poco a la voluntad de Dios. Aquel día se le empequeñeció todavía más el corazón.

Y se marchó triste, porque la alegría sólo es posible cuando hay generosidad. La vida se llena de paz y de serenidad, en esa disponibilidad absoluta ante la voluntad de Dios, que se manifiesta en momentos precisos de nuestra vida, y que exige

siempre desprendimiento de cosas, personas y planes: tener el corazón libre.

Y Jesús, mirando a su alrededor, dijo a los discípulos: —/Qué difícilmente entrarán los ricos en el reino de Dios! Porque le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios (Mc 10, 24). San Marcos nos dice que los discípulos se quedaron espantados. Y con este ánimo, sobrecogidos por las palabras del Señor, preguntan: — ¿Quién podrá salvarse entonces? Jesús les respondió: —Lo que a los hombres es imposible, es posible a Dios (Lc 18, 24-27.).

Si no estamos desprendidos de las cosas no alcanzaremos a Dios. Nuestro tesoro está en el cielo y todas las cosas de aquí son sólo medios, que el «orín y la polilla» consumirán (Cfr. Mt 6, 19-21.). No son definitivas. Podemos tener como fin a Dios, a quien alcanzamos también a través de las cosas materiales, o podemos tener como fin las riquezas en sus muchas manifestaciones: caprichos, deseo desmedido de tener más, comodidad... El corazón se dirige según uno de estos dos fines. En el corazón que se apega a las cosas, no hay lugar para Dios.

El cristiano ha de examinar con frecuencia si está desprendido de los bienes, también de sus propios deseos y planes para querer los de Dios; si se mantiene vigilante para no caer en la comodidad, o en un aburguesamiento que no cabe en un discípulo de Cristo; si es parco en las necesidades personales, frenando los gastos no necesarios, no cediendo a los caprichos, vigilando la tendencia de todo hombre a crearse falsas necesidades; si es generoso en la limosna; si cuida con esmero las cosas de su hogar y trabajo, etc. «Es saber prescindir de lo superfluo, medido no tanto por reglas teóricas cuanto según esa voz interior, que nos advierte que se está infiltrando el egoísmo o la comodidad indebida. Confort, en su sentido positivo, no es

lujo ni voluptuosidad, sino hacer la vida agradable a la propia familia, y a los demás, para que todos puedan servir mejor a Dios.

«La pobreza está en encontrarse verdaderamente desprendido de las cosas terrenas; en llevar con alegría las incomodidades, si las hay, o la falta de medios... Vivir pensando en los demás, usar de las cosas de tal manera que haya algo que ofrecer a los otros: todo eso son dimensiones de la pobreza, que garantizan el desprendimiento efectivo»[44].

Con la luz de la fe comprendemos como las cosas no merecen que pongamos en ellas el corazón, porque todas se quedarán aquí, porque son otros los bienes que resisten al tiempo. Cuando el corazón se apega a los bienes materiales, se busca la felicidad en ellos, se pervierte su uso. Queda el alma insatisfecha, prisionera de los bienes temporales.

No podemos ir detrás de las cosas y de los bienes materiales coma quien busca un tesoro, porque nuestro tesoro es Cristo.

Pureza de corazón

Gran parte de los desequilibrios que fatigan al mundo moderno, a las familias, al propio individuo, están íntimamente relacionados con el corazón del hombre, capaz de lo más sublime y de lo más depravado. «Al corazón pertenece la alegría: que se alegre mi corazón en tu socorro (Salm 12, 6); el arrepentimiento: mi corazón es como cera que se derrite dentro de mi pecho (Sal 21, 15); la alabanza a Dios: de ¡mi corazón brota un canto hermoso (Salm 44, 2); la decisión para oír al Señor: está dispuesto mi corazón (Salm 56, 8); la vela amorosa: yo duermo, pero mi corazón vigila (Cant 5, 2). Y también la duda y el temor: no se turbe vuestro corazón, creed en mí (Jn 14, 1).

»El corazón no sólo siente; también sabe y entiende. La ley de Dios es recibida en el corazón (Cfr. Salm 39, 9), y en él permanece escrita (Cfr. Prov 7, 3). Añade también la Escritura: de la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12, 34). El Señor echó en cara a unos escribas: ¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mt 9, 4). Y, para resumir todos los pecados que el hombre puede cometer, dijo: del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias (Mt 15, 19)»[45].

La pureza interior agranda la capacidad de amor del corazón humano, que es corazón de carne que necesita querer, y no corazón de piedra insensible (Ez 36, 26.). San Agustín decía que «no se es recto por ser duro, ni se alcanza un estado de ánimo perfecto por ser insensible»[46].

Es la impureza, el aburguesamiento, el egoísmo, lo que provoca la dureza y la ceguera interior. Por eso será necesario el esfuerzo personal continuo y la acción de la gracia para evitar el abandono y la desidia, para acercarnos cada vez más a Dios y a las criaturas según los planes de Dios, para asegurarnos una permanente juventud interior. La limpieza de corazón es indispensable para ver a Dios, pero también para hacer realidad el ideal cristiano de amor y servicio a todos los hombres.

Siempre ha enseñado la Iglesia que la persona humana, ayudada por la gracia, cuenta con los medios suficientes para vivir y acrecentar esa pureza interior, en todos los momentos de su vida; limpieza que le permitirá ver a Dios ya en esta vida. Para mantener limpio el corazón es necesaria la virtud de la castidad. El Señor la pide a todos los cristianos como condición sine qua non para ir adelante en la vida interior. Se ha dicho que es la puerta de entrada... y también la de salida de toda vida

interior. «Por vocación divina, unos habrán de vivir esa pureza en el matrimonio; otros, renunciando a los amores humanos, para corresponder única y apasionadamente al amor de Dios. Ni unos ni otros esclavos de la sensualidad, sino señores del propio cuerpo y del propio corazón, para poder darlos sacrificadamente a otros.

«La santa pureza no es ni la única ni la principal virtud cristiana: es, sin embargo, indispensable para perseverar en el esfuerzo diario de nuestra santificación y, si no se guarda, no cabe la dedicación al apostolado. La pureza es consecuencia del amor con el que hemos entregado al Señor el alma y el cuerpo, las potencias y los sentidos. No es negación, es afirmación gozosa»[47]. Es una virtud « ¡que nos ayuda a ser más fuertes, más recios, más fecundos, más capaces de trabajar por Dios, más capaces de todo lo grande!»[48].

Exige esta virtud una especial ayuda de la humildad y, si se vive con delicadeza, supondrá también una lucha alegre y constante porque «la castidad no se adquiere de una vez para siempre, sino que es el resultado de una laboriosa conquista y de una afirmación cotidiana»[49].

Hemos de estar vigilantes para que nuestro corazón no se corrompa ni se incapacite para la vida interior con la impureza; ni tampoco con la avaricia, pequeños odios, pequeños rencores, tardanza en perdonar, egoísmos...: son esos obstáculos, que no se arrancan de una sola vez, sino que exigen de nosotros una disposición habitual de lucha.

Ha de ser nuestro corazón como el buen vino: con los años debe ganar en calidad. Del corazón nace todo lo bueno que en la persona existe. Nace, sobre todo, una piedad sincera para tratar a Dios y la verdadera calidad, la comprensión, el cariño limpio que no mancha ni se mancha.

Por eso hemos de pedir al Señor que nos conceda un corazón bueno capaz de tener con El un trato delicado, capaz de comprender a todos, de perdonar con prontitud, de compadecerse de las penas de las criaturas; capaz de tener una bondad sin límites para las personas, muchas veces rotas por dentro, que se acercan a nosotros pidiendo, casi mendigando, un poco de luz, de aliento y de comprensión. Y quizá nos sirva en ocasiones como una jaculatoria, hacerlo con esa oración que se contiene en la secuencia de la Misa de Pentecostés y que está dirigida al Espíritu Santo: «Limpia lo que está sucio, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo, dobléga lo que es rígido, calienta lo que es frío, dirige lo que está extraviado...». Y junto a la petición, una lucha eficaz para que el corazón no quede manchado: saber perdonar con prontitud, no guardar rencor, evitar los celos, las envidias, el espíritu crítico, la murmuración..., cosas que manchan. Y amor al Sacramento de la Confesión, donde el corazón queda limpio y capaz de buenas obras.

IV. EL AMOR Y LAS «COSAS PEQUEÑAS»

«La rutina: verdadero sepulcro de la piedad»[50].

La tibieza y lo pequeño

Nos cuenta San Lucas que en cierta ocasión fue Jesús invitado a un banquete por un fariseo. Y ocurre entonces un imprevisto: Una mujer de la ciudad, que era pecadora, en cuanto supo que se había puesto a la mesa, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo y acercándose por detrás, comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con sus cabellos, y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume.

Simón coptempla la escena callado y desprecia en su interior a la mujer como pecadora. Jesús la perdona, y él, constituyéndose juez, la condena; Simón piensa que Cristo, del que tanto se viene hablando, no es un verdadero profeta.

Jesús tomando la palabra (...), dijo a Simón: —¿Ves a esta mujer. Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar los pies; pero ella

ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos. Tú no me has dado el beso, pero ella, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con perfume mi cabeza, y ella lo ha derramado sobre mis pies. Por todo esto te digo que se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho... (Lc7, 39-47).

Probablemente, Simón le sirvió un gran banquete, una comida costosa. Sin embargo Jesús echa de menos esas pequeñas atenciones —muchas de ellas de buena educación— con las que se hubiera sentido bien acogido en aquella casa. Simón cree que con el dinero gastado ha cumplido. Pero Jesús está atento a la cortesía que se tiene entre los hombres, al trato afable. Todo eso que muestra la calidad interior de una persona.

Dios no es indiferente a un amor que sabe estar en los detalles. No es indiferente a que vayamos a saludarle —lo primero— al entrar en una iglesia, o al pasar delante de ella; a ese esfuerzo por llegar puntuales a la Santa Misa (mejor unos minutos antes), a esa genuflexión bien hecha delante de El en el Sagrario, a las posturas o al recogimiento que guardamos en su presencia... Cuando se ve a alguien doblar con devoción la rodilla ante el Sagrario es fácil pensar: tiene fe y ama a Dios. Y ayuda ese gesto de adoración a tener más fe y más amor.

Cuando dos personas se quieren, manifiestan este cariño en una multitud de pequeños detalles, de atenciones y cuidados. Y el

novio procura regalarle a su prometida una buena alianza, la mejor que puede; como si el valor del objeto expresara la medida del amor. Esta alianza o aquellas atenciones no son el amor, pero en ellas se expresa y manifiesta. Es el rito sencillo que el hombre necesita para dar salida a algo más íntimo de su ser.

La vida interior está hecha de muchos pequeños actos de amor, de correspondencia, de delicadeza para con el Señor. Pocas cosas grandes tendremos a lo largo de nuestra vida para ofrecer a Dios. Sin embargo, cada día lo encontramos repleto de ocasiones pequeñas en las que podemos ser fieles[51]. Es aquí donde podemos reconquistar cada día el amor de Dios.

El espíritu de mortificación se nos concreta en pequeños sacrificios a lo largo del día: sobriedad en las comidas, puntualidad en el trabajo, afabilidad en trato, orden y cuidado de los instrumentos que utilizamos en nuestro trabajo...

Para vivir la caridad en un tono cada vez más delicado y más heroico, será necesario descender a los detalles pequeños y menudos de la convivencia diaria. A veces será saber escuchar, otras, pasar por alto las preocupaciones personales para prestar atención a quienes nos rodean, el no enfadarnos por cosas sin importancia, no ser susceptibles, ser cordiales, pedir a Dios por una persona necesitada, no criticar a nadie, saber dar las gracias... cosas que están al alcance de todos... Y así ocurre en todas y cada una de las virtudes. Para ser fieles en lo pequeño necesitamos amar a Dios. Y, a la vez, el amor de Dios se manifiesta en lo pequeño.

El tibio pasa por estas cosas, de aparente poco relieve, sin darse cuenta de las posibilidades que tienen de acercarle al Señor.

El desprecio y descuido habitual de lo pequeño nos lleva a la tentación grande y a la tibieza; y la tibieza nos vuelve insensibles a las insinuaciones continuas del Espíritu Santo.

«Hemos de convencernos de que el mayor enemigo de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea: es ese agua menuda, que se mete, gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios»[52].

Cuando se inicia el camino de la tibieza, se empieza a valorar poco los detalles en la vida de piedad, en el trabajo, en las virtudes y se acaba descuidando también lo grande. «La desgracia es tanto más funesta e incurable —dice Baur— cuanto que al deslizarse hacia lo profundo apenas se nota, y se verifica con mayor lentitud. De esa manera vive el hombre en ilusiones cada vez mayores y más fatales, y trata de persuadirse de que todo ello no tiene importancia, y de que, a lo más, es un pecado venial, etc. Que con este estado se da un golpe mortal a la vida del espíritu, es cosa a todos manifiesta»[53]. Se descuida la puntualidad que se había fijado en la confesión, se llega tarde a la Santa Misa de modo más o menos habitual, se es desordenado por falta de mortificación en las cosas materiales del trabajo o de uso personal, etc.

La fidelidad de cada día

Todo gran derrumbamiento ha tenido antes, ordinariamente, una larga prehistoria de pequeñas infidelidades y deslizamientos hacia el mal, de descuido y desprecio de lo pequeño.

¿Qué queréis darme? —dice Judas a los príncipes de los sacerdotes—, y yo lo entregaré en vuestras manos (Mt 26, 15.).

¿Qué pasó en el alma de Judas? Porque fue elegido por el mismo Señor, después de pasar una noche en oración (Cfr. Lc

6, 6.). Después de la Ascensión, cuando fue necesario cubrir su vacante, Pedro recordará que era contado entre nosotros habiendo tenido parte en este ministerio (Hech 1, 7.). Judas fue también a predicar, y vería el fruto copioso de su apostolado, y quizá hizo milagros como los demás (Cfr. Mc 10, 5.)

«Y mantendría sus diálogos íntimos con el Maestro como los otros Apóstoles. ¿Qué pasó a este hombre?»

Sin duda, Judas debió recorrer un largo camino de desafecto y de faltas de entrega a su Maestro —pequeños al principio— antes de la traición última. Un año antes se hallaba ya muy distante de Cristo, aunque siguiera en su compañía. Después de la discusión sobre el «pan vivo», en que muchos se separaron de Jesús y ya no le seguían, dirá el Señor: ¿No os he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un demonio. Y San Juan precisa enseguida: Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, tino de los doce, había de entregarle (Jn 6, 70-71.).

La ruptura con el Maestro debió producirse poco a poco, cediendo cada vez en cosas más grandes. En muchas ocasiones debió resistir la mano que le tendía el Señor para que recomenzara de nuevo. En muchas pequeñas ocasiones debió decir no a Cristo. Hay un momento en que dice San Juan: Era ladrón, y llevando él la bolsa, robaba de lo que en ella echaban (Jn 12, 6). Se ha ido produciendo en su vida un gran vacío y lo que antes era ocupado por el amor a Cristo, ahora lo llena de avaricia y, quizá, todo género de compensaciones.

Un día la confianza con Jesús se rompió, y ya sólo quedó un mero seguimiento externo, de cara a los demás. Era el último acto de un largo proceso interior. Su vida de entrega era una farsa; sólo esperaría ya una ocasión para quebrarse de modo violento, traicionando su amistad con Cristo y su vocación por cualquier cosa. Ahora ya no se acuerda de los momentos

felices junto al Maestro, de su amistad con el resto de los Apóstoles. Tiene la tristeza peculiar del descamino. «Nadie atribuya su descarrío —dice Casiano— a un repentino derrumbamiento, sino a haber seguido malos consejos o a haberse apartado de la virtud poco a poco, por una pereza mental prolongada. De ese modo es como comienzan a ganar terreno insensiblemente los malos hábitos, y sobreviene una situación extrema... Sucede lo mismo que con una casa: se viene abajo un buen día sólo en virtud de un antiguo defecto en los cimientos, o por una desidia prolongada de sus moradores. Gotitas muy pequeñas penetran imperceptiblemente, corroyendo los soportes del techo; y gracias a esas faltas de atención repetidas se agrandan los boquetes y los desperfectos. Después la lluvia y la tempestad penetran a mares»[54]. El Señor lo dice de una manera clara y terminante: Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es in justo en lo poco, también lo es en lo mucho (Lc 16, 10.).

La fidelidad de toda una vida, la santidad, es la fidelidad en las cosas pequeñas; y del saber recomenzar de nuevo cuando por fragilidad hubo algún descamino.

Nuestras obras de arte

El mismo Señor, pocos días antes de la Pasión, nos mostró de una manera especial el valor de lo pequeño de cara a Dios.

Estaba mirando hacia el gazofilacio —narra San Lucas— y vio a varias ricos que echaban sus ofrendas, y vio también una pobrecita viuda, que echaba dos monedas pequeñas. Y dijo: — En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos... (Lc 21, 1-3.). Y San Marcos nos dice expresamente que Jesús llamó, convocó a sus discípulos que andaban por allí dispersos (Cfr. Mc 12, 41-44.) para que no dejaran de admirar aquel hecho y a aquella mujer que acaba de conmover su

Corazón. Llamó a quienes pocos días más tarde iban a ser los príncipes de la Iglesia para que tomaran ejemplo de una pobre mujer del pueblo en quien nadie se había fijado: y fue la que delante de Dios había echado más aquella mañana en el cepillo del Templo.

San Marcos interpreta el valor de la moneda para los lectores no judíos, y quiere llamar la atención sobre la exigua cantidad que representa.

Se trata de las monedas más pequeñas que estaban en circulación. De cara a los hombres aquello no tenía prácticamente ningún valor: las dos monedas hacían un cuadrante, o sea, la cuarta parte de un as. El as era a su vez la decimosexta parte de un denario, que constituía la primera unidad monetaria. Un denario, en aquella época era, aproximadamente, el jornal de un trabajador.

En suma, aquella cantidad carecía prácticamente de valor. Sin embargo tuvo el poder de atraer la mirada complacida de Dios. Y dos evangelistas tuvieron la inspiración de seleccionar este suceso, entre los muchos que ocurren estos últimos días de la vida del Señor, para que llegara hasta nosotros.

El Espíritu Santo ha querido enseñarnos cómo el verdadero valor de las cosas está, en buena parte, en nosotros mismos, no en las cosas. Cualquier acontecimiento —de cualquier signo e importancia— podemos convertirlo en algo gratisimo a Dios. A través de las cosas pequeñas podemos hacer que Jesucristo nos mire y se conmueva por el amor que hemos puesto en ellas. Cada uno puede pensar en la gran cantidad de oportunidades que le salen al paso para convertir el día más gris en el día más valioso, a través del cuidado y del ofrecimiento de los pequeños sucesos diarios. Jesús permanece atento a lo que queramos ofrecer. Todo puede adquirir un valor nuevo.

Poca diferencia hay entre una genuflexión bien o mal hecha, pero es grande ante Dios: una es un acto de adoración, una manifestación de fe; la otra, un garabato ridículo. En pocos matices se distingue una contestación dada en el tono correcto como corresponde a un hijo de Dios, a esa misma dada destempladamente, sin atención, a la persona que se habla. En aquello, sin embargo, está la virtud de la caridad.

Pararnos ante una iglesia y hacer una corta visita al Señor en el Sagrario apenas lleva unos minutos: ¡Y cuánto hemos ganado en esos pocos minutos! ¡Qué buen pagador es Cristo! Cualquier atención con El es siempre largamente recompensada. Nos da gracias abundantes para seguir adelante en nuestro camino.

Y lo mismo, cuidar la puntualidad en la confesión según habíamos previsto, llegar puntuales a la Santa Misa, preparar la Sagrada Comunión, vivir con delicadeza el ayuno previsto por las normas litúrgicas, quedarse unos minutos para dar gracias, etc., etc.

Y en el trabajo, en familia, en las relaciones sociales se nos ofrece siempre esa oportunidad: la chapuza que empobrece el alma, o la pequeña obra de arte, que podemos ofrecer a Dios y que es expresión de un alma con vida interior. El tibio es un chapucero en las cosas divinas y, frecuentemente, en las humanas. El santo ofrece, continuamente, pequeños detalles al Señor.

El honor debido a Dios

El cristiano de verdadera fe hade extremar estos cuidados cuando se refieren más directamente a Dios Nuestro Señor: ¿Cómo recibiríamos, por ejemplo, a un huésped de importancia en nuestra casa? ¿Qué pensaría si encontrara la casa sucia, las

camas sin hacer desde semanas atrás, los platos sin lavar, el mantel sin color definido por las manchas, las sillas y objetos de cualquier manera, desperfectos sin arreglar o arreglados chapucosamente, polvo sobre los muebles,...? Es muy probable que se sintiera incómodo y con deseos de marcharse cuanto antes. Pensaría que aquéllos no le apreciaban mucho, que se trataba de personas burdas, incapacitadas para el trato humano. Y es también posible que los inquilinos de aquella casa, porque se habían ido acostumbrando poco a poco, les pareciera «natural» el recibimiento y el estado de la casa.

El estado de esa casa puede ser semejante a la situación del alma que descuida las atenciones hacia su Señor. ¿Qué ocurriría si en esas condiciones invitáramos al Señor a nuestra casa, a nuestra alma? Porque Jesucristo viene en Persona en la Sagrada Comunión «con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, con su Divinidad». El mismo de Betania, de Naín, de Nazareth, el Hijo de María. —Simón, tengo que decirte una cosa (...). Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que lavar los pies (...). Tú no has ungido mi cabeza... me has tratado de cualquier manera, podría, entonces decirnos también a nosotros.

El honor debido a Dios presupone en primer lugar recibirle en gracia. Cometería un pecado gravísimo, un sacrilegio, quien recibiera a Cristo indignamente: Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la sangre del Señor. Por ello continúa diciendo San Pablo: Examínese el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz, pues el que sin discernir come y bebe del Cuerpo del Señor se come y se bebe su propia condenación (I Cor 11, 27-28). Y la Iglesia enseña que «nadie debe acercarse a la Sagrada Eucaristía con conciencia de pecado mortal, por muy contrito

que le parezca estar, sin preceder la confesión sacramental»[55].

Disposiciones interiores de fe, de humildad, de amor, desear la confesión frecuente como preparación también para la Sagrada Comunión, etcétera.

Y también esas manifestaciones del cuerpo: vivir con delicadeza el ayuno prescrito (una hora y no cuarenta minutos...), el modo de vestir, el recogimiento de los sentidos... «Cuando yo era niño —comenta Mons. Escrivá de Balaguer—, no estaba aún extendida la práctica de la Comunión frecuente. Recuerdo cómo se disponían para comulgar: había esmero en arreglar bien el alma y el cuerpo, y quizá hasta con un poco de perfume... eran delicadezas propias de enamorados, de almas finas y recias, que saben pagar con amor el Amor»[56]

El Señor nos espera, atentísimo, después de la misa y de la comunión. «El amor a Cristo, que se ofrece por nosotros, nos impulsa a saber encontrar, acabada la Misa, unos minutos para la acción de gracias personal, íntima, que prolongue en el silencio del corazón esa otra acción de gracias que es la Eucaristía»[57]. Sin prisas, porque nada hay más importante que estar esos minutos con el Señor.

Honor de Dios manifestado en la «urbanidad de la piedad». «Hay una urbanidad de la piedad.—Apréndela.—Dan pena esos hombres «piadosos» que no saben asistir a Misa —aunque la oigan a diario—, ni santiguarse —hacen unos raros garabatos, llenos de precipitación—, ni hincar la rodilla ante el Sagrario —sus genuflexiones ridículas parecen una burla—, ni inclinar reverentemente la cabeza ante una imagen de la Señora»[58].

Cuando la fe decae y se apodera del alma la tibieza, esos detalles se consideran de poca importancia. El punto de vista del hombre, su pereza y desgana, prevalecen sobre el honor

debido a Dios: el descuido hace mella en todo. Y no se tienen con Dios los miramientos, la delicadeza que se tendrían con una persona a la que se estima.

Nace Jesús pobre y morirá desnudo de todo ropaje. Pero cuando su Cuerpo es entregado a los que lo quieren y le siguen de cerca, la veneración, el respeto y el amor de éstos hará que sea enterrado como un judío pudiente, con la mayor dignidad posible.

Jesucristo acaba de morir en la Cruz. Los discípulos tienen poco tiempo aquella tarde del Viernes Santo. Hacia las seis de la tarde terminaba la posibilidad de realizar los trabajos necesarios, a causa de la fiesta del día siguiente. Pero José se encarga de comprar un gran lienzo, donde será envuelto, y Nicodemo compra los aromas necesarios. San Juan nos dejó, sorprendido, la cantidad: como unas cien libras, más de 30 kilogramos.

No le enterraron en el cementerio común, sino en un huerto, en una sepultura nueva. Muy probablemente en la que José había preparado para él. Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea ...vieron el monumento y cómo fue depositado su cuerpo. A la vuelta prepararon aromas y bálsamos. Durante el sábado no hicieron nada, según manda la ley. Elías pensaban terminar —con esos detalles propios de la mujer— lo que ha quedado por hacer. El Cuerpo de Jesús ha quedado en manos de los que lo quieren y todos porfían por ver quién tiene más atenciones con Él. ¡Lo trataron bien!

Buen ejemplo nos dieron aquellos primeros discípulos al no escatimar nada en las cosas que se refieren al Señor.

En nuestros Sagrarios está Jesús ¡vivo!, pero tan indefenso como en la Cruz. Se nos entrega para que nuestro amor lo cuide y lo atienda con lo mejor que podamos, y esto, a costa de nuestro dinero, de nuestro tiempo, de nuestro esfuerzo. «

¡Tratádmelo bien, tratádmelo bien!, decía, entre lágrimas, un anciano Prelado a los nuevos sacerdotes que acababa de ordenar.

—Señor!: ¡Quién me diera voces y autoridad para clamar de este modo al oído y al corazón de muchos cristianos, de muchos!»[59].

En el cuidado de las cosas pequeñas se muestra, como en el amor humano, nuestro amor a Dios. En el descuido de estos detalles se manifiesta la desidia, la tibieza: el desamor.

V. ALEGRÍA Y SACRIFICIO

«No abrazan la cruz los tibios, sino llévanla arrastrando».

(Sta. Teresa).

El tibio ama la senda ancha

El tibio va buscando el camino ancho: lo más cómodo, lo más grato, lo que exige menos esfuerzo. Y esto, en todo: trabajo, familia, relación con los demás. Hay en el fondo un profundo egoísmo en el que el tibio se busca a sí mismo. Uno de los primeros síntomas de la tibieza es el rechazo, incluso el desprecio más o menos consciente, de la mortificación.

Y el Señor ha dicho: Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecha la senda que conduce a la vida, y qué pocos son los que atinan con ella! (Mt 7, 13-14.)

Dos sendas, dos actitudes en la vida. Buscarlo cómodo y placentero, regalar el cuerpo y huir del sacrificio y de la penitencia, o bien, buscar el cumplimiento de la voluntad de Dios, aunque

cueste; tener los sentidos guardados y el cuerpo sujeto. Vivir como peregrinos que llevan lo justo y se entretienen poco en las cosas porque van de paso, o quedar anclados en la comodidad, el placer, los bienes temporales utilizados como fines.

Si alguno quiere venir detrás de mí que se niegue a sí mismo y cargue con su cruz, y me siga (Lc 16, 24.). La invitación del Señor a tomar la Cruz es clara, sin términos medios. Pues quien quiera salvar su vida —añade— la perderá, pero quien pierda su vida por mi amor, la encontrará (Lc 16, 25.).

No pide el Señor la renuncia de algo (bienes, casa, etc.) sino la renuncia de sí mismo. Lo que tiene más valor para cada uno: el propio yo. Entregar la propia vida a fin de vivir para Dios (Gál 2, 19.) en cualquier situación en la que la vida nos haya colocado. Luego, promete recuperar la vida en El, de un modo más pleno y definitivo.

La ruina está en querer vivir para uno mismo: ello nos empujaría enseguida hacia la puerta ancha, a costa de cualquier cosa. En el fondo, todos los obstáculos de la vida interior tienen su raíz en el desordenado amor de sí mismo (yo siempre, y ante todo), en el egoísmo que se manifiesta de mil maneras diferentes.

El vivir para uno mismo —por ser una actitud radical de la persona— tiene manifestaciones en todos los campos de la existencia: un clima interior enrarecido, en el que el personaje central es siempre uno mismo; susceptibilidad; excesiva preocupación por el descanso y por la salud, por la profesión, por el éxito, el futuro, el qué dirán... En ocasiones, este desordenado amor de sí mismo puede rozar, o ser causa, de la enfermedad misma y, siempre hace desgraciada a la persona: «El rasgo capital que sirve de denominador común a los más diversos tipos de neurosis, escribe Pieper, parece ser un

«egocentrismo» dominado por la angustia, una voluntad de seguridad que se cierra convulsivamente en sí misma, una incapacidad para «abandonarse» que ni por un sólo instante cesa de ser el centro de su propia mirada; en suma: esa especie de amor a la propia vida que cabalmente conduce a la pérdida de ella»[60].

De igual modo, pero a la inversa, el olvido de uno mismo por Cristo, la preocupación por los demás, lleva consigo la liberación, la alegría, la paz, la capacidad de mirar a Cristo, porque ya no nos miramos a nosotros. Era el lema del Bautista: es preciso que El crezca y yo mengüe. Este poner a Cristo en primer plano y nuestro yo en segundo lugar, está en el origen y en la base de la vida cristiana.

La templanza

Quienes no están habituados a negarse nada, quienes abren la puerta a todo lo que piden los caprichosos, quienes andan con los sentidos sueltos, y están dispuestos a aceptar todas las comodidades de una vida muelle, difícilmente podrán ser dueños de sí mismos y alcanzar a Dios. Estarán «embotados» para lo divino, y también para muchos valores humanos.

Hemos de estar atentos para no dejarnos llevar por un afán desmedido de bienestar, tan presente en tantos sectores del mundo actual, cuando muchos creen que la cima de la vida y del triunfo consiste en el bienestar material y en la ostentación.. El esfuerzo por satisfacer todos los deseos materiales puede convertir a los hombres en esclavos de esos mismos deseos. «De ahí la importancia de la templanza, que lleve al dominio, a la moderación en el uso de las cosas de la tierra, que siendo buenas, sin embargo, han de usarse sólo en la medida en que ayuden al logro de los auténticos fines personales y sabiendo que un cierto gusto y placer de vivir, una comodidad razonable,

son perfectamente compatibles con el ideal de la templanza cristiana, que no actúa cohibiendo de modo exclusivo, sino que por el contrario armoniza, equilibra y educa los apetitos sensibles poniéndolos al servicio de la felicidad humana aneja a la vida cristiana»[61].

La templanza humaniza más al hombre, porque abandonado a la satisfacción de los propios instintos es como un tren que descarrila: se desquicia, sale de sus carriles y queda incapacitado para proseguir su camino. Entonces, lo grande (inteligencia y voluntad) queda sometido a lo pequeño (instinto y pasiones). «La templanza, ..., es el hábito que pone por obra y defiende la realización del orden interior del hombre. Así entendida, la templanza no sólo conserva, sino que además defiende, o mejor, guarda al ser defendiéndolo contra sí mismo, dado que a partir del pecado original anida en el hombre no sólo una capacidad, sino también una fuerte tendencia a ir contra la propia naturaleza, amándose a sí mismo más que a Dios, su Creador. La templanza se opone a toda perversión del orden interior, gracias al cual subsiste y obra la persona moral»[62].

La castidad, la sobriedad, la humildad y la mansedumbre, formas en que aparece la templanza, sólo son posibles con el ejercicio de las pequeñas mortificaciones, con las cuales está tan relacionada la alegría interior, la alegría llena de contenido. La alegría del corazón es una señal infalible de la autenticidad de la templanza.

Pablo VI nos recordaba también el peligro existente en nuestros días del oscurecimiento de esta necesidad del sacrificio y de la mortificación en la vida cristiana: «Si sabemos ver la orientación que va tomando nuestra cultura moderna, comprobaremos que conduce a un cierto hedonismo, a la vida fácil, a un cierto empeño por eliminar de nuestros

afanes la cruz»[63]. Y esa tendencia nos amenaza a todos: «¿No hemos sentido frecuentemente la tentación de creer que ha llegado el momento de convertir el cristianismo en algo fácil, de hacerlo confortable, sin sacrificio alguno; de hacerlo conformista con las formas cómodas, elegantes y comunes de los demás, y con el modo de vida mundano? ¡Pero no es así!... El cristianismo no puede dispensarse de la cruz: la vida cristiana no es posible sin el peso fuerte y grande del deber... Si tratásemos de quitar esto a nuestra vida, nos crearíamos ilusiones y debilitaríamos el cristianismo; habríamos transformado el cristianismo en una interpretación muelle y cómoda de la vida»[64]

Cada día su cruz

Y el que no carga con su cruz, y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo (Lc 14, 27.).

El madero donde Cristo venció al pecado es el camino que todos hemos de transitar para llegar al cielo: no hay santidad sin Cruz.

Cargar con la Cruz es frase antigua muy usada para simbolizar el sacrificio y la entrega de la propia vida.

Llevar la cruz no es algo triste. Por el contrario, cuando se rechaza sistemáticamente todo cuanto supone sacrificio o no se acepta el dolor que llega, el alma se llena de amargura, y de tristeza. Es triste poner el corazón de modo absoluto en cosas que son pasajeras; es triste una vida sin sentido; es triste un dolor que no acerca a Dios; es triste dejar pasar los días sin caminar más aprisa hacia Dios; es triste la tibieza y el pecado. Pero el sacrificio que lleva, o dispone al Amor, jamás puede ser triste.

Junto a Cristo el alma se llena de serenidad y de paz frente al sacrificio.

También les decía a todos: —Si alguien quiere venir detrás de Mí, que renuncie a sí mismo y lleve su cruz cada día y me siga (Lc 9, 23).

«La cruz, cada día. Nulla dies sine cruce!, ningún día sin cruz: ninguna jornada, en la que no carguemos con la cruz del Señor, en la que no aceptemos su yugo...

»El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente por la Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con El no cabe la tristeza. In laetitia, nulla dies sine cruce!, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz»[65].

La cruz del Señor nos espera cada día de nuestra vida para cargar con ella y no es ciertamente la producida por nuestro egoísmo, envidia, pereza... Esto no es del Señor y no santifica: son los conflictos que proceden de nuestro hombre viejo, de nuestro amar desordenado.

En alguna ocasión la cruz del Señor la encontramos en una gran dificultad, en una enfermedad grave y dolorosa, en un desastre económico, en la muerte de un ser querido, en incomprensiones, en injusticias graves. Pero lo normal será que nos encontremos con pequeñas contrariedades que se atraviesan en el trabajo, en la convivencia; puede ser un imprevisto con el que no contábamos, el carácter de una persona con la que necesariamente hemos de convivir, planes que hemos de cambiar a última hora, instrumentos de trabajo que se estropean cuando más nos eran necesarios, dificultades producidas por el frío o el calor, pequeñas incomprensiones, una leve enfermedad que nos hace estar con menos capacidad de trabajo ese día..., los «alfilerazos» de cada jornada[66].

Pueden ser, cada día, ocasión de crecer en espíritu de mortificación, paciencia, caridad, santidad en definitiva, o bien pueden ser motivo de rebeldía, de impaciencia o de desaliento.

Muchos cristianos han perdido la alegría al final de la jornada no por grandes coptradicciones, sino porque no han sabido santificar las pequeñas contrariedades que han ido surgiendo durante el día. La cruz —pequeña o grande— aceptada produce paz y gozo en medio del dolor; cuando no se acepta, el alma queda desentonaada o con una íntima rebeldía que saleenseguida al exterior en forma de tristeza o de malhumor.

La cruz pequeña

Ante la cruz pequeña de cada jornada hemos de tomar una actitud decidida y cargar con ella. Nos ayudará cada mañana considerar que ese día recién estrenado tiene su cruz, la cual es precisa descubrir para que nos santifique. El cristiano que va por la vida rehuyendo sistemáticamente el sacrificio no encontrará a Dios, no encontrará la felicidad jamás. Rehuye, también sistemáticamente, la propia santidad.

Esta disposición abierta ante la cruz no es fácil mantenerla a lo largo del día. «Despreciar la comida y la bebida y la cama blanda, a muchos puede no costarle gran trabajo. Pero soportar una injuria, sufrir un daño o una palabra molesta; no es negocio de muchos, sino de pocos»[67].

Por eso hemos de pedir ayuda al Señor y volver a tomar la cruz donde la hayamos dejado. Y normalmente la dejamos donde nos quejamos.

Las contrariedades —grandes o pequeñas—aceptadas y ofrecidas a Dios no oprimen, no pesan, por el contrario disponen el alma para la oración, para ver a Dios en los pequeños sucesos de la vida. «Tan sin peso es la carga de Cristo que, lejos de oprimir, alivia. No es al modo de las cargas que, por pesar poco, se dice no pesan nada; su peso tienen; no es lo mismo llevar una carga pesada, una ligera o no llevar ninguna. A quien lleva una carga pesada vésele doblarse bajo

su peso; menos, al que la lleva ligera, aunque algo le oprime: quien no lleva ninguna va con expeditísimos hombros. No es así la carga de Cristo, antes conviene la lleves para ser aliviado, y más agobiado te verás cuando la dejes en el suelo. Miradlo en las aves. El ave lleva la carga de sus alas; observad que las pliega para descender a tierra, para descansar, y se las pone, valga el decir, sobre los costados. ¿Piensas está cargada? Quitadle las alas, y caerá; cuanto menos carga se la deje, menos volará. Te parecerá usar con ellas de misericordia en quitarles ese peso de las alas; más si quieres hacerles favor, no se las quites, y si ya se las quitaste, deja que le vuelvan a crecer; así creciendo el peso, alzarán el vuelo sobre la tierra»[68].

La mortificación interior lleva al control de la imaginación y de la memoria, alejando pensamientos y recuerdos inútiles; y especialmente, mortificando los movimientos desordenados del amor propio, de la soberbia, de la sensualidad, etc.

La mortificación debe ser también exterior, con referencia a los sentidos externos: la vista, el oído, el gusto, la lengua; evitando por ejemplo conversaciones inútiles, murmuraciones, etc. Mortificación que hace referencia directamente al cuerpo: «Al cuerpo hay que darle un poco menos de lo justo. Si no, hace traición»[69]. Un poco menos de lo justo en comodidad, en caprichos, etc. Mortificaciones buscadas, en fin, en nuestra vida ordinaria de cada día. «Donde más fácilmente encontraremos la mortificación es en las cosas ordinarias y corrientes; en el trabajo intenso, constante y ordenado; sabiendo que el mejor espíritu de sacrificio es la perseverancia por acabar con perfección la labor comenzada; en la puntualidad, llenando de minutos heroicos el día; en el cuidado de las cosas, que tenemos y usamos; en el afán de servicio, que nos hace cumplir con exactitud los deberes más pequeños; y en

los detalles de caridad, para hacer amable a todos el camino de santidad en el mundo; una sonrisa puede ser, a veces, la mejor muestra de nuestro espíritu de penitencia. Tiene espíritu de penitencia, el que sabe vencerse todos los días, ofreciendo al Señor, sin espectáculo, mil cosas pequeñas. Ese es el amor sacrificado, que espera Dios de nosotros»[70].

Con la mortificación nos elevamos hasta el Señor; sin ella quedamos aplastados sobre la tierra. Con la continua mortificación avanzamos sin cesar como discípulos del Señor. Pero ha de ser una actitud estable y habitual en nuestra vida.

VI. CON LA LUZ DE LA FE

Amor notitia est, decían los antiguos. Sólo el amor, que da agudeza a la fe, logra que la inteligencia humana penetre en los detalles grandes y pequeños de la providencial intervención de Dios en la Historia y el quehacer de los hombres»[71].

La tibieza: actuar sólo por motivos humanos

A la tibieza, decíamos, no se llega de golpe. Poco a poco se va perdiendo el sentido sobrenatural y se empieza a razonar, juzgar y actuar de un modo exclusivamente humano. La fe deja de iluminar las cosas y los acontecimientos, y cuando no hay luz no sólo no se ven las cosas, sino que se tropieza y se cae.

El alma tibia se desliza —como el agua de lluvia por la pendiente de una terraza— por donde menos trabajo le cuesta: se dejan a un lado las metas altas que exigirían esfuerzo y entrega; el criterio de actuación no será ya la gloria de Dios, sino motivos muy a ras del suelo: el capricho, la vanidad, lo más cómodo, el deseo de impresionar a los demás, de que a uno le consideren, etc. Y esto, en el trabajo, en la familia... en todo.

En esta situación, Dios y su gloria no es lo primero, ni quizá lo segundo. En la vida del alma metida en la tibieza Dios es una cosa más. No ilumina su existencia diaria.

En la práctica, esta persona tendrá poco en cuenta a Dios y actuará por motivos meramente naturales. Dirá entonces que actuar así es más racional, más «humano», y que así actúan los demás (como si el comportamiento de los demás fuera para el cristiano una norma suprema de vida). Contará casi exclusivamente con sus energías y capacidad humanas, aunque, teóricamente, conozca la necesidad de la ayuda divina y el fin sobrenatural de la vida. Pero todo queda en una teoría inoperante, sin influjo directo en los hechos, y Dios parece estar demasiado lejos de los asuntos de la vida ordinaria, que se muestran como los verdaderamente «reales», con entidad propia. Esta visión humana de la vida (pérdida de fe, en definitiva), «lleva a no valorar sino lo que se puede tocar. Los ojos que se quedan como pegados a las cosas terrenas, pero también los ojos que, por eso mismo, no saben descubrir las realidades sobrenaturales. Por tanto, podemos utilizar la expresión de la Sagrada Escritura, para referirnos a la avaricia de los bienes materiales, y además a esa deformación que lleva a observar lo que nos rodea —los demás, las circunstancias de nuestra vida y de nuestro tiempo— sólo con visión humana.

»Los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios[72]. Se piden entonces pocas ayudas, olvidando aquella enseñanza del mismo Cristo: sine me nihil, sin el Señor no damos una a derechas. Como consecuencia, en la vida del tibio, junto a la falta de petición, no se suelen encontrar muchas acciones de gracias.

Y si se cuenta sólo con aquello que el hombre puede con sus solas fuerzas, caerá frecuentemente en el desaliento, al fallar estos medios humanos. En consecuencia, habrá una excesiva

preocupación por los bienes materiales (a los que se acaba reduciendo los bienes del hombre de fe adormecida), de los que hará depender casi todo. Estará tranquilo y seguro mientras todo vaya humanamente bien. Y nacerá la preocupación o la angustia, en los mismos extremos que en un pagano, cuando el soporte natural parezca fallar. El conocimiento teórico de la existencia de un Padre Dios providente no tiene ninguna efectividad en el tibio.

Para muchos cristianos tibios «lo esencial de la vida es lo temporal, lo pasajero, lo que impresiona los sentidos. Lo espiritual puede ser verdad en teoría; en la práctica sólo es una nebulosa (...).

»Viviendo al día se las arreglan para pasarlo lo mejor o lo menos mal posible. Trabajan si necesitan hacerlo para vivir; y si no, no hacen nada. No ven más allá de determinados fines inmediatos. Evitan pensar en la muerte. Y permanecen en la vida, porque allí están como esperando algo y sin esperar nada»[73]. El tibio es un ateo en potencia, al que ya empieza a parecerse en muchas cosas.

Una visión profunda de la vida

La vida interior, el trato con Dios, da una visión profunda de la vida, la visión sobrenatural. Se ven entonces las cosas y los acontecimientos a la luz de la fe y, en cierto modo, participamos del conocimiento de Dios sobre estas realidades; nuestra inteligencia queda elevada por encima de sus posibilidades naturales, posee un principio superior de comprensión y podemos explicarnos las cosas desde su causa más última y radical: Dios. Es entonces cuando apreciamos y valoramos en su justa medida lo que nos rodea: familia, trabajo, salud, enfermedad.

Si tenemos buenas disposiciones interiores (piedad, corazón limpio...) veremos a Dios en todas las cosas: en la naturaleza misma, en el dolor, en un aparente fracaso, en el trabajo... La historia personal de cada hombre está llena de señales de Dios. Pero para descubrir al Señor en ellas es necesaria esa buena disposición, esa fe viva, que el tibio ha ido perdiendo poco a poco. Sin ella, de nada valdrían los signos más extraordinarios. Cuando no se está bien dispuesto, ningún argumento convence. Las señales indicadoras caen en el más completo vacío.

El tibio se va quedando ciego para lo sobrenatural; la persona de vida interior firme sabe encontrar a Dios aun en los momentos más duros o cuando los acontecimientos podrían dar la impresión de velarlo. Así, unos judíos no se convierten ante un milagro tan portentoso como fue la resurrección de Lázaro (Cfr. Jn 11, 46.) (más aún, reaccionan en sentido contrario: se separan más de Cristo), y un ladrón —fiel a la gracia recibida— encuentra al Mesías (Cfr. Lc23, 42.) cuando más oculta parece estar su divinidad, cuando menos señales externas se dan a la razón.

La visión sobrenatural nos enseña a ver a Dios en las cosas a conocer y valorar lo que posee un valor absoluto en nuestra vida; nos hace ver la muerte como un paso, un tránsito, hacia Dios nuestro Padre, como un comienzo, no como un fin trágico. Enseña al cristiano a apreciar la fe por encima de todo; a ser realista, «con un realismo sobrenatural y humano, que advierte los matices de la vida: el dolor y la alegría, el sufrimiento propio y el ajeno, la certeza y la perplejidad, la generosidad y la tendencia al egoísmo. El cristiano conoce todo y se enfrenta con todo, lleno de entereza humana y de la fortaleza que recibe de Dios»[74].

La visión sobrenatural nos permite ver en los demás a hijos de Dios y tratarlos, por tanto con el respeto que merecen; nos descubre en nuestro trabajo el lugar de nuestra santificación personal; nos lleva a percibir que «no existen los fracasos si se obra con rectitud de intención y queriendo cumplir la voluntad de Dios, contando siempre con su gracia y con nuestra nada»[75]. Nunca ocurre nada irreparable si estamos unidos a Dios.

El cristiano de fe viva actúa de acuerdo con este sentido sobrenatural que impregna su vida. Su norma de actuación no será ya el capricho, el deseo de quedar bien, lo que parece más rentable o más razonable según el común sentir de quienes le rodean..., sino la voluntad de Dios. Es aquí donde se traduce prácticamente el amor a Dios, donde se verifica nuestro grado de unión con El: en el deseo sincero de cumplir la voluntad de Dios en toda ocasión. Esta es nuestra norma de actuación.

Y Dios nos manifiesta su voluntad a través de los Mandamientos de la Ley, las indicaciones y Mandamientos de nuestra Madre la Iglesia, y las obligaciones que lleva consigo la propia vocación y estado.

Los deberes del propio estado determinan aún más concretamente la voluntad de Dios para cada uno. No podríamos santificarnos si no cumpliéramos también con absoluta fidelidad estas obligaciones.

Reconocer y amar la voluntad divina en esos deberes nos señala en cada momento el objetivo de nuestra vida, que trasciende las metas meramente naturales, y nos da la tuerza para hacerlos con perfección. En ellos encontramos el campo para ejercitar las virtudes sobrenaturales y las virtudes humanas, y, así, todo lo que nos rodea nos ayuda a crecer y manifestar la vida interior, el amor de Dios.

También se nos manifiesta la voluntad de Dios en aquellas cosas que El permite, y son siempre para nuestro bien, pues: Todo contribuye al bien de los que aman a Dios (Rom 8, 28.). Hay una providencia oculta detrás de cada acontecimiento; todo está dispuesto y ordenado para que sirva a la salvación de cada uno: tanto lo que sucede en un ámbito más general como lo que ocurre cada día en el pequeño universo de nuestra profesión y familia; todo puede y debe ayudarnos a encontrar a Dios y, por tanto, a encontrar la paz y la serenidad.

Es necesario que sepamos, para actuar con sentido sobrenatural, descubrir esa providencia permisiva de Dios ante acontecimientos que van en contra de aquello que nosotros pensamos y sentimos. Muchas veces las cosas no son según nuestro gusto o nuestra lógica que, si está falta de fe, se moverá dentro de unos límites muy pequeños.

La visión sobrenatural sobre los acontecimientos, las cosas y las personas nos evitará agobias, tristeza y malhumor. «La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz.—Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada»[76].

Descubriremos también a Dios en ese mar inmenso de favores y gracias que recibimos cada día. La visión sobrenatural nos ayudará a darnos cuenta que los motivos de alegría superan siempre a los de preocupación. Y nos moverá a dar continuamente gracias. El tibio no descubre —como el hombre de fe muerta— las frecuentes ocasiones para dar gracias.

Dar gracias

Con ojos de fe, con visión sobrenatural, nuestra historia es la historia de la constante misericordia de Dios. Sólo encontraremos motivos para dar, constantemente, gracias a Dios, incluso en los peores momentos de nuestra vida.

Y el Señor espera —como nos lo muestra el Evangelio— que seamos agradecidos.

En su último viaje a Jerusalén, según nos lo ha descrito San Lucas, Cristo pasa entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea le salen al encuentro diez leprosos que se detuvieron a lo lejos.

En el grupo va un samaritano, a pesar de la enemistad tradicional entre judíos y samaritanos. La desgracia les ha unido, como ocurre en tantas ocasiones en la vida.

Y a voces, levantando la voz —pues están lejos— dirigen a Cristo esta oración llena de respeto: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros (Cfr. Lc 17, 11-19.).

Se han ido acercando ambos grupos hasta que están a pocos metros. Entonces Cristo les manda ir a mostrarse a los sacerdotes como estaba preceptuado en la ley, cuando tenía lugar la curación de un leproso (Cfr. Lev 14, 2.). Y en la obediencia a las palabras de Cristo encontraron su curación.

Debió ser enorme la alegría en el grupo de los diez enfermos. Y en estos momentos de júbilo y euforia, tan sólo uno de ellos —el samaritano— volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces. Debió llamar profundamente la atención de quienes rodean a Jesús. En el nuevo encuentro el samaritano se postró ante los pies de Jesús para darle gracias.

Es ésta una acción profundamente humana y bella. «Qué cosa mejor podemos tener en el corazón, pronunciar con la boca, escribir con la pluma, que estas palabras "Gracias a Dios". No hay cosa que se pueda decir con mayor brevedad, ni oír con mayor alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad»[77].

Jesús debió alegrarse al ver las manifestaciones de gratitud de este hombre. Y a la vez sintió la ausencia de los otros: ¿No ha habido quién volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?

Jesús esperaba a los diez. Sólo en la hora de la desgracia se habían acordado de El. Quizá con el tiempo llegaron a pensar que el ser curados era algo natural, normal o a lo que tenían derecho. Es la actitud del tibio ante la inmensidad de los dones de Dios.

¿Y nosotros?, ¿no estaremos quizá entre los nueve que salieron huyendo? Porque vivir nos parece con frecuencia natural, cuando no es natural sino don de Dios: ¿no nos parecerá normal, o algo a lo que nos consideramos con derecho, cosas como el haber nacido, el hecho de que veamos, tengan vida quienes queremos, o hayamos podido alimentarnos esta mañana... o tantas cosas? Sabemos bien cómo Dios se ha volcado —se vuelca— en dones que no merecemos: la vida, la Redención, la Sagrada Eucaristía, los impulsos constantes y misteriosos del Espíritu Santo... Todo es don gratuito de Dios. Todo.

Si miramos a nuestra vida con un poco de atención, no es difícil que nos reconozcamos como aquel siervo que no tenía con qué pagar. Y sólo una cosa podemos hacer: dar continuamente gracias. Dad gracias a Dios, decía San Pablo a los primeros cristianos de Tesalónica, porque esto es lo que quiere que hagáis en Jesucristo (Tes 5, 18.).

Muchas deudas de gratitud nos atan dichosamente a todos los hombres con Dios. «El, dice San Juan Crisóstomo, nos hace muchos regalos y la mayor parte los desconocemos»[78]. Toda la vida es un puro don de Dios. Un día —al final— comprenderemos que nuestra vida está llena de tantos regalos de Dios, de tantos «beneficios que superan en número a las arenas del mar»[79]. Reconocer estos beneficios divinos, muchas veces ocultos, requiere una gran fe. El tibio no se da cuenta, todo le parece «natural», vive en la superficie de las cosas o en la autosuficiencia. No se da cuenta de que vivir cada

día es un puro don de Dios. «Ninguno hay que, a poco que reflexione, no halle fácilmente en sí mismo poderosos motivos que le obligan a mostrarse agradecido con Dios...

»Al conocer lo que Dios nos ha dado, encontraremos muchísimas cosas por las que dar gracias continuamente»[80].

Todo puede ser motivo de agradecimiento. «Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el sol y la luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...

Dale gracias por todo, porque todo es bueno»[81].

¡Qué humano y qué divino es ser agradecido! ¡Y cuesta tan poco! Basta pararnos un momento, dar unos pasos atrás en nuestro orgullo personal o en nuestra pereza, y allí encontramos a Cristo que nos estaba esperando.

El que fue a dar gracias se marchó con un don todavía mayor: la fe y la amistad de Cristo: Levántate—le dice Jesús—, vete; que tu fe te ha salvado.

Los nueve leprosos desagradecidos se quedaron sin la parte mejor que les había reservado el Señor: Porque «a quien humildemente se reconoce obligado y agradecido por los beneficios, con razón se le prometen muchos más. Pues el que se experimenta fiel en lo poco, con justo derecho será constituido sobre lo mucho, así como, por el contrario, se hace indigno de nuevos favores quien es ingrato a los que ha recibido antes»[82].

Cada vez que damos gracias a Dios volvemos con gracias mayores.

En presencia del Señor

La visión sobrenatural nos lleva a ver a Dios como un espectador amable de nuestra vida, dispuesto siempre a echarnos una mano para sacar adelante las cosas. Nos sentimos como el actor en escena, representando ante El la obra que nos ha encomendado.

El actor en escena se sabe en presencia de su público. Las candilejas le impiden verlo, pero lo presiente unos metros más allá, en la oscuridad de la sala. Está seguro de que está allí y sabe que está atento, interesado en la obra y en la representación de su papel. Comprende bien que no es indiferente la manera cómo realice su papel. Esto le anima a esforzarse, a hacerlo bien, con maestría. Porque «se debe a su público», estudia antes cada movimiento, cada gesto, modula bien cada frase, sin dudas ni titubeos.

Si un día se le ocurriera pensar, a mitad de la representación, que el público se ha marchado de la sala, o que no ha acudido ese día al teatro, o que está distraído con una rifa que se hace en esos momentos, etc., entonces, haría las cosas de cualquier manera, sin relieve, sin ilusión... o quizá, también él se marcharía de la escena dejando su papel en la obra sin representar. Esto es cabalmente lo que ocurre en la tibieza; el tibio ha olvidado que Cristo está atentísimo a su vida, al papel que en ella debe representar.

El tibio, quizá a mitad de la representación, ha dejado de esforzarse por hacer las cosas en presencia de Dios. ¿No sería nuestra vida completamente distinta si actualizáramos esa presencia divina? ¿No es cierto que barreríamos de un solo golpe todas las rutinas acumuladas? ¿Qué nos importaría entonces representar un papel u otro, si supiéramos que a Dios le gusta el que nos ha tocado?

Tener presencia de Dios nos obliga dichosamente a sabernos recoger en nuestro interior, a guardar los sentidos, a vivir hacia dentro, a considerar frecuentemente que llevamos algo de inmenso valor. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros...? (1Tes 5,18.).

Tener presencia de Dios supone sujetar la imaginación, a la que Santa Teresa solía llamar «la loca de la casa». Si no se controla, mediante la mortificación interior, no sería posible la vida interior. «Si no la dominas, jamás podrás gozar de esa calma serena, que es tan necesaria para servir a Dios.

»Si no la pones freno, jamás tendrás aquel realismo que una vida de santidad exige. Calma, realismo, serenidad, objetividad: virtudes que nacen allí donde termina la tiranía de la imaginación; virtudes que crecen y se fortifican en el esfuerzo ascético de dominar y de controlar la fantasía»[83].

Guardar la imaginación supone, en primer lugar, guardar los sentidos. Una persona que vaya con los sentidos abiertos a todo, se sentiría luego incapaz de recogerse para tener un rato de oración: «Disipación. —Dejas que se abreen tus sentidos y potencias en cualquier charca. —Así andas tú luego: sin fijeza, esparcida la atención, dormida la voluntad y despierta la concupiscencia (...)» [84].

Recogernos en nuestro interior, guardar los sentidos, vivir hacia dentro, sin evasiones infecundas: «Distraerte. ¡Necesitas distraerte! ..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencia de tu miopía...

¡Ciérralos del todo! : ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo; y tratarás a Dios..., y conocerás tu miseria..., y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres»[85].

Este recogimiento que necesitamos es plenamente compatible con la actividad exterior, con nuestro trabajo, con la vida de relación y de convivencia, etc. Es más, la vida humana, si no está sólo orientada a lo circunstancial, si no está dominada por la frivolidad, tiene siempre una dimensión profunda, íntima, un cierto recogimiento que alcanza su pleno sentido en Dios. Recogerse es una labor plenamente positiva; es evitar la dispersión de los sentidos y potencias, gobernarlos y encaminarlos a un sólo centro de atención. Sin recogimiento, no sería posible la oración ni la presencia de Dios. Y sin presencia de Dios es imposible esa visión sobrenatural sobre nuestra vida y los hechos que la rodean.

VII. LAS HIJAS DE LA TIBIEZA

Seis hijas tiene la tibieza, según señala Santo Tomás[86], siguiendo a San Gregorio Magno. Estos pecados y formas de desamor que pueden tener su origen en la tibieza son:

—La falta de esperanza, en forma de desaliento, desánimo ante las cosas de Dios, y como cierta incapacidad para llevar una vida interior rica y exigente. El tibio se encuentra «sin fuerzas».

—Una imaginación incontrolada. El tibio da rienda suelta a la imaginación, y se refugia en ella para encontrar allí, en falsas hazañas y triunfos, la felicidad ficticia, que no sabe encontrar en lo ordinario vivido de cara a Dios.

—Torpor y pereza mental para lo sobrenatural. Porque la desidia del alma «cuando no se sacude con el oportuno ardor, aumenta furtivamente con el sopor, el cual hace decaer totalmente el deseo del bien...»[87].

—Pusilanimidad. El ánimo del tibio se apoca, se empequeñece ante cualquier empresa sobrenatural. Da lugar a muchos

pecados de omisión y deja pasar, sin corresponder, muchas gracias del Espíritu Santo.

—Rencor y espíritu crítico contra las personas que luchan por ser mejores; es la irritada oposición y enfado de quien, no queriendo cambiar su mala conducta, se justifica diciendo que son los otros los equivocados. Son rechazadas estas personas buenas, que alientan con su ejemplo y palabra a reemprender el camino, «tamquam importunos monitores» —como maestros importunos— [88]. Por este camino se puede llegar a odiar los mismos bienes espirituales.

—Esta irritada oposición puede convertirse en auténtica maldad, sexta hija de la tibieza, nacida del odio contra todo lo divino que hay en el hombre. Es ya una consciente e interna elección del mal en cuanto tal. Es uno de los pecados más graves que pueden darse en el hombre.

Desaliento

El tibio ha llegado al desaliento porque ha perdido, a base de negligencias culpables, el objetivo de su lucha interior y de su vida. Dios, que antes estaba en el comienzo y en el final de sus actos, ha sido sustituido ahora por otras cosas; y éstas, han adquirido un valor de fin absoluto en la práctica, aunque quizá no en la teoría. Y «si transformamos los proyectos temporales en metas absolutas, cancelando del horizonte la morada eterna y el fin para el que hemos sido creados —amar y alabar al Señor, y poseerle después en el Cielo—, los más brillantes intentos se tornan en traiciones, e incluso en vehículo para envilecer a las criaturas. Recordad la sincera y famosa exclamación de San Agustín, que había experimentado tantas amarguras mientras desconocía a Dios, y buscaba fuera de El la felicidad: ¡nos creaste, Señor, para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Ti! (Confesiones 1, 1, 1).

Quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar»[89].

Hemos de andar por la vida con el objetivo bien claro, «con la mirada puesta en lo que Dios quiere»[90]. Entonces comprendemos que todos los bienes terrenos (siendo bienes) son relativos y que deben estar subordinados siempre a la vida eterna, y a lo que ella se refiere. El objetivo de la esperanza cristiana trasciende, de un modo absoluto, todo lo terreno.

Esta actitud ante la vida —mantenedora de la esperanza— supone una lucha alegre diaria, porque la tendencia de todo hombre es quedarse pegado «a lo de abajo», a hacer de esta vida una «ciudad permanente». «Cuando no se lucha consigo mismo, cuando no se rechazan terminantemente los enemigos que están dentro de la ciudadela interior —el orgullo, la envidia, la concupiscencia de la carne y de los ojos, la autosuficiencia, la alocada avidez del libertinaje—, cuando no existe esa pelea interior, los más nobles ideales se agostan como la flor del heno, que al salir el sol ardiente, se seca la hierba, cae la flor, y se acaba su vistosa hermosura (Iac I., 10-11).

Después, en el menor resquicio brotarán el desaliento y la tristeza, como una planta dañina e invasora»[91].

Dejarse ayudar

San Lucas nos ha dejado el vivo relato de dos hombres que van «de vuelta», camino de su aldea (Emaús), perdida la esperanza porque Cristo, en quien han cifrado la entrega de su vida, ha muerto. Jesús, como un caminante más, les da alcance y caminaba con ellos sin ser reconocido. La conversación tiene un tono entrecortado, como cuando se habla mientras se

camina. Y se inicia la conversación por lo que les preocupa: lo ocurrido en Jerusalén la tarde del viernes, la muerte de Cristo. En la cara, en el tono de la conversación se les nota la tristeza, la desesperanza, el desconcierto. Jesús había sido todo para ellos. Ahora lo han perdido —ha muerto— y se encuentran sin sentido. Nosotros esperábamos que El era quien había de redimir a Israel, dicen Ahora ya no esperan nada. Hablan de Jesús como una realidad pasada: Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso... (Lc 24, 21). «Fijáos en este contraste. Ellas dicen: Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso... ¡«Que fue»! ¡Y lo tienen al lado, está caminando con ellos, está en su compañía, indagando la razón, las raíces íntimas de su tristeza!

»"Que fue...", dicen ellos. Nosotros, si hiciéramos un sincero examen, un detenido examen de nuestra tristeza, de nuestros desalientos, de nuestro estar de vuelta de la vida, encontraríamos debajo una clara vinculación con este pasaje evangélico. Comprobaríamos que espontáneamente decimos: «Jesús fue...», «Jesús dijo...», «Jesús mandó...», porque olvidamos que, como en el camino de Emaús, Jesús está vivo a nuestro lado ahora mismo. Este redescubrimiento aviva la fe, resucita la esperanza, es hallazgo que nos señala a Cristo como gozo presente: Jesús es, Jesús prefiere, Jesús dice, Jesús manda, ahora, ahora mismo»[92].

Conocían estos hombres la promesa de Cristo acerca de su resurrección al tercer día. Habían oído el mensaje de las mujeres que han visto el sepulcro vacío. Habían tenido suficiente claridad para alimentar su esperanza; sin embargo, hablan de Cristo como de algo pasado, sin influencia en el presente. Es la imagen del desaliento por falta de fe. Su inteligencia está trabada y su corazón embotado.

Y es Cristo mismo, a quien al principio no reconocen, el que les interpreta de nuevo las Escrituras. Con paciencia los vuelve a la fe y a la esperanza. Y aquellos dos vuelven a vibrar, a estar alegres y dispuestos: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? (Lc 24,32.).

En nuestra vida se puede dar también el desaliento y la falta de esperanza. Y Jesús tampoco dejará que nos vayamos. Alguien que nos acompaña un trozo del camino de nuestra vida nos explicará en Su nombre las Escrituras y volveremos a ver las cosas claras y nuestro corazón desalentado se encenderá de nuevo en la fe de Cristo.

Nos daremos cuenta de que El, a quien quizá se veía muy lejano, estuvo siempre a nuestro lado. Es muy posible que sea en la dirección espiritual donde, al abrir el alma con sinceridad, veamos de nuevo al Señor. Con Et viene siempre la alegría y los deseos de recomenzar cuanto antes: Y se levantaron a toda prisa y regresaron a Jerusalén... Pero es necesario dejarse ayudar, estar dispuestos a que nos echen una mano.

Y es muy posible que nosotros también nos encontremos con personas que han perdido el sentido sobrenatural de su vida y tendremos que llevarlos —en nombre del Señor— a la luz y a la esperanza. Porque es mucha la tibieza en el mundo, mucha la oscuridad.

Por muy grandes que sean los errores que podamos cometer, por mucho que sea el desamor y la tibieza, el Señor nos espera siempre para perdonarnos y restablecernos en su amistad. ((Si el perdón que necesitamos estuviera en relación con nuestros méritos, en este momento brotaría en el alma una tristeza amarga. Pero, por bondad divina, el perdón nos viene de la misericordia de Dios...»[93]. Este es un fundamento firme de

nuestra esperanza: Jesucristo está deseando nuestra amistad. Y sabe bien el fondo de endebles que hay en cada hombre; pero cuenta, con la ayuda de su gracia, con la capacidad de recomenzar, sea cual fuere la situación de nuestra alma. «A veces, cuando todo nos sale al revés de como imaginábamos, nos viene espontáneamente a la boca: ¡Señor, que se me hunde todo, todo, todo...! Ha llegado la hora de rectificar: yo contigo, avanzaré seguro, porque Tú eres la misma fortaleza: Quia tu es. Deus, fortitudo mea (Ps 42, 2)»[94].

En medio de las ocupaciones hemos de procurar alzar los ojos al Cielo con perseverancia, «porque la esperanza nos impulsa a agarrarnos a esa mano fuerte que Dios nos tiende sin cesar, con el fin de que no perdamos el punto de mira sobrenatural; también cuando las pasiones se levantan y nos acometen para aherrojarnos en el reducto mezquino de nuestro yo, o cuando —con vanidad pueril— nos sentimos el centro del universo. Yo vivo persuadido de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito: todo lo puedo en Aquel que me conforta (Phil 4, 13), que recoge la promesa segura de Dios de no abandonar a sus hijos, si sus hijos no le abandonan»[95].

Pusilanimidad

Nos narra el libro de los Números[96] cómo Yahvé habló a Moisés para que enviara exploradores a la tierra prometida, todavía por conquistar.

Fueron enviados doce exploradores, todos los jefes de los hijos de Israel. Y durante 40 días observaron la fertilidad de la tierra prometida. Vuelven admirados ante tanta abundancia, pero sienten miedo y lo transmiten también al pueblo de Dios. Cometan un grave error: contar sólo con sus fuerzas para vencer. Comparan sus fuerzas con las del enemigo sin contar

con su Dios que les ha reservado esa tierra, y de quien han recibido siempre, con oportunidad y generosidad, las ayudas necesarias.

Ya no se acuerdan del poder de Yahvé y tienen ahora sólo una visión humana de la empresa que han de realizar. Se les empequeñece el ánimo, exagerando incluso las fuerzas del enemigo y desanimando al resto del pueblo de Israel. Es una tierra que devora a sus habitantes, dicen, y todos cuanto de ella hemos visto eran de gran talla. Hasta gigantes hemos visto allí; ante los cuales nos pareció que nosotros éramos como langostas;... Cundió el desánimo entre el pueblo y muchos querían volverse atrás. Y unos a otros se decían: elijamos un jefe y volvámonos a Egipto.

Yahvé, siempre dispuesto a ayudar a su pueblo, dirá a Moisés: ¿Hasta cuándo ha de ultrajarme este pueblo? Es verdaderamente una ofensa a Dios la desconfianza y poquedad de ánimo, que no cuenta con el auxilio de lo alto ante las dificultades; el «echarse atrás» en las empresas que Dios quiere que realicemos.

Serán castigados a vagar de nuevo por el desierto. Sólo a mi siervo Caleb, que con espíritu del todo diferente me siguió del todo, le haré entrar yo en esa tierra donde ha estado ya, y su descendencia la tendrá en posesión. Mañana mismo volveos y partid al desierto, camino del mar Rojo.

Cuarenta años andaría aquel pueblo en la infertilidad de las arenas del desierto. Tantos como fueron los días de la exploración de la tierra, cuarenta, tantos serán los años que llevaréis sobre vosotros vuestras rebeldías: cuarenta años, año por día.

El alma metida en la tibieza también ha vislumbrado lo que Dios le ha preparado y lo que espera de ella, pero no ha sido capaz de seguir adelante. Se ha detenido por desamor y falta de

sacrificio y se ha condenado a sí misma a permanecer en ese desierto de la mediocridad, sin rumbo fijo, en un terreno sin frutos. El ánimo se apoca, se empequeñece ante cualquier empresa sobrenatural y no hace nada. El alma enferma de tibieza no tiene ni el ánimo ni la voluntad de llegar a ser lo que Dios le pide. Prefiere empequeñecerse y dejar a un lado esa nobleza que le obliga a metas más altas. «En el fondo, no hay ansias de conseguir un verdadero bien, ni espiritual, ni material legítimo; la pretensión más alta de algunos se reduce a esquivar lo que podría alterar la tranquilidad —aparente— de una existencia mediocre. Con un alma tímida, encogida, perezosa, la criatura se llena de sutiles egoísmos y se conforma con que los días, los años, transcurran sine spe nec metu, sin aspiraciones que exijan esfuerzo, sin las zozobras de la pelea: lo que importa es evitar el riesgo del desaire y de las lágrimas. ¡Qué lejos se está de obtener algo, si se ha malogrado el deseo de poseerlo, por temor a las exigencias que su conquista comporta! »[97]. Es una especie de humildad pervertida: no quiere aceptar los bienes sobrenaturales, porque implican esencialmente una exigencia para quien los recibe. Buscará entonces falsos motivos que justifiquen su falta de entrega: «la simulación, los escondrijos, el ardid y la deslealtad representan el recurso de los espíritus mezquinos y de los pequeños deánimo»[98].

Lo propio de la vida interior es la magnanimidad o grandeza de alma, que Santo Tomás define como la disposición del ánimo hacia las cosas grandes (extenso anima ad magna)[99]. A una vida interior rica y exigente acompaña siempre esta disposición de acometer grandes cosas por Dios y por los demás.

Los santos han sido siempre hombres magnánimos hacia las empresas de apostolado que han sacado adelante, al juzgar a

los demás, a quienes han visto como a hijos de Dios, capaces de ser santos, a pesar de sus defectos presentes o pasados.

Esta virtud se apoya en la humildad, en la generosidad, y en un hondo espíritu sobrenatural de la vida, que el tibio ha perdido. Y siempre en una confianza plena en Dios. ¿Quién nos separará del amor a Cristo?, exclamaba San Pablo. ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? (...) Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. (Rom 8, 35, 37).

«Características del magnánimo son la sinceridad y la honradez. Nada le es tan ajeno como callar la verdad por miedo (2-2, 129, 4 ad 2). El magnánimo evita, como la peste, la adulación y las posturas retorcidas (2-2, 129, 3 ad 5). No se queja, pues su corazón no permite que se le asedie con un mal externo cualquiera (2-2, 129, 4 ad 2). La magnanimidad implica una fuerte e inquebrantable table esperanza, una confianza casi provocativa (2-2, 129, 6) y la calma perfecta de un corazón sin miedo (2-2 129, 7). No se deja rendir por la confusión cuando ésta ronda el espíritu, ni se esclaviza ante nadie, y sobre todo no se doblegaante el destino: únicamente es siervo de Dios (2-2, 129, 7)»[100].El magnánimo se atreve a lo grande porque sabe que «el don de la gracia eleva al hombre para cosas que están por encima de su naturaleza»[101],y sus acciones cobran entonces una eficacia divina: se hace, partícipe de la virtud de Dios que es poderoso para hacer que nazcan de las mismas piedras hijos de Abrahan (Cfr. Mt 3, 9.). Es audaz en el apostolado porque es consciente de que «el Espíritu Santo se sirve de la palabra del hombre como de un instrumento. Pero es El quien interiormente perfecciona la obra»[102].Tiene la seguridad de que toda la eficacia del apostolado reside siempre en Dios, que da el incremento[103]. El tibio, falto de sentido sobrenatural y de fe viva, confía en sus fuerzas, y se desanima.

Es «pequeño de ánimo». Sus proyectos son siempre de corto alcance.

Imaginación incontrolada (evagatio mentis) y torpor mental

La persona con vida interior sabe sacarle sentido a cosas y personas y se enriquece con lo que ocurre a su alrededor; no espera situaciones ideales para crecer por dentro. Está convencido de que no existen. Cualquier situación es buena.

Para el tibio, los acontecimientos, el trabajo, las alegrías y los sufrimientos —la vida, en fin—pasan sin dejar rastro en su vida de dentro. Pasan las gracias del Espíritu Santo sin que lleguen a transformarlo por falta de correspondencia.

El tibio se pierde en las cosas de fuera, o se enreda dentro. Sucumbe con frecuencia a las cosas externas y se encuentra vacío, empobrecido, a pesar, quizá, de sus actos de piedad. Le falta hondura interior. y va al son de cualquier viento. No tiene convicciones profundas, sino opiniones del ambiente, del periódico, de la radio. Se recoge con disgusto en su vida interior: una meditación profunda de las verdades fundamentales de su fe es para él algo extraño.

El tibio es incapaz de encontrarle a la vida ordinaria la belleza y la alegría que tiene en Dios. Es su ser mismo la causa de su tristeza. Y como «ningún hombre puede mantenerse en la tristeza»[104], procurará evadirse de sí mismo y de la realidad. Soñará, despierto, sueños fantásticos y dejará la imaginación cada vez más incontrolada. No rara vez con estos sueños se entrará en un clima de sensualidad o claramente impuros, y se creará un clima interior en el que sea imposible un pensamiento sobrenatural. «La evagatio mentis se revela a su vez en la abundancia de palabras en la conversación (verbositas), en la insaciabilidad de novedades (curiositas), en el desenfreno sin respetos con que "saliendo de la mansión del espíritu se

dispersa en diversas cosas" (importunitas), en la interna falta de sosiego (inquietud), en la inestabilidad de lugar y de decisión (2-2, 35, 4 ad 3)»[105].

Relacionada íntimamente con este estado interior está la cuarta hija de la tibieza: torpor y pereza mental; una incapacidad no debida a causas de salud, etc., para profundizar en las cosas de Dios.

Se pone especialmente de manifiesto en el momento de la oración (se tiene la sensación de perder el tiempo) y en el poco fruto que se obtiene cuando se lee el Santo Evangelio o algún libro que trate de temas espirituales («no se saca nada»). La vida interior va quedando como algo inasequible al principio, para acabar por ser negada más tarde. Nace así el pragmatismo de una vida secularizada que poca, o ninguna relación tiene ya con Dios. Son esas generaciones de cristianos que fueron bautizados, recibieron una cierta educación religiosa, quizá tuvieron verdadera piedad, pero, con el tiempo, el paganismo les ha entrado en el alma. Los restos de piedad que quizá conservan muchos de ellos carecen de influencia operativa en sus vidas. Dan la sensación de personas incapacitadas para la oración.

Rencor y maldad

El tibio es una persona descentrada y, por tanto, desentonada interiormente. Con frecuencia este descontento interior tratará de justificarlo en personas y acontecimientos de fuera. Tendrá verdaderas «listas de culpables» de su infidelidad, de su falta de trabajo...

Los responsables de su falta de rendimiento o de dejación serán las personas con las que convive, el lugar donde reside, los superiores o inferiores, pequeñas enfermedades... Cosas que objetivamente poco o nada tienen que ver de hecho con su

malestar, de origen muy distinto. La causa profunda de esa situación incómoda habrá que buscarla más bien en que se va alejando de Cristo... Y lo pasa y lo hace pasar mal. Prácticamente todo le molesta. «Aunque pudiera esperarse otra cosa, le indigna los fallos ajenos, ya que considera los defectos de los otros como algo inmutable, no como errores pasajeros que —con la gracia de Dios— pueden irse superando. Pero más incómodas aún le resultan las virtudes que contempla en los demás; son como otras tantas bofetadas que le fueran dirigidas a él; y no duda en despreciarlas como entusiasmos insensatos. Dentro de esa línea, le molestan de modo particular las iniciativas o impulsos de tipo apostólico. Que se pretenda animar a los otros a una situación —sacerdocio, vocación de entrega a Dios, etc.— análoga a la que él mismo eligió en tiempos, y dentro de la cual sufre actualmente por haber perdido su sentido, es algo que no comprende: más aún, le exaspera»[106].

Está naciendo un rencor disimulado y un espíritu crítico, en ocasiones feroz, contra lo que le debía merecer el mayor respeto y la mayor caridad. Se erige en juez para ver sólo lo negativo, y no se da cuenta de que su vida deja mucho que desear. «Reciben todo, como reza el antiguo adagio filosófico, según el recipiente: en su previa deformación. Para ello hasta lo más recto, refleja —a pesar de todo— una postura torcida que, hipócritamente, adopta apariencia de bondad. Cuando descubren claramente el bien —escribe San Gregorio—, escudriñan para examinar si hay además algún mal oculto[107].

»Es difícil hacer entender a esas personas, en las que la deformación se convierte casi en una segunda naturaleza, que es más humano y más verídico pensar bien de los prójimos. San Agustín recomienda el siguiente consejo: procurad adquirir

las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros (Enarr in psalm, 30, 2, 7). Para algunos, este modo de proceder se identifica con la ingenuidad. Ellos son más realistas, más razonables»[108].

Este rencor y espíritu crítico puede llegar a convertirse en un verdadero «odium religionis», un odio irracional demoníaco a lo que a Dios se refiere[109].

En todo juicio es necesario tener en cuenta la objetividad de los datos en que se apoya. Pero también la disposición interna con la que se juzga. Todo juicio sobre los demás o sobre las cosas viene «coloreado» por esta disposición interna de quien emite el juicio. El fracasado, el orgulloso, el amargado o el envidioso pondrán una especial carga personal en su crítica. El tibio también está incapacitado para juzgar. Pondrá en su crítica la tristeza y desentono que lleva en su alma. «Pues para que la crítica sea justa y constructiva, eficaz y santificante, hace falta amar a los demás, amar al prójimo. En tal caso el ejercicio de la crítica es siempre un acto de virtud en el que hace uso de ella y un auxilio para quien la recibe: Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma, el hermano defendido por su hermano, es como ciudad amurallada»[110]. En el tibio, al adormecerse la fe, se ha perdido también la caridad. Juzgará con el amargor de la propia tristeza interior.

VIII. EL PECADOVENIAL

La aceptación del pecado venial

Es inevitable que, caminando, levantemos polvo. Somos criaturas y estamos llenos de defectos. Yo diría que tiene que haberlos siempre: son la sombra que, en nuestra alma, logran que destaquen más, por contraste, la gracia de Dios y nuestro

intento por corresponder al favor divino. Y ese claroscuro nos hará más humanos, humildes, comprensivos, generosos»[111]

El Señor cuenta con esos defectos y errores de nuestra vida; conoce bien nuestra debilidad y está en todo momento dispuesto a darnos las ayudas necesarias. Sin embargo, la aceptación de estas faltas y pecados veniales, sin lucha para no cometerlos y sin contrición si se ha caído en ellos, significa la muerte de la vida interior comenzada y el síntoma más claro de tibieza. «Los pecados veniales hacen mucho daño al alma. — Por eso "capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas", dice el Señor en el "Cantar de los Cantares": cazad las pequeñas raposas que destruyen la viña»[112].

No es la derrota la que lleva a la tibieza sino la aceptación del pecado, que viene a significar una falta permanente de correspondencia a la gracia, de amor. De la postura que se adopte ante el pecado venial depende, en muy buena parte, el desarrollo y progreso de la vida interior.

La mayor desgracia para el hombre es, sin duda, el pecado mortal. «No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado»[113]. Incomparablemente mayor que la pérdida de toda la fortuna, de la honra, o la enfermedad más grave y más dolorosa: nada puede compararse al pecado mortal. Con él se pierde la gracia santifican te, las virtudes y dones, y todos los méritos conseguidos hasta ese momento. Y después del pecado mortal, el peligro y la desgracia mayor para el alma es el pecado venial.

Las disposiciones de quien comete un pecado venial son sustancialmente distintas de quien se separa gravemente de Dios. El que comete un pecado mortal es como el viajero que, caminando hacia un punto determinado, se pone de pronto completamente de espaldas a él y comienza a caminar en

sentido contrario. El que comete un pecado venial, en cambio, se limita a hacer un rodeo o desviación del recto camino, pero sin perder la orientación fundamental hacia el punto adonde se encamina»[114].

Consecuencias del pecado venial

La aceptación de estas faltas supone un estado de desamor, que «en cuanto ofensa a Dios, es un mal incomparablemente superior a todas las desgracias y calamidades humanas que pueden afligir al hombre»[115]. Nos priva de muchas gracias actuales que el Espíritu Santo había vinculado a nuestra fidelidad, o al menos, a nuestra contrición si no fuimos fieles. Es un gran tesoro perdido.

El pecado venial disminuye el fervor de la caridad y nos deja anclados en la mediocridad espiritual. Imposibilita así la vida interior. « ¡Qué pena me das —dice el autor de Camino— mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! —Porque, hasta entonces, no habrás comenzado a tener verdadera vida interior»[116]. Aumenta las dificultades para la práctica de las virtudes, que cada vez se presentan como más difíciles y en cuesta más empinada. Predispone al pecado mortal, que llegará si no se reacciona con prontitud y energía.

Los pecados veniales pueden producir una insensibilidad para lo divino, un verdadero embrutecimiento, en ocasiones, para lo sobrenatural. Algo parecido a lo que le ocurre a esa persona a quien han invitado a un concierto y es incapaz de apreciar la música; o esa otra que, ante una obra de arte maravillosa, sólo se le ocurre preguntar, «y esto, ¿cuánto vale?». Con la diferencia de que quien poco a poco se incapacita para las cosas de Dios, se incapacita precisamente para lo que fue creado: «para conocer, amar y servir a Dios».

En la otra vida, el pecado venial da origen a un castigo en el Purgatorio, que se hubiera evitado con un poco más de esfuerzo y delicadeza con Dios; impide un mayor aumento de gloria para toda la eternidad, y el grado de gloria que podremos dar a Dios será inferior al que hubiéramos dado si no existieran esos pecados.

Lucha contra los pecados veniales

Sabemos sin embargo que las faltas y pecados veniales nos van a acompañar a lo largo de la vida. Sin una gracia especial, como la recibida por la Virgen, no nos sería posible mantenernos en un estado habitual de perfecto amor de Dios[117]. Pero hemos de procurar luchar siempre, huir tenazmente del pecado venial deliberado y recurrir a los actos de desagravio por nuestras faltas. Es la aceptación de estos pecados lo que produce ese estado de desamor que es la tibieza. La vida interior comienza verdaderamente cuando el alma se decide con un propósito firme a luchar contra el pecado venial. En esta lucha decidida contra el pecado venial hemos de emplear, en primer lugar, los medios sobrenaturales. No nos bastan el deseo y esfuerzos humanos. San Pablo advertía a los primeros cristianos de Filipos: Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito (Filip 2, 13.).

El mismo deseo de rechazar cualquier falta que ofenda al Señor ya se debe a una gracia especial del Espíritu Santo.

Por eso la primera determinación será pedir esa sensibilidad para con Dios que nos hace valorar un solo pecado venial, y el deseo firme de separarnos del terreno de la ofensa a Dios. Pedimos tener sentido del pecado. Son muchas las omisiones y ofensas a Dios a las que no damos importancia: faltas de rectitud de intención, de caridad, de pereza, impaciencias, juicios negativos sobre los demás, indiferencia ante el dolor

ajeno, envidias, rencor, apegamiento no recto a cosas o personas, demasiadas distracciones en la oración o cuando estamos en la iglesia; caprichos, cambios extemporáneos de humor, faltas de gratitud con quien nos sirve, tentaciones de sensualidad que, aún sin consentir, son blandamente rechazadas, blandenguería y falta de fortaleza con quienes tenemos el deber de formar o ayudar, rigidez en el trato, falta de cordialidad y de alegría en el trabajo o en familia, vanidad en todas sus formas, falta de visión sobrenatural al enjuiciar las cosas y los acontecimientos... «Si todas estas faltas se acumulan sobre nosotros, ¿no podrán aplastarnos, aunque sean menudas? ¿Qué más da que te aplaste el plomo que la arena? El plomo es masa compacta; la arena se forma de granitos, pero su muchedumbre te sepulta. ¡Pecados leves! ¿No ves cómo de menudas gotas se desbordan los ríos y se llevan las tierras? Son pequeñas, pero son muchas»[118].

El Señor sale fiador con su palabra de que todo lo que pidamos y sea para nuestro bien, se nos concederá siempre. Pedid y se os dará —nos dice— buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá (Mt 7, 7-8.). Promete oír siempre nuestra oración, y su palabra no puede fallar.

Contra el pecado venial tenemos el arrepentimiento sincero, la contrición, y la piedad. Un clima interior de piedad hace difícil la entrada del pecado venial. Y si entra en el alma, la piedad lleva enseguida a la contrición.

La ciencia de los Santos

Nos ocurre en cierta manera, con los pecados veniales igual que con las heridas del cuerpo. Unas son más graves que otras, pero ante todas adoptamos una postura lógica:

—En primer lugar procuramos evitarlas. Nadie en su sano juicio se corta un dedo o pone la mano para que quede atrapada al cerrar la puerta. Más bien evita la ocasión de que ésto pueda suceder.

—En segundo lugar, si, a pesar de todo, se producen, las curamos cuanto antes. Sabemos que una herida sin curar o mal curada produce daños y molestias más graves (en algunos casos, incluso la muerte), y que si no nos preocupáramos de estas lesiones que de suyo no son mortales, podrían impedirnos una vida normal de trabajo, etc. Algo parecido ocurre con esas heridas no mortales del organismo sobrenatural que son los pecados veniales: también «hacen mucho daño al alma». Con algunas diferencias: hay heridas del cuerpo que curan solas con el tiempo. En la vida sobrenatural el tiempo, por sí, no cura nada. Sólo sana la contrición, el amor. Además, y esto es lo fundamental, con el pecado venial no sólo nos hacemos daño a nosotros mismos sino que nos separamos de Dios, hacemos daño a los demás. Cada pecado venial es un paso atrás en nuestra amistad con Jesucristo.

Hemos de pedir a Dios la gracia de no perder el sentido de las faltas veniales, porque sería perder el sentido del amor; también hemos de pedir el no perder la sensibilidad en lo pequeño, sentir dolor de los pequeños desvaríos.

Con la ayuda de la gracia, el conocimiento de nuestras faltas nos llevará a la contrición, a pedir con prontitud perdón a Dios. La contrición hace que nos olvidemos de nosotros mismos y nos acerquemos de nuevo a Dios en un acto de amor más profundo. Damos entonces varios pasos adelante en nuestro trato con el Señor. La contrición aquilata la calidad de nuestra vida interior y atrae siempre la misericordia divina. Mis miradas se posan sobre los humildes y sobre los de corazón contrito (Is 66, 2.), dice el Señor.

La contrición no tiene lugar cuando dejamos paso a la disculpa. Porque con frecuencia quizá, tenemos la costumbre de disculparnos. «En vez de reconocer que tenemos defectos, nos inclinamos más a encontrar su disculpa. No queremos aceptar que somos perezosos, que somos altivos, que somos cobardes, que somos sensuales, que somos egoístas. Y encontramos razones para justificar nuestra situación. O nos ocurre que no tenemos inclinación quizá a disculparnos, pero sí a aceptar estas cosas con pesimismo. Decimos: efectivamente yo soy cobarde, yo soy inconstante, poco perseverante en mis esfuerzos, egoísta... Pero el reconocimiento de estos defectos nos produce tristeza y desaliento.

»Para salir de esta situación hay una ciencia cristiana decisiva. Y es la ciencia del arrepentimiento. Aprender a arrepentirnos. Todo lo que Dios nos pide para transformar esa situación — desagradable para nosotros y para los que viven a nuestro alrededor—, esa situación íntima de pesimismo o de tristeza, en una actitud de esperanza, es que sepamos arrepentirnos. Esta es la ciencia que conocieron los santos»[119].

Un punto de referencia

«Perdón, lo siento», decimos en nuestras relaciones con los demás. Cada día nos encontramos con frases de este tipo en nuestros labios, en situaciones en las que hemos molestado a alguien sin querer, o hemos producido un pequeño desaguisado. Unas veces nos duele, lo sentimos realmente; en otras, se trata de una fórmula de educación necesaria en la convivencia diaria.

Muchas veces la gente educada dice «lo siento», sin sentirlo lo más mínimo. Pero cuando decimos a Dios «siento haberte ofendido, perdóname», no estamos realizando un acto de cortesía. Los sentimientos de nuestro corazón deben

corresponder a esta afirmación. Nuestro arrepentimiento debe ser interno. Así nuestra actitud ante Dios no será hipócrita y falsa que, por eso, mereció la repulsa del Señor: ¡Ay de vosotros escribas y fariseos!, hipócritas!, que limpiáis por fuera la copa y el plato y por dentro estáis llenos de rapacidad e inmundicia. ¡Fariseo ciego!, limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de fuera esté limpio (Mt 23, 25-26.).

El dolor sincero de nuestros pecados no quiere decir necesariamente que debamos sentir un dolor emocional. Lo mismo que el amor, el dolor es un acto de la voluntad, no un golpe de emoción. Del mismo modo que podemos amar a Dios sin experimentar emociones sensibles, podemos tener un dolor profundo de nuestros pecados y faltas sin que nos produzca reacción emocional alguna.

Para aprender a arrepentirnos —ciencia decisiva de nuestra alegría— es necesario que nos pongamos en la presencia de Cristo, sin anonimato, sin que nada se interponga entre nosotros y El. Nos ocurrirá como a Pedro la mañana de la pesca milagrosa. Simón Pedro al ver esto, se echó a los pies de Jesús y le dilo Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador.

Y es que el asombro se había apoderado de él... (Lc 5, 8-9.).

Pedro está asombrado. Parece como si en un momento lo hubiera visto todo claro: la santidad de Cristo y su condición de hombre pecador. Lo negro se percibe en contraste con lo blanco, la oscuridad con la luz, la suciedad con la limpieza.

Apártate de mí. Esta expresión tiene un sentido oculto; pedía Pedro al Señor que se apartara porque le parecía no poder soportar la luz clara y límpida de Cristo, al lacto de su propia oscuridad y suciedad.

Pedro se encuentra ante la divinidad de Cristo, manifestada en el milagro que acaba de ver. Y mientras sus labios dicen que se siente indigno de estar junto a El, los ojos y toda su actitud pedían al Señor no separarse jamás de El. La suciedad de nuestros pecados necesita un término de referencia, y sólo puede servir la santidad de Cristo. Y el desamor de muchos de nuestros actos sólo lo percibiremos si nos fijamos en el amor de Cristo. De otra forma, no veremos nada o lo justificaremos todo.

La contrición afianza mucho nuestra amistad con Dios. Es precisamente después de este acto de contrición cuando Pedro toma la decisión más importante de su vida y cuando percibe con toda claridad el verdadero sentido de su vida: no temas, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejaron todas las cosas y le siguieron.

La vida de Pedro tendría desde entonces un formidable objetivo: amar a Cristo y ser pescador de hombres. Todo lo demás en su existencia sería medio e instrumento para ese fin. Es significativo que todo ocurra después de un profundo acto de contrición. Por eso, nuestros errores no deben desalentarnos si somos humildes y volvamos arrepentidos. Serán siempre la ocasión de un encuentro nuevo con el Señor, del que se pueden derivar insospechadas consecuencias para nuestra vida interior. «Para quienes aman a Dios, todo contribuye para su mayor bien: Dios endereza absolutamente todas las cosas para su provecho, de suerte que aún a quienes se desvían y extralimitan, los hace progresar en la virtud, porque se vuelven más humildes y experimentados»[120].

Judas y Pedro

Pedro sabe arrepentirse. En otra ocasión, en la noche del jueves al viernes, horas antes de la Pasión, Pedro flaquea y por respetos humanos niega abiertamente conocer a Jesús. Poco tiempo después, el Señor es conducido por uno de los atrios del palacio del pontífice y se volvió y miró a Pedro. Y Pedro se acordó de lo que el Señor le había dicho: ...y salió a fuera y lloró amargamente (Lc 22, 61-62.). Fue suficiente la mirada del Señor. «Pedro hubiera querido bajar la cabeza, pero no pudo apartar su mirada de Aquel que acababa de negar. Conoce muy bien las miradas del Salvador. No pudo resistir a la autoridad y al encanto de esa mirada que suscitó su vocación; esa mirada tan cariñosa del Maestro de aquel día en que, mirando a sus discípulos, afirmó: He aquí, a mis hermanos, hermanas y madre. Y esa mirada que le hizo temblar cuando él, Simón, quiso apartar la cruz del camino del Señor. Y la compasiva mirada con que acogió al joven demasiado rico para seguirle. ¡Y la mirada anegada de lágrimas ante el sepulcro de Lázaro...! Conoce las miradas del Salvador!

»Y, sin embargo, nunca jamás contempló en el rostro del Señor la expresión que descubre en El en aquel momento, aquellos ojos impregnados de tristeza, pero sin severidad; mirada de reconvención, sin duda, pero que al mismo tiempo quiere ser suplicante y parece decirle: Simón, yo he rogado por ti.

»Su mirada sólo se detuvo un instante sobre él; Jesús fue empujado violentamente por los soldados, pero Pedro lo sigue viendo. Ve la mirada indulgente sobre la llaga penetrante de su culpa»[121].

Esa mirada del Señor impidió que Pedro llegara a la desesperanza. Fue una mirada alentadora en la que Pedro se sintió comprendido y perdonado. ¡Cómo recordaría entonces la parábola del Buen Pastor, del hijo pródigo, de la oveja perdida...!

Sobre Judas también recayó la mirada del Señor que le incitaba a cambiar cuando, en el momento de su traición, se sintió llamado con el título de amigo. ¡Amigo! ¿A qué has venido aquí? Esa mirada, esa palabra alentadora ha sido dirigida a cada uno de nosotros cada vez que hemos ofendido a Dios.

Judas sentiría esa misma mirada, cuando su Dios v Señor, de rodillas y ante él, le lavaba los pies en la última Cena.

Y Judas se arrepintió de su crimen (Cfr. Mt 27, 3-10.): viendo a Jesús sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata... Se arrepintió de lo hecho, pero le faltó la esperanza de ser perdonado o la humildad para volverse hacia Cristo. No tuvo dolor y arrepentimiento del pecado como ofensa a Dios.

¡Qué diferencia entre Pedro y Judas! Los dos traicionaron (de distinta manera) la fidelidad a su Maestro. Los dos se arrepintieron. Pedro sería —a pesar de sus negaciones— la roca sobre la que se asentaría la Iglesia de Cristo hasta el final de los tiempos. Judas fue y se ahorcó. El arrepentimiento de Judas quedó en sí mismo; no hubo conversión. El arrepentimiento no basta; produce angustia, amargura y desesperación. Junto a Cristo el arrepentimiento se transforma en un dolor gozoso, porque se recupera la amistad perdida. En unos instantes, Pedro se unió al Señor —a través del dolor de sus negaciones— mucho más fuertemente de lo que había estado nunca. De sus negaciones arranca una fidelidad que le llevará hasta el martirio.

Judas se queda solo: A nosotros ¿qué nos importa?, allá tú, le dicen los príncipes de los sacerdotes. Judas está en el aislamiento que produce el pecado, y no sabe ir a Cristo. Podía haber sido uno de los pilares de la Iglesia, a pesar de su traición, pero le faltó la esperanza. Con todo, no sabemos qué

pasaría por el corazón de aquel hombre en los últimos momentos de su vida.

Pedro salió fuera. Se separó de aquella situación en la que imprudentemente se había metido, para evitar posibles recaídas. Comprendió que aquel no era su sitio.

El salir fuera, «era confesar su culpa. Lloró amargamente, porque sabía amar, y bien pronto las dulzuras del amor reemplazaron en él a las amarguras del dolor»[122], comenta San Agustín. También ocurre a cada hombre cuando después de una falta —grande o pequeña—, se arrepiente de verdad y llora su pecado.

Hemos de ejercitar este espíritu de contrición —medicina radical contra la tibieza— siempre que algo no va en nuestra vida; cada noche en el momento del examen de conciencia, y, de modo especial en la confesión frecuente. Pues este sacramento no sólo perdona los pecados cometidos, sino que prepara y fortalece el alma para el futuro, gracias al arrepentimiento, a la absolución del sacerdote y a la penitencia que éste impone; atenúa la tendencia de recaer, aumenta la inclinación al bien y nos da derecho a nuevas y más eficaces gracias actuales con las que podamos resistir y evitar el pecado venial. Por supuesto, este triunfo depende mucho del buen uso que hagamos del Sacramento, que debemos recibir evitando toda rutina.

El antídoto

Cierta noche un hombre rico, del partido de los fariseos, influyente, fue a ver a Jesús. Y mantuvo con El una conversación larga y profunda, a la que muy probablemente asistió San Juan: es él quien nos la ha transmitido (Cfr. Jn3,1s.).

Nicodemo es un hombre de buena voluntad que ha visto en Jesús algo especial. Es uno de aquellos judíos que buscaban con rectitud de corazón la salvación de Israel.

En aquella conversación tiene la delicadeza de otorgarle a Jesús, todavía poco conocido, el título de Maestro. Tratándose de un miembro del Sanedrín ya entrado en años además, revela hasta qué punto había sido prendido por el misterio de Jesús: Toda la conversación está llena de profundo respeto. Rabí, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios... Es cierto que viene de noche, pero esto no obedece a un falso respeto humano (hará pública su devoción a Cristo cuando sea ajusticiado), sino a una prudencia fácil de comprender.

Jesús habla a Nicodemo como a un hombre culto y entendido en la ley. Le adoctrina sobre la necesidad de recibir el Bautismo para entrar en el reino, del Espíritu Santo, y de su Muerte salvadora. En este contexto hace mención el Señor a un pasaje del Antiguo Testamento: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en El tenga la vida eterna.

La referencia está relacionada con una narración del libro de los Números. Cuando el pueblo de Israel comenzó a murmurar contra Dios y contra Moisés, cansados en el camino que les conducía a la tierra prometida, envió Yahvé serpientes que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. Entonces el pueblo fue a decirle a Moisés: —Hemos pecado por haber hablado contra Yahvé y contra ti. Intercede ante Yahvé para que aparte de nosotros las serpientes. Moisés intercedió ante el pueblo. Y dijo Yahvé a Moisés: Haz una serpiente y ponla en un mástil. Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá (Núm 21, 6-8.).

Las serpientes y el veneno que atacan en todas las épocas al pueblo de Dios hacia la Tierra Prometida, adquiere formas que se repiten en la historia, y tiene sabores parecidos: murmuraciones, envidias, egoísmos, sensualidad, confusión en la doctrina... La gracia recibida en el Bautismo llamada a su pleno desarrollo es siempre algo amenazado, prácticamente, por los mismos enemigos. En el siglo IV había sensualidad y egoísmos, y herejías y confusión; y en el siglo XIII... y en el XX. Y cuando llegue el siglo XXI o el XXVI, también en esa época futura existirán las mismas consecuencias del pecado original.

Hay tres cosas que no cambian con los tiempos,: las serpientes, sus venenos y el único antídoto eficaz. El remedio será siempre el mismo: levantar la vista hacia Cristo. Mirarle, contemplarle, tenerle presente: ¡Piedad! A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en El tenga la vida eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3, 14-16.).

Piedad. No podemos dejar de mirar a Cristo si queremos llegar a la tierra prometida, que está al final de este corto camino de la vida.

No podemos apartar la vista de Cristo, porque vemos los estragos del enemigo a nuestro alrededor. Y nadie está inmune por sí mismo. El antídoto ante tantos errores y faltas que nos acechan es de origen sobrenatural. Hemos de buscarlo en la oración, en los Sacramentos: en un trato de amistad con el Señor.

Cuando en un gran edificio entra el viento helado por multitud de grietas y rendijas, se pueden ir tapando una a una para no

perecer de frío. Pero también se puede encender primero un gran fuego dentro, y, luego, comenzar a tapan las grietas, comenzando por las más grandes. Ese «gran fuego» que todos necesitamos sólo puede provenir del trato frecuente con Cristo, de una piedad sencilla y sincera: «Procura atenerte a un plan de vida —aconseja Mons. Escrivá de Balaguer— con constancia: unos minutos de oración mental; la asistencia a la Santa Misa —diaria, si te es posible— y la Comunión frecuente; acudir regularmente al Santo Sacramento del Perdón —aunque tu conciencia no te acuse de falta mortal—; la visita a Jesús en el Sagrario; el rezo y la contemplación de los misterios del Santo Rosario, y tantas prácticas estupendas que tú conoces o puedes aprender».

«No han de convertirse en normas rígidas, como compartimentos estancos; señalan un itinerario flexible, acomodado a tu condición de hombre que vive en medio de la calle, con un trabajo profesional intenso, y con unos deberes y relaciones sociales que no has de descuidar, porque en esos quehaceres continúa tu encuentro con Dios. Tu plan de vida ha de ser como ese guante de goma que se adapta con perfección a la mano que lo usa.

»Tampoco me olvides que lo importante no consiste en hacer muchas cosas; limitase con generosidad a aquellas que puedas cumplir cada jornada, con ganas o sin ganas. Esas prácticas te llevarán, casi sin darte cuenta a la oración contemplativa. Brotarán de tu alma más actos de amor, jaculatorias, acciones de gracias, actos de desagravio, comuniones espirituales. Y esto, mientras atiendes tus obligaciones: al descolgar el teléfono, al subir a un medio de transporte, al cerrar o abrir una puerta, al pasar ante una iglesia, al comenzar una nueva tarea, al realizarla y al concluirarla; todo lo referirás a tu Padre Dios»[123]. Este trato con Dios, a la vez que nos acerca a El,

nos preserve de muchos males, de tentaciones más fuertes, de muchos pecados veniales.

Aumentar la presión

Se cuenta que uno de los problemas más graves que tuvo cierto ferrocarril para el transporte de viajeros fue el viento. Se trataba de un viento seco, prácticamente constante y cargado de polvo y partículas de arena. Al principio, por más remedios que se intentaron poner (se revisaron a fondo las juntas, se puso doble cristal, etc.), los viajeros acababan cubiertos de polvo en sus puntos de destino.

Y después de muchos estudios, al cabo del tiempo, sólo se encontró un remedio: aumentar la presión interior. El problema quedó totalmente resuelto.

En ocasiones, ocurre algo parecido en nuestra vida interior. Mucho viento que corre no es limpio, y se mete en el alma, aunque procuremos evitarlo, y la mancha.

Muchas faltas que nos llegan de fuera no tienen otro remedio que el de subir el tono interior, la piedad.

Muchas cosas que manchan el alma, o al menos dificultan el trato con Dios, quedan descartadas, así, por principio, con un tono alto de piedad; no llegan siquiera a presentarse como problema. Y sin ese clima de piedad sería imposible, o al menos muy difíciles, poder evitarlas.

Muchos pecados veniales, incluso las mismas tentaciones en ocasiones, se evitan luchando por tener más piedad, más presencia de Dios, un trato más frecuente y delicado con el Señor.

Se manifiesta la virtud de la piedad en la manera limpia y sobrenatural de ver las cosas y las personas; y esto de un modo sencillo y natural, sin excesivos razonamientos y disquisiciones. La gracia opera en el alma esa «naturalidad», de

modo semejante a cómo un hombre normal pasa cerca de los charcos de agua sucia rodeándolos o saltándolos, sin chapotear en ellos; de este mismo modo, con «naturalidad», podremos evitar, ordinariamente, muchos pecados veniales.

IX. AMOR A LA CONFESION FRECUENTE

¿Quién nos arregla?

Se cuenta que con un viejo violín, un pobre hombre se ganaba la vida. Iba por los pueblos, comenzaba a tocar y la gente se reunía a su alrededor. Tocaba y al final pasaba entre la concurrencia una agujereada boina con la esperanza de que algún día se llenara.

Cierto día comenzó a tocar como solía, se reunió la gente, y salió lo de costumbre: unos ruidos más o menos armoniosos. No daba para más ni el violín, ni el violinista.

Y acertó a pasar por allí un famoso compositor y virtuoso del violín. Se acercó también al corro y al final le dejaron entre sus manos el instrumento. Con una mirada valoró sus posibilidades, lo afinó, lo preparó. ...y tocó una pieza asombrosamente bella. El mismo dueño estaba perplejo y lleno de asombro. Iba de un lado para otro diciendo: ¡es mi violín!, ¡es mi violín!, ¡es mi violín! Nunca pensó que aquellas viejas cuerdas encerraran tantas posibilidades.

No es difícil que cada uno de nosotros, profundizando un poco en sí mismo, reconozca que no está rindiendo al máximo de sus posibilidades. Somos en muchas ocasiones como un viejo violín estropeado, y nos falta incluso alguna cuerda. Un instrumento flojo, y además con frecuencia desafinado.

Si intentamos tocar algo serio en la vida, sale eso... unos ruidos faltos de armonía. Y al final, cada vez que hacemos algo, necesitamos también pasar nuestra agujereada boina;

necesitamos aplausos, consideración, alabanzas... Nos alimentamos de estas cosas; y si los que nos rodean no echan mucho, nos sentimos defraudados, viene el pesimismo. En el mejor de los casos se cumple el refrán: «quien se alimenta de migajas anda siempre hambreado»: no acaban de llenarnos profundamente las cosas.

¡Qué diferencia cuando dejamos que ese gran compositor, Dios, nos afine, nos arregle, ponga esa cuerda que falta, y dejamos que El toque! Nos convertimos entonces en instrumentos de Dios; y nosotros mismos quedamos sorprendidos de las posibilidades que había encerradas en nuestra vida. Comprobamos que nuestra vida es bella y grandiosa cuando somos instrumentos del Señor, y que sólo El puede llenarnos porque estamos hechos para lo infinito.

Y sólo Jesucristo tiene el remedio para nuestra vida, para ese violín desafinado. Sólo El puede arreglar nuestra vida, fa! ta de belleza y de armonía, en tantas ocasiones.

Es Maestro y nos enseña con verdad y autoridad el camino que conduce a la alegría, a la eficacia, a la salvación. Enseña con autoridad y no como los escribas, decía de El el pueblo.

Es Médico, y tiene toda la ciencia y las medicinas necesarias. No hay enfermedades incurables para Cristo; no hay problemas que no tengan solución. Sólo necesitamos acercarnos a El con confianza y dejarnos curar. «Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: Domine si vis potes me mundare (Matth VIII, 2), Señor, si quieres —y Tú quieres siempre—, puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos

sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que, al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino»[124].

Y si alguna vez nos sentimos especialmente enfermos no olvidemos aquellas palabras consoladoras de Jesús: Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos. El está entonces más cerca de nosotros que nunca..., por muy grande que haya sido la falta; aunque sean muchas nuestras miserias. Aunque nos parezca que son miserias sin remedio.

Todos andamos un poco enfermos y por eso todos tenemos necesidad de Cristo: El es el remedio de todos nuestros males.

Jesucristo es amigo, «el Gran Amigo, que nunca traiciona»[125]. Siempre le tenemos dispuesto a echarnos una mano. Nos escucha, nos atiende y nos anima siempre. Junto a El jamás nos encontramos solos. Ha querido hacerse hombre como nosotros para que nos acerquemos con confianza. Y es Dios que todo lo puede.

Es el Buen Pastor que busca a la oveja que se pierde, y la carga sobre sus hombros hasta el redil. Cuando andamos como perdidos, Cristo sale a buscarnos y, si nos dejamos, a pesar de habernos perdido por nuestra culpa, recibimos unas atenciones insospechadas por parte de Dios. Cada uno de nosotros es único para El.

Conoce a cada una de sus ovejas, las defiende y protege, y las conduce a pastos seguros y abundantes. Es el Señor mi pastor —exclama el salmista— y nada me falta. (...) Aunque haya de atravesar por un valle tenebroso, no temo mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado son mi consuelo (Sal 22, 1-4.).

El actúa unas veces directamente en el alma, otras a través de los Sacramentos, que son como los canales de la gracia, y

también a través de personas, acontecimientos, etc. Pero es en el Sacramento de la Penitencia donde el Señor nos restaura a la vida de la gracia: es el Sacramento expresamente establecido por la misericordia divina para perdonar nuestros pecados y desvaríos. Allí tenemos la seguridad de que Dios nos perdona siempre y no guarda rencor, ni memoria de los pecados. Por eso cada vez que nos confesamos adoptamos una actitud alegre y esperanzada ante la vida. Dios nos comprende siempre y ayuda y perdona todo, y tiene los brazos abiertos porque su misericordia es infinita.

La confesión frecuente nos prepara y dispone para ser buenos instrumentos aunque sean muchas nuestras faltas y nuestros pecados. Allí el Señor nos afina y prepara.

Lucha contra la tibieza y confesión frecuente

La tibieza empieza donde encuentra un terreno apropiado; allí donde crece la dejadez y el abandono, las negligencias y los pecados veniales. Muchas veces estos abandonos no tratarán de cosas importantes, sino de pequeños caprichos, faltas habituales de templanza, faltas de dominio del carácter, impuntualidad, excesiva preocupación por el dinero o por el futuro, apegamientos a cosas o personas, etc. A veces, disponen para el pecado mortal, y siempre es el abono que prepara la tierra para que crezca con fuerza esa planta dañina de la tibieza. «No puede el hombre, en esta vida —dice San Agustín— no tener pecados, aunque sean leves; pero no desprecies estos pecados leves de que hablamos. Muchas cosas pequeñas hacen una grande; muchas gotas pequeñas hacen una grande; muchas gotas grandes hacen un río; muchos granos hacen un montón. ¿Y qué esperanza cabe? Ante todo la confesión»[126].

En la confesión sincera y contrita, dejamos el alma clara y limpia de estos errores. Y como somos débiles, la confesión frecuente, sin rutina, permitirá en nuestro interior un estado permanente de limpieza, donde sea imposible que arraigue la tibieza. «Aquí colabora todo lo que supone una seguridad contra la tibieza. Primero, nos vemos obligados a examinarnos con mayor seriedad, a elaborar más cuidadosamente los actos de arrepentimiento y de propósito, y a pensar con toda conciencia y decisión en la mejora de nuestra vida. Además, aquí en el sacramento, obra en nosotros la fuerza misma de Cristo. El Señor tiene puesto todo su interés en llenarnos de odio al pecado en este santo sacramento, en fortalecer nuestra voluntad para la glorificación total del Padre, para la fidelidad plena de su servicio, para una entrega completa a su voluntad. Finalmente, coadyuva la dirección del confesor, quien en toda confesión nos estimula de nuevo y alienta a continuar en el camino de la santidad con todo celo.

»Precisamente, uno de los motivos principales para el alto aprecio de la confesión frecuente es que si se practica bien es enteramente imposible un estado de tibieza. Esta convicción puede ser el fundamento del hecho de que la Santa Iglesia tan insistentemente recomiende (...) la confesión frecuente o confesión semanal. Por eso mismo debe ser cosa importante y sagrada para nosotros la confesión Frecuente. Por igual razón debemos esforzarnos en practicarla bien v cada vez mejor»[127].

Ten confianza, hijo mío: tus pecados te son perdonados (Cfr. Mt 9 ,2.), dijo Jesús al parálítico postrado en su lecho, que quizá pensaba más en su curación que en la posibilidad de recomenzar de nuevo, limpio de todas sus faltas. Primero miraría al Señor con cierto temor v le acabaría mirando de frente, con un agradecimiento sin límites.

Y Cristo vuelve a repetir esas mismas palabras en cada confesión contrita: Ten confianza, hijo mío —nos dice—, vuelve a empezar...

El Sacramento de la penitencia confiere la gracia —o la aumenta cuando se recibe en estado de gracia— ex opere operato, con eficacia de suyo infalible y sin término. Sin embargo, en cada confesión concreta, el efecto de este Sacramento está en proporción con las disposiciones del que lo recibe; como el sol, que siendo siempre el mismo, calienta más unas cosas que otras, según la época, los obstáculos que se interponen, etc. Hay obstáculos que podrían hacer que su luz y calor no lleguen a esas cosas.

Una buena confesión

Los antiguos autores espirituales solían señalar las cualidades de la buena Confesión: sencilla, humilde, pura, fiel, frecuente, clara, discreta, voluntaria, sin jactancia, íntegra, secreta, con dolor, pronta, fuerte, acusadora y dispuesta a obedecer[128]. Debe ser nuestra Confesión ordinariamente, de no muchas palabras: las necesarias para decir con humildad nuestras faltas y pecados. Y en primer lugar, sobrenatural, como quien va a pedir perdón al mismo Cristo Nuestro Señor. Nos llevará a rechazar la tentación de querer quedar bien delante de ese sacerdote, que en ese momento representa a Cristo. Y si es sobrenatural será la Confesión un verdadero acto de amor a Dios; oiremos a Cristo en la intimidad de nuestra alma que nos dice como a Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Y con las mismas palabras de este apóstol le podremos también decir nosotros: Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te. Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que a veces soy un desastre, pero tú sabes también que te amo a pesar de todo.

Debemos evitar las confesiones impersonales, vagas, difusas, llenas de generalidades. Con frecuencia esconden un gran amor propio que trata, a través de circunloquios, de enmascarar o justificar lo que humilla y deja humanamente en mal lugar. Hasta en el modo de confesarnos hemos de tender a personalizar y a ser concretos: «yo me acuso de...». No es la confesión un relato de cosas' sucedidas, sino una autoacusación de nuestros pecados, hecha ante Dios mismo.

Huir del "demonio mudo", siempre al acecho. La sinceridad supone, con la gracia, hacer un examen profundo (profundo no quiere decir necesariamente largo, de tiempo excesivo): si es posible, ante el Sagrario. Y siempre en la presencia de Dios. Hay muchas diferencias entre hacer el examen solos, con nuestra propia luz o ponernos delante del Señor. Allí vemos lo que El esperaba de nuestra vida y lo que en realidad ha sido; la bondad o malicia de nuestras acciones y también las omisiones, las ocasiones perdidas. Si nos quedamos solos haciendo el examen de conciencia lo más probable es que justifiquemos nuestras acciones y les demos poca importancia a nuestros errores. Delante de Jesús todas las acciones adquieren su verdadera dimensión, y el alma (aunque hayan sido graves los errores) se llena de paz y de esperanza. La sinceridad nos lleva a una confesión completa sin callar nada por falsa vergüenza o por soberbia.

Con el deseo de confesar el error, sin querer escamotearlo o desfigurarlo. Confesión con claridad: pegué contra el cielo y contra ti. Con humildad, sin querer «quedar bien», y sin exigir nada porque nada se merece: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.

La Confesión debe ser alegre porque nos espera nuestro Padre Dios con los brazos abiertos, como en la parábola corre a

nuestro encuentro para prodigarnos todas las muestras del amor paterno.

Sigue el arrepentimiento: se recupera de nuevo la esperanza de estar como antes y ver también como antes; y podemos reparar y levantarnos de aquella situación con la ayuda de la gracia: Me levantaré e iré a mi padre..., dice el hijo pródigo arrepentido y dispuesto a empezar de nuevo. Toda confesión significa una conversión, una vuelta a Cristo, con más plenitud, con más entrega. Y esto cuando se trata de pecados graves, pecados veniales o faltas.

La contrición evita siempre la rutina.

Propósitos firmes y concretos de luchar; en primer lugar acerca de aquellos puntos que nos pueden separar más seriamente de Dios (todo, con ayuda de la gracia, se puede superar), y en esas infidelidades que nos hacen caer en la tibieza.

No nos debe extrañar la necesidad de pedir perdón a Dios con frecuencia de los mismos pecados y faltas. «Mira —dice San Agustín— cómo el agua del mar se filtra por las rendijas del casco; y poco a poco, llena las bodegas, y si no se la saca, sumerge la nave... Imitad a los navegantes: sus manos no cesan hasta secar el hondón del barco... Sin embargo, a pesar de todo, volverá a llenarse otra vez el fondo de la nave porque persisten las rendijas de la flaqueza humana; y de nuevo será necesario achicar el agua»[129]. Son esos obstáculos de la vida ordinaria, que no se arrancan de una sola vez, sino que exigen de nosotros una disposición habitual de lucha, y por tanto, motivo! para acercarnos al Sacramento del perdón.

Ocurre en nuestra vida «que a causa del pecado original, y a causa de los pecados personales, todos somos convalecientes hasta alcanzar en el cielo la salvación plena y definitiva. Y ya se sabe que una persona convaleciente habrá de tener la

humildad de contar a menudo con el médico y con la medicina. ¡Y suerte grande es tener ambos al alcance de la mano»[130]. Han existido muchos santos que se confesaban todos los días; y no lo hacían por escrúpulos o ansiedades sino porque tenían sed de Dios, y sabían que uno de los medios más eficaces para adelantar en la vida interior era la humilde y contrita recepción de este Sacramento.

Amarla confesión frecuente es síntoma claro de delicadeza interior, de amar a Dios; así como su desprecio o indiferencia sugiere falta de delicadeza interior y, frecuentemente, verdadero embrutecimiento para lo sobrenatural. «La Confesión frecuente nos obliga de esa manera a luchar con todo empeño contra el pecado venial deliberado. Esa debe ser nuestra actitud y nuestra inquebrantable resolución si nos cabe en suerte la gracia de confesarnos frecuentemente. Por otra parte, es claro que la confesión frecuente se mostrará verdaderamente buena y fructuosa precisamente si nos afianzamos cada vez más en nuestra actitud respecto del pecado venial. El esfuerzo y empeño noble por superar los pecados veniales conscientes y las infidelidades de toda clase es el barómetro en el que podemos leer hasta qué punto practicamos con seriedad y con fruto la confesión frecuente»[131].

La frecuencia de la confesión viene determinada por las particulares necesidades de nuestra alma. Cuando una persona está seriamente determinada a cumplir la voluntad de Dios en todo y a ser del todo de Dios, suele ser aconsejable la confesión semanal o quincenal. Si se trata de una conciencia escrupulosa, a veces, será conveniente distanciar más una confesión de otra. Y si hubiera pecados graves, caídas, ir enseguida al Sacramento de la Vida.

El consejo del director espiritual nos puede dar gran luz sobre la frecuencia con que debemos confesarnos.

X. EL BUENPASTOR

Hace falta tener un camino

La Confesión es refugio seguro; allí se restañan todas las heridas y todos los extravíos se remedian. Porque la Confesión no es sólo un juicio en que las deudas quedan perdonadas, sino también medicina del alma; cada confesión supone un propósito y una orientación hacia el futuro y es, por eso mismo, cauce de dirección espiritual. Junto a la misión sacramental, el sacerdote ejerce una acción pastoral que viene enormemente favorecida si conoce nuestra alma. A nosotros nos será, por otra parte, más fácil hacer una buena confesión: con menos palabras nos comprenderán mejor. «Si vuestra conciencia os reprueba por alguna falta —aunque no os parezca grave—, si dudáis —aconsejaba Mons. Escrivá de Balaguer—, acudid al Sacramento de la Penitencia. Id al sacerdote que os atiende, al que sabe exigir de vosotros fe recia, finura de alma, verdadera fortaleza cristiana. En la Iglesia existe la más plena libertad para confesarse con cualquier sacerdote, que tenga las legítimas licencias; pero un cristiano de vida clara acudirá —libremente!— a aquel que conoce como buen pastor, que puede ayudarle a levantar la vista, para volver a ver en lo alto la estrella del Señor»[132].

¡Cómo crece la vida interior cuando a la dirección espiritual se une una buena confesión! Por eso nos confesaremos habitualmente con quien conoce nuestra alma. Recibimos entonces mayores luces de Dios, y un aumento de fuerzas: gracias especiales para combatir las inclinaciones confesadas,

para evitar ocasiones que se temen, para ganar en delicadeza interior, para la lucha diaria.

El director espiritual es esa persona, querida por Dios, que conoce bien el camino, a quien abrimos nuestra alma y hace de maestro, de médico, de amigo, de buen pastor en las cosas que a Dios se refieren. Nos señala los posibles obstáculos, nos sugiere metas en nuestra vida interior para que luchemos con eficacia en cosas concretas, nos anima siempre. Ayuda a descubrir nuevos horizontes y despierta en el alma hambre y sed de Dios, que la tibieza (siempre al acecho) querría apagar.

La dirección espiritual canaliza nuestros afanes de santidad, de lucha contra la mediocridad espiritual y contra el pecado. Por eso, si no hubiera estos deseos (al menos la buena voluntad de tener deseos) de ser mejores y de preocuparnos de los demás, de poco podría sernos útil este medio, que la Iglesia, desde los primeros siglos, ha recomendado siempre como medio efficacísimo para progresar en la vida cristiana.

La vida interior se hace día a día, semana a semana. Recomenzando muchas veces. Y para esto es necesario tener unas metas muy concretas, unos objetivos muy claros. En ocasiones, el camino se pierde y queda una orientación vaga y difusa que, por inconcreta, es inoperante.

Nadie puede, ordinariamente, guiarse a sí mismo sin una ayuda especial de Dios. La falta de objetividad, el apasionamiento con que nos vemos a nosotros mismos, la pereza, van difuminando nuestro camino hacia Dios (¡tan claro, quizá, al principio!). Y cuando no hay claridad viene el estancamiento espiritual, la mediocridad aceptada, el desánimo, la tibieza. En cambio, decía San Juan Clímaco que de manera semejante a como «una nave que tiene buen timonel, llega sin peligro a puerto, con la ayuda de Dios, así también el alma que tiene un

buen pastor lo alcanza fácilmente, aunque antes haya cometido muchos errores».

No nos puede pasar como a aquel muchacho que conducía una moto enorme, y hubo de frenar de golpe para no atropellar a un sabio profesor. Y éste, mientras se sacudía el polvo del suelo (se había caído de la impresión) le preguntó al muchacho: —Tú, muchacho, ¿a dónde vas? Y el motorista desconcertado por lo inesperado de la pregunta, no pudo encontrar otra respuesta más acertada que ésta: —No lo sé, pero llevo mucha prisa. (Contestación, por otra parte, que daría mucha gente de todas las edades si tuvieran que responder en serio sobre el sentido de su vida. «No sé a dónde voy; pero tengo muchísima prisa»). Si a nosotros, nos detuviera alguien en el camino y nos preguntara: —Tú, en la vida, ¿a dónde vas? ¿Qué diríamos? Yo voy... ¡Sería formidable que pudiéramos decir: yo voy a Dios. Yo voy a Dios a pesar de mis miserias, con este trabajo, con esta familia, con este carácter, con estos talentos. Yo ando un camino que tiene una dirección clara porque acaba en Dios; y yo lucho por ir a El, a pesar de mis errores. Yo tengo camino porque, en tantas ocasiones, me he dejado ayudar.

Amigos fuertes

"Como es tanta la penuria
de los tiempos que hoy pasamos,
requiere Dios amigos fuertes
para sustentar a los flacos".
(Sta. Teresa).

Es una gracia especial de Dios poder contar con esa persona que nos ayuda eficazmente en un negocio de tanta importancia, y a la que podemos abrirnos en una confianza llena de sentido humano y sobrenatural. ¡Qué alegría cuando

comunicamos lo más profundo de nuestros sentimientos, para orientarlos a Dios, a alguien que nos comprende, nos estima, nos abre horizontes nuevos, nos anima, reza por nosotros, y tiene una gracia especial para ayudarnos!

Es importante, pues, escoger la persona adecuada. Y esa elección se ha de hacer con naturalidad y sentido sobrenatural. Para Pablo será Ananías, quien, con una misión divina, le devuelve la vista y le fortalece en su nuevo camino. A Tobías será el Arcángel San Rafael, con figura humana, el encargado por Dios de orientarle en su largo viaje. La Virgen elegirá a su prima Isabel para desvelar algo el misterio que se le acaba de comunicar. Y no se guió la Virgen por simple criterio humano: quizá en este caso hubiera elegido a San José. La Virgen elige a Isabel porque es la persona nombrada por el Ángel en su mensaje.

San Lucas nos narra en su Evangelio de qué manera el hijo pródigo, después de darse cuenta de su pecado, siente la necesidad de descargar aquel peso que agobia su alma. También Judas se siente agobiado por la carga de su traición. El primero se dirige a quien tiene que ir y encuentra una acogida grata, cordial y eficaz. Su arrepentimiento termina en una fiesta. Judas debió volver a Jesús, quien a pesar de lo tremendo de su traición, lo hubiera reconfortado como a Pedro. Fue a quien no debía: a los judíos, incapaces de comprender y sobre todo de dar a aquella alma lo que necesitaba, ¿a nosotros qué? Allí tú, le dicen.

También nos sucede en la vida interior algo parecido a lo que ocurre todos los días. Cuando estamos enfermos acudimos a quien sabe y puede curarnos: al médico; y no a cualquier médico sino a quien pensamos que entiende de nuestra enfermedad. Y si tenemos una dificultad legal acudimos al abogado; y para arreglar los zapatos al zapatero. Y si queremos

ir a Barcelona estando situados en Granada, acudimos a un mapa de carreteras de España y no de Francia. Y esto aún en el caso de que tengamos alguna idea de medicina, de derecho o nos suene lejanamente donde queda Barcelona.

Cuando se trata de ir a Dios también actuamos con sentido común: nos dejamos orientar por quien sabe el camino que conduce a Dios; y lo haremos con tanta más atención cuanto mayor es nuestro deseo de ir a Dios. Y si es el alma la que está enferma no se nos ocurre ir al médico, aunque sea buen médico del cuerpo, ni al abogado, ni al psicólogo, ni al zapatero. Sólo nos podrá curar quien ha sido puesto por Dios para eso.

Todos somos conscientes de la propia flaqueza.

«Cualquiera comprende sin dificultad que, para realizar la ascensión de una montaña, es necesario un guía; lo mismo sucede cuando se trata de la ascensión espiritual...; y tanto más, cuanto que en este caso hay que evitar los lazos que nos tiende alguien (el demonio) muy interesado en impedir que subamos»[133].

La dirección espiritual nos puede ser necesaria: para que no tengamos que decir, al final de nuestra vida, lo mismo que los judíos después de vagar por el desierto sin rumbo ni sentido: 40 años hemos dado vueltas alrededor de la montaña[134]. Hemos vivido sin ton ni son, sin saber a dónde íbamos, sin que el trabajo o el estudio nos acercara a Dios, sin que la amistad, la familia, la salud y la enfermedad, los éxitos o los fracasos nos ayudaran a dar un paso adelante en lo verdaderamente importante: la santidad; la salvación. Para que no tengamos que decir que hemos vivido de cualquier manera, sin sentido, entretenidos con cuatro cosas pasajeras. Y todo porque nos faltaron unas metas sobrenaturales en las que luchar, un camino claro.

¡Ay del que está solo!

Nos puede ser necesaria la dirección de nuestra alma porque todos necesitamos alguna vez una palabra de aliento cuando llega el desánimo en este camino hacia Dios. El fantasma del desaliento que puede presentarse a cualquier persona. Necesitamos entonces esa voz amiga que nos dice ¡adelante!, ¡tú puedes!, ¡no debes pararte, porque tienes la gracia de Dios para superar cualquier dificultad! Dice el Espíritu Santo. Si uno cae el otro lo levanta: pero ¡ay del que está solo, que cuando cae no tiene quien le levante! (Dt 2, 1.).

Y con esa ayuda nos recomponemos por dentro, y sacamos fuerzas cuando nos parecía que ya no nos quedaba ninguna, y seguimos adelante. De la misma manera que «un ciego no puede seguir el camino recto sin un lazarillo —dice San Agustín—, tampoco puede nadie caminar sin guía» (Eccl 4, 10.).

Necesitamos la dirección espiritual porque por esos caminos de la vida interior nos encontraremos alguna vez sin camino o a oscuras y perdidos, y tendremos que preguntar a alguien que sepa «por dónde se va a Dios».

—Porque el ojo que es bueno para ver las cosas de fuera es pésimo para verse a sí mismo. Y si no nos conocemos no podremos luchar, y sin lucha no hay santidad.

— Porque el orgullo, la soberbia, la pereza, la sensualidad y las demás pasiones tienden a deformar las cosas y necesitamos conocer la verdad con claridad. Pasa lo mismo que cuando alguien lleva mucho tiempo en una habitación cerrada: no se da cuenta de que el aire está viciado, mientras que quien viene de fuera lo percibe fácilmente.

— Porque «el espíritu propio es mal consejero, mal piloto, para dirigir el alma en las borrascas y tempestades, entre los escollos de la vida interior.

»Por eso es Voluntad de Dios que la dirección de la nave la lleve un Maestro, para que, con su luz y conocimiento, nos conduzca a puerto seguro»[135].

—Porque vamos a sufrir heridas, quizá de consideración, y necesitamos a alguien experto que las cure. Y, con frecuencia, necesitarán tiempo y seguir su evolución de cerca, y para esto no es suficiente el médico de ocasión.

—Porque Dios espera muchos frutos de nosotros; muchos, porque sus gracias han sido abundantísimas. Y nos acecha permanentemente un peligro de infecundidad; el peligro de no rendir de acuerdo con lo que Dios espera de nosotros; de no ser generosos —con esta familia, en este trabajo, en estas circunstancias, aquí y ahora—, en la proporción que Dios quiere.

No podemos pensar, si lo hacemos razonadamente, que podemos prescindir de consejo, ayuda y alivio. Al menos si queremos vivir de cara a Dios. No podemos quedar a merced de nuestro propio consejo, zarandeados por el oleaje de nuestro propio yo, o por los vientos de intuiciones, impresiones personales u opiniones de periódico. No podemos esperar gracias especiales si no quisiéramos utilizar los medios que tenemos a mano, los que Dios, de una manera natural y ordinaria, ha puesto a nuestro alcance. Dice San Vicente Ferrer que «Nuestro Señor, sin el cual nada podemos, nunca concede su gracia a aquel que teniendo a su disposición a una persona capaz de instruirle y dirigirle desprecia este eficacísimo medio de santificación, creyendo que se basta a sí mismo, y que por sus solas fuerzas puede buscar y encontrar lo necesario para su salvación... Aquel que tuviere un director y le obedeciere sin reservas y en todas las cosas, llegará al fin mucho más fácilmente que si estuviera solo, aunque poseyera muy aguda inteligencia y muy sabios libros de cosas espirituales...»[136].

El agua debe correr por su cauce y cuando se estanca frecuentemente se descompone. Santa Teresa —con gran sentido humano y sobrenatural—, decía que todas las almas necesitan un desaguadero.

XI EL AMORDEDIOS Y LOS DEMAS

Nadie da lo que no tiene

Durante un bombardeo en la segunda guerra mundial, quedó prácticamente destruido un pueblecito alemán. Y con el pueblo su iglesia. En el altar mayor había un crucifijo de tamaño natural al que tenían gran devoción los campesinos de aquella comarca; después del bombardeo lo encontraron entre los escombros, sin brazos.

Cuando llegó el momento de la reconstrucción, no se sabía a ciencia cierta qué hacer con aquella magnífica talla. Unos eran partidarios de colocar la misma talla con unos brazos nuevos. Otros se inclinaban por hacer una réplica del antiguo crucifijo. Por fin, después de muchas vacilaciones, se decidían por hacer una réplica del antiguo crucifijo. Por fin, después de muchas vacilaciones, se decidió colocar la talla de siempre, la encontrada entre los escombros, sin brazos, con la siguiente inscripción: Mis brazos sois vosotros... Así se puede ver hoy presidiendo el retablo del altar mayor.

Somos nosotros los brazos de Dios en el mundo. El ha querido quedarse en el sagrario para que vayamos a verle, a oírle y cobrar fuerzas. Y nos da el encargo de transmitir su mensaje y su doctrina a todos los hombres. Muchas de las cosas que no hagamos se quedarán sin hacer. Jesucristo nos quiere como instrumentos suyos. Pero ¿cómo podríamos ser instrumentos del Señor sin vida sobrenatural, sin santidad personal? ¿Acaso

puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el precipicio? (Lc 6, 39.)

El cristiano sólo produce los frutos que Dios espera de él (comprensión, alegría, caridad, apostolado...) cuando hay santidad personal, unión con Jesucristo, porque «nadie da lo que no tiene». Sólo del árbol bueno se pueden recoger buenos frutos (Cfr. Mt 7, 18.). Y el árbol es bueno cuando corre por él savia buena: la vida de Cristo; por eso no podemos separarnos de El: quien está unido conmigo, y yo con él, ese da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer (Jn 15, 5.). Es en el trato con Jesús donde aprendemos a ser eficaces, a estar alegres, a comprender, a querer de verdad a los demás, a ser fuertes, a ser buenos cristianos en definitiva.

Y nos encontramos con amigos, compañeros de profesión, miembros de la propia familia, que en ocasiones andan como ciegos por los caminos de la vida. Van como perdidos. Y esperan de nosotros que los guiemos hasta Dios. Y para que el guía de ciegos no sea también ciego, no basta saber de oídas, por referencias; para ayudar a quienes nos rodean no basta un vago y superficial conocimiento del camino. Es necesario andarlo, conocer las dificultades... Es necesario tener vida interior, tener trato con Jesús, ir conociendo cada vez con más profundidad su doctrina, luchar contra nuestros propios defectos.

El apostolado nace de un gran amor a Cristo. El es la Luz con la que iluminamos, la Verdad que hemos de enseñar, la Vida que hemos de comunicar.

La neutralidad es imposible

«Te falta “vibración”.

—Esa es la causa de que arrastres a tan pocos»[137].

Se puede ser causa de alegría o de tristeza, luz u oscuridad, fuente de paz o de inquietud, fermento o peso muerto que retrasa el camino de los demás. Nuestro paso por la tierra no es indiferente: ayudamos a otros a encontrar a Cristo o los separamos de El; enriquecemos o empobrecemos. La neutralidad es imposible.

Y el Señor nos está pidiendo continuamente que acerquemos a quienes nos rodean a la salvación, a la alegría, a la generosidad. Tarea absolutamente imposible si estamos metidos en la tibieza; sería como pedirle a un paralítico que corriera y ganara una prueba de atletismo.

El apostolado no depende tanto de las cualidades de la persona (talento, simpatía, dotes para hablar o escribir...) como de su amor a Dios Nuestro Señor.

Jesús, antes de entregar a Pedro definitivamente su Iglesia, le recuerda por tres veces la condición indispensable que espera de él para ser su representante en la tierra, para hablar en Su nombre: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? El proselitismo (que muy pronto comenzaría Pedro y los demás Apóstoles) es consecuencia del amor; de ese convencimiento peculiar que da el amor. Y sabemos que sólo el que está convencido, convence. Este convencimiento tiene lugar cuando se habla con Dios, antes de ponerse a hablar de El. «Es preciso que seas "hombre de Dios", hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una supeabundancia de tu vida para adentro»[138].

Se cumplen inexorablemente las palabras del Señor: Sin mí no podéis hacer nada (Jn 15, 5.). Y con El, todo lo podemos; nuestra vida es capaz de iluminar y arrastrar a los demás, incluso en los ambientes más difíciles, o en medio de grandes tribulaciones. La historia de la Iglesia, de todas las épocas, ha sido un vivo ejemplo. «No desmayéis, decía San Juan

Crisóstomo a los primeros cristianos, pues, aunque se haya dicho que os rodearán grandes peligros, no se extinguirá vuestro fervor...»[139]. Y lograron que la fe penetrara en poco tiempo en las familias, en el senado, en la milicia, en el palacio imperial...: «somos de ayer y llenamos ya el orbe y todo lo vuestro, ciudades y caserones, fortalezas y municipios y burgos, incluso campamentos y tribus y la milicia, la corte y el senado y el foro»[140]. No tenían apenas medios y convirtieron un mundo pagano, al que se le veían pocos resortes para su conversión a un sentido sobrenatural de la vida. ¿Qué ha ocurrido para que ahora demos, a veces, los cristianos la impresión de convencer a tan pocos? Porque la fe sigue siendo la misma. Y Cristo vive entre nosotros. Y «el brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido»[141]. ¿No será que hay naciones enteras metidas en la tibieza? En esa tibieza que, con frecuencia, adopta ya hasta formas de vida y de costumbres paganas, incompatibles con la fe que un día profesaron esas personas. «Sólo la tibieza de tantos miles, millones de cristianos, explica que podamos ofrecer al mundo el espectáculo de una cristiandad que consiente en su propio seno que se propale todo tipo de herejías y barbaridades. La tibieza quita la fuerza y la fortaleza de la fe y es amiga, en lo personal y lo colectivo, de las componendas y de los caminos cómodos»[142]. Hay muchas cosas, en el terreno personal y en el público, que se hacen difíciles de explicar si no nos damos cuenta de que la fe se ha dormido en muchos y el amor se ha apagado. En muchos ambientes lo «normal cristiano», es lo tibio y mediocre. En los primeros cristianos lo «normal» era lo heroico de cada día y, cuando se presentaba, el martirio: la entrega de la propia vida en defensa de su fe. Valía mucho más para ellos su fe que su vida.

Cuando el amor se enfría y la fe se adormece, la levadura se convierte en masa. «Si la levadura no fermenta se pudre. Puede desaparecer reavivando la masa, pero puede también desaparecer porque se pierde, en un monumento a la ineficacia y al egoísmo»[143]. El fermento pierde entonces su fuerza poderosa y ya no sirve para nada.

La tibieza es con frecuencia la causa de la ineficacia apostólica. Aunque se intenten cosas, se hacen pesadamente, sin garbo humano y sobrenatural. Una fe apagada y con poco amor ni convence, ni encuentra la palabra oportuna que arrastra a los demás a un trato más profundo e íntimo con Cristo. El cristiano se ha quedado como un trasto inútil, de poca utilidad. Le ocurre al tibio como al pequeño insecto que ha quedado atrapado en una tela de araña, fuerte y poco visible: cada vez puede moverse menos. La araña lo va envolviendo inexorablemente en sus redes finísimas. Ha quedado atrapado en su perezoso desamor, ha ido perdiendo soltura en su vida interior, y cada vez se siente con menos fuerzas para llevar a los demás a Cristo. Un tibio es incapaz (culpablemente) de mover a nadie; todo le resultará demasiado difícil.

El ser íntimo de la levadura está precisamente en su capacidad de transformar, de cambiar lo que está a su alrededor. Si no produce este efecto es, muy probablemente, porque ya no es levadura: se ha convertido en masa.

Un tren parado en vía muerta

La falta de frutos apostólicos denota con frecuencia la ausencia de vida interior, de verdadero trato con Dios. El tibio ha quedado atascado en su crecimiento espiritual. Es como el tren que ha quedado detenido en una vía muerta, con un progresivo deterioro de su carga y de su estructura, quizá después de haber recorrido muchos kilómetros a buena velocidad y con

abundante carga. Ahora va pasando el tiempo y no adelanta. Da pena ver cómo pierde inútilmente un tiempo precioso y, también, todo lo que había adelantado con esfuerzo. Porque con la lluvia, el viento, et abandono, se va progresivamente inutilizando para seguir el camino: en la vida interior, «el que no avanza, retrocede»[144].

Cuando se cae en la tibieza ya no se sacan fruto de las abundantes gracias que da el Espíritu Santo. El tibio se convierte en la higuera maldecida que aparece en el Evangelio: Se acercó a ella (el Señor) y no encontró sino hojas, y le dijo: Nunca más nazca de ti fruto. Y la higuera quedó luego seca (Mt 21, 18 s.). Ya no serviría para nada. «Es lamentable esto. ¿Ocurre así en nuestra vida? ¿Ocurre que tristemente falta fe, vibración de humildad, que no aparecen sacrificios ni obras? ¿Que sólo está la fachada cristiana, pero que carecemos de provecho?... Nos da pena este pasaje de la Escritura Santa, a la vez que nos anima también a encender la fe, a vivir conforme a la fe, para que Cristo reciba siempre ganancia de nosotros.

«El quiere almas, quiere amor; quiere que todos acudan, por la eternidad, a gozar de su Reino. Hemos de trabajar mucho en la tierra; y hemos de trabajar bien, porque esa tarea ordinaria es lo que debemos santificar. Pero no nos olvidemos nunca de realizarla por Dios. Si la hiciéramos por nosotros mismos, por orgullo, produciríamos sólo hojarasca: ni Dios ni los hombres lograrían, en árbol tan frondoso, un poco de dulzura»[145].

De la misma manera que el movimiento de la piedra que cae es más acelerado cuanto más cerca está de la tierra, el progreso en el amor de Dios debe ser más rápido en la medida en que nuestras vidas se van acercando a su término. Dios debe encontrarnos al término de nuestra existencia en plenitud de correspondencia.

La tibieza hace difíciles las cosas fáciles

La tibieza todo lo encuentra demasiado dificultoso. Sin embargo, para los que aman, «nada es duro, nada resulta difícil»[146].

Un día observé cómo cuatro hombres llevaban una tabla grande (no demasiado grande). Se dirigían hacia donde me encontraba y pude comprobar que se trataba de una pizarra; una pizarra, según me pareció que podía ser llevada con cierta facilidad por dos personas; pero la llevaban entre cuatro. ¡Y los cuatro iban cansados!

Con su paso cansino se acercaban hacia donde me encontraba y les pude oír cómo protestaban del peso que llevaban: «que yo llevo más peso que vosotros», decía uno; «que tú la llevas sólo con la punta de los dedos», ...; así pasaron, y se alejaron dejando un rastro de fatiga y malhumor. La tarea de acarrear la pizarra (no sé dónde), les estaba resultando realmente ingrata y pesada.

Yo me preguntaba cómo una cosa tan liviana podría, de hecho, pesar tanto. Y me acordé de muchos cristianos, de nosotros mismos, cuando llevamos nuestras obligaciones de cara a Dios como una carga, sin amor, sin ilusión.

El tibio lleva poco y, además, se queja. Le fatiga lo poco que hace por Dios y, además, lo hace de malhumor, casi siempre. El amor, en cambio, no regatea ningún sacrificio, ni le falta alegría al hacerlos: «de ninguna manera se pueden considerar pesados los trabajos de quienes aman»[147]. Una visita al Santísimo, un rato de oración puede ser algo muy alegre y grato porque vamos a ver al Señor, o puede ser una carga más que se suma a las muchas que ya tenemos a lo largo del día.

El amor ha sido, y es, el motor de la vida de los santos. El amor da alas para saltar cualquier dificultad personal o del apostolado. El amor nos hace inmovibles ante las

dificultades. La tibieza nos detiene ante los más pequeños obstáculos (una carta que hemos de escribir, una llamada, una visita, una conversación, la carencia de algunos medios...): hace una montaña de un grano de arena. El amor de Dios, por el contrario, hace un grano de arena de una montaña: Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor (Rom 8, 38.).

El amor de Dios transforma el alma, le da nuevas ideas y le abre horizontes nuevos, la hace capaz de nuevos impulsos y de capacidades desconocidas.

Junto a Cristo

Nos lo cuenta San Juan en su Evangelio (Jn 21, 1 s.).

Los discípulos, después de la muerte y resurrección de Cristo, han vuelto a Galilea como se lo había pedido su Señor. Este título revela la reverencia que sienten por el Maestro, se repite ocho veces en el relato completo.

Han vuelto todos a su tierra, (sólo Judas era judío) y algunos han permanecido junto a Pedro.

Concretamente: Pedro, Tomás, Natanael, Andrés y Juan, y otros dos que el Evangelista no ha consignado sus nombres. En total, siete.

Esperan al Maestro y trabajan en su antigua profesión: casi todos los que componen el grupo son pescadores. De aquí la propuesta de Pedro. Díjoles Simón Pedro: voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos también nosotros contigo.

Salieron con barcas y redes, pero en aquella noche no pescaron nada.

De madrugada, en la orilla, hay alguien, aunque no se le distingue con claridad. Quizá un posible cliente en busca de pescado fresco. Los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús.

Jesús ha llegado en busca de Pedro principalmente, como se comprueba en la continuación del relato. Y les dice: Muchachos ¿Tenéis algo de comer? Res pondieronle: No.

El no tajante y sin explicaciones revela su estado de ánimo y su fracaso.

El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. Pedro conoce bien estas palabras. Las ha oído ya en otra ocasión. Fue el día aquel en que Jesús le pidió la barca para predicar desde la orilla y a continuación le dijo que se metiera mar adentro, después de otra noche de trabajo inútil. Fue también el día en que, después de volver a echar la red a la derecha de la barca y sacar una gran redada de peces, Jesús lo llamó y le dio el título de pescador de hombres. Un día y unas palabras difíciles de olvidar.

Pedro, ahora, quizá ha relacionado la situación y las palabras que acaba de oír con las de aquel otro día. Quizá ya sabe que Jesús le espera en la orilla. Con todo, calla y obedece: La echaron, y ya no podían arrastrar la red por la cantidad de peces.

Y Juan confirma desde fuera la certeza interior de Pedro de que es Jesús el personaje de la orilla. Dijo entonces aquel discípulo a quien amaba el Señor: Es el Señor. Y Pedro, que ha estado conteniéndose hasta ahora, se echa al agua. Así que oyó Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la sobretúnica —pues estaba desnudo— y se arrojó al mar. El Señor efectivamente le esperaba en la orilla.

Después llegaron las demás barcas y se hizo el recuento de la pesca: ciento cincuenta y tres peces grandes; y con ser tantos no se rompió la red.

Reflexionemos un poco sobre estos versículos que con tanta precisión y detalle nos trae San Juan.

Jesús, desde la orilla domina toda la escena de aquella mañana en el lago de Genesaret. Está a 200 codos, a unos 100 metros.

Por la noche —por su cuenta—, en ausencia del Señor han trabajado inútilmente. Han perdido el tiempo.

Por la mañana, con la luz, cuando Jesús está presente, cuando ilumina con su Palabra, cuando dirige la faena, las redes llegan repletas a la orilla.

En cada día nuestro ocurre lo mismo. En ausencia de Cristo, el día es noche; el trabajo, estéril: una noche más, una noche vacía, un día más. Nuestros solos esfuerzos no bastan, necesitamos a Dios para que den fruto.

Junto a Cristo, cuando le tenemos presente, los días se enriquecen. El dolor, la enfermedad, se convierten en un tesoro; el trabajo, santificado, aumenta nuestra depauperada y flaca alforja que llevaremos a la vida eterna. La convivencia con quienes rodean es un mundo de posibilidades de hacer el bien: detalles de atención, aliento, cordialidad, oración...

Nuestra tragedia comenzaría en el momento en que ya no viéramos a Jesús. Cuando por nuestra tibieza o nuestra soberbia se nublase en nuestro horizonte, cuando hiciéramos las cosas a sus espaldas, como si no existiera de una manera real en nuestra vida.

Necesitamos distinguir al Señor a 100 metros de la orilla. Poder decir: Dominus es! ¡Es el Señor!... en aquel acontecimiento, en esta situación, en nuestra vida ordinaria.

Pero, a veces, nos pasa como a los fariseos: teniéndole tan cerca, no le descubrimos. Esa es nuestra mayor tragedia. Y ese

es también nuestro principal esfuerzo: que Cristo no se nos oscurezca (culpablemente, por nuestra dejadez y falta de amor...), que dirija nuestra faena de cada día. Así nosotros, «si luchamos diariamente por alcanzar la santidad cada uno en su propio estado dentro del mundo y en el ejercicio de la propia profesión, en nuestra vida ordinaria, me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento, recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentimientos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. In nomine Iesu! (Act 3,6), en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En nombre del Señor, surge et ambula! (Act 3, 6), levántate y anda.

»El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naím: muchacho, yo te lo mando, levántate (Lc 7, 14). Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hedíamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se, nos ha concedido»[148]. Junto a Cristo seremos apóstoles, en medio del mundo, en el ambiente y situación que la vida nos haya situado.

XII. EL MEJOR REMEDIO

«El amor a nuestra Madre será sopro
que encienda en lumbre viva
las brasas de virtudes que están
ocultas en el rescoldo de tu tibieza»[149].

El primer milagro de Jesús, por el que manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos, no es un milagro en el que cure Jesús una grave enfermedad o expulse a unos demonios. Se trata sencillamente de sacar de apuros —sin que se enteren— a una pareja de recién casados a quienes se les ha terminado el vino de la fiesta.

Jesús realiza este milagro por petición de su Madre, y por Ella adelanta su hora. María alcanza una gracia extraordinaria, como ocurrirá luego tantas veces a lo largo de la historia. ¡Cuántas veces habremos sido nosotros los destinatarios de estas gracias ocultas, debidas a su intercesión!

El milagro lo relata San Juan (Cfr. Jn 2, 1-11.), que acompaña a su Maestro desde hace muy poco tiempo: Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue también invitado Jesús con sus discípulos a la boda.

Al tercer día, es decir tres días después de la vocación de Felipe, según la indicación cronológica del último relato.

Está presente la Madre de Jesús. San Juan le da a este hecho la mayor importancia. Es tan importante su presencia y su actuación como el milagro mismo. Ha llegado probablemente desde Nazaret, que dista de Caná unos siete kilómetros; quizá movida por relaciones de amistad o parentesco. La forma estaba allí la Madre de Jesús, supone que María estaba ya en Caná cuando llegó su Hijo. Al no nombrar a José, citado por el

Evangelista poco antes como padre legal de Jesús (Cfr. Jn 1, 4-5.), hace suponer que ya había muerto.

María está en todo lo que se refiere a la preparación de la fiesta. En las bodas de los pueblos de Palestina —aún en las más importantes— esta tarea correspondía a las hermanas, familiares y amigas. Y debía ser tenida en gran consideración la Virgen en aquel lugar porque es la persona a quien se informa de la situación crítica, antes que trascendiese a los invitados. Ni el mismo maestro la lo sabía.

Jesús y María se encontraron después de unos meses de ausencia. Jesús calla discretamente y ambos deben estar llenos de gozo por el encuentro.

Ha sucedido lo imprevisible: el vino se ha terminado. Y María, que conoce tan bien a su Hijo, se lo comunica en una oración de petición delicadísima. En esto dijo la Madre de Jesús a éste: no tienen vino. Nos recuerda la petición de aquella familia de Betania, amiga de Jesús: Solar, et que amas está enfermo (Jn 11, 3.). Es pedir sin pedir. Es una oración sin agobios, una llamada a la confianza que se mete de lleno en el alma de Jesús. Es una oración que hace omnipotente la petición.

Y Jesús le contesta: Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? No es llegada aún mi hora.

Tendríamos que haber visto los gestos de Jesús y la entonación de sus palabras para hacernos idea de este diálogo a la vez solemne, a la vez familiar, a la vez discreto. Todo transcurre en una atmósfera de sentimientos delicados; comprenderlo así, es penetrar en el espíritu del texto. Porque parece, por las palabras, que Jesús ha dicho no a la petición. Y María, su Madre al fin y al cabo, actúa como si hubiese dicho sí. Porque Ella es Maestra en el conocimiento de la Voluntad de Dios. Sabe lo que hay detrás de las palabras de su Hijo. Y, mitad

orden mitad consejo, dijo a los servidores: haced lo que El os diga.

Vemos a estos sirvientes, en silencio, atentos a este singular diálogo. (¡Cuántas veces no se realiza el milagro en nuestras vidas por andar distraídos, habiendo perdido esa capacidad de escucha para lo divino!).

Y Jesús se deja ganar por su Madre. Sienta un precedente hasta el fin de los siglos. María será reconocida como la omnipotencia suplicante. Los cristianos de todos los siglos, llevados por un instinto divino, descubrirán el atajo, el camino más corto, para llegar al poder de Jesús: este atajo ha sido siempre María. Millares de peticiones y de gracias concedidas lo confirman.

Y dice Jesús a los sirvientes: llenad las tinajas de agua. Y estos cumplieron bien su misión: las llenaron hasta el borde. La cantidad de agua que acarrearón fue enorme. Dado que cada metreta equivale a algo más de treinta y nueve litros, podemos calcular el agua llevada en unos seiscientos litros. Todo quedó convertido en vino. Jesús fue extremadamente delicado y generoso con su Madre. No sólo por la cantidad, sino porque el agua fue convertida en el mejor vino.

En cuanto a los sirvientes, pusieron lo que estaba de su parte. Llenaron las tinajas de agua, agua normal, insípida; no tenían otra cosa. Y su pobreza de medios, por contraste, serviría para resaltar el poder de intercesión de María. Sin embargo pusieron los medios humanos, desproporcionados, para que el milagro se realizase.

San Juan sólo relata en su Evangelio siete milagros. Y conociendo tan de cerca a María (Ahí tienes a tu Madre (Jn 19, 27.)), le dirá Jesús en nombre de todos nosotros) ha querido dejarnos esta escena para que no olvidemos jamás que en todos los apuros podemos contar eficazmente con Ella. «Muchas

conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios, han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva»[150]. Es imposible que en un corazón en el que se mantenga el amor y la devoción a la Virgen pueda anidar la tibieza. Porque la Virgen dispone el corazón para entender y tratar a Dios, impulsa al apostolado, lleva a la sinceridad de vida y a la confesión, nos anima a recomenzar siempre y nos consigue con abundancia, la gracia para seguir al Señor.

No hay remedio más eficaz para no caer en la tibieza, o para salir de ella, que una profunda devoción a María.

Tratar a María

Meses más tarde de este suceso en Caná, cuando Jesús ya es ampliamente conocido por su doctrina y sus milagros, una mujer sencilla del pueblo comenzará lo que ya no tendrá término hasta el fin de los tiempos: las alabanzas a María, el trato con ella.

Está Jesús hablando. La gente le rodea, mira y guarda un profundo silencio. De pronto, inesperadamente, una mujer grita con toda su alma: ¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron! (Lc 11, 27-28.).

Jesús se acordaría en estos momentos de su Madre y le llegaría muy dentro aquel elogio de la mujer que le escucha.

El Magnificat empieza a cumplirse: ...me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Una mujer, con la frescura del pueblo, ha comenzado lo que no terminará hasta el fin del mundo. Aquella profecía que un día hiciera la Virgen tendría su más acabado cumplimiento a través de los siglos: poetas, intelectuales, artesanos, reyes y guerreros, hombres y

mujeres de edad madura y niños que apenas han aprendido sus primeras palabras. Millares de voces, en lenguas diversísimas, seguirán cantando alabanzas a la Madre de Cristo.

Y Jesús, recogiendo las palabras de esa mujer del pueblo, hace aún más profundo el elogio de su Madre: Pero El dijo: Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica.

Nadie como su Madre escuchó con más atención la palabra de Dios, la guardó celosamente en su corazón y la puso por obra. Jesús elogia ahora la virtud y la delicadeza de María en cumplir los planes del Altísimo. La Iglesia demuestra haberlo entendido así al escoger estos versículos como lectura evangélica de algunas festividades marianas. «Era el elogio de su Madre, de su fiat (Lc 1, 38), del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada»[151].

Y hemos de agradecer su espontaneidad a esta mujer; y a San Lucas, que ha sido el único Evangelista que nos ha transmitido este incidente.

Agradecimiento porque nos han enseñado una excelente forma de alabar y honrar al Hijo de Dios: honrar a su Madre. A Jesús le llegan muy hondo las alabanzas a María.

Es fácil llegar hasta El a través de su Madre. Todo el pueblo cristiano, por inspiración sin duda del Espíritu Santo, ha tenido siempre esa intuición divina. «De una manera espontánea, natural, surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre Ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo.

»(...) La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, puede servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María.

»¿Cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza. Con un cariño que discurrirá en cada caso por cauces determinados, nacidos de la vida misma, que no son nunca algo frío, sino costumbres entrañables de hogar, pequeños detalles diarios, que el hijo necesita tener con su madre y que la madre echa de menos si el hijo alguna vez los olvida: un beso o una caricia al salir o al volver a casa, un pequeño obsequio, unas palabras expresivas.

»En nuestras relaciones con Nuestra Madre del Cielo hay también esas normas de piedad filial, que son el cauce de nuestro comportamiento habitual con Ella. Muchos cristianos hacen propia la costumbre antigua del escapulario; o han adquirido el hábito de saludar —no hace falta la palabra, el pensamiento basta— las imágenes de María que hay en todo hogar cristiano o que adornan las calles de tantas ciudades; o viven esa oración maravillosa que es el santo rosario, en el que el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas, como no se cansan los enamorados cuando se quieren, y en el que se aprende a revivir los momentos centrales de la vida del Señor; o acostumbran dedicar a la Señora un día de la semana —ofreciéndole alguna pequeña delicadeza y meditando más especialmente en su maternidad.

»Hay muchas otras devociones marianas que no es necesario recordar aquí ahora. No tienen por qué estar incorporadas todas

a la vida de cada cristiano —crecer en vida sobrenatural es algo muy distinto del mero ir amontonando devociones—, pero debo afirmar al mismo tiempo que nos posee la plenitud de la fe quien no vive alguna de ellas, quien no manifiesta de algún modo su amor a María»[152].

Cuando nos sintamos sin fuerzas, cuando nos veamos incapaces para llevar una tarea adelante, cansados o desanimados, acudamos a María. Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio para ser socorridos en tiempo oportuno (Hebr4, 16.). Amemos y veneremos a María porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiésemos por María»[153].

La alegría de la Virgen

La alegría cristiana supone dos cosas: estar enteramente convencidos de que Dios nos ama (nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene (1 Jn 4, 16.)), y el esfuerzo diario por ser fieles, por crecer en la amistad con Dios. Y la fidelidad supone tener siempre abierto el oído a nuevas exigencias. No se puede restringir la entrega (esa entrega que está en el origen y en el fin de la vocación cristiana recibida en el Bautismo), ni pensar que ya se ha dado todo de una vez (Dios pide hoy algo nuevo, distinto de ayer), ni poner condiciones, ni fijar límites.

La Virgen es para nosotros un ejemplo de alegría en la fidelidad y en el amor de Dios. El Ángel de la Anunciación la invita ya a la alegría: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo: ... (Cfr. Lc 1, 28). Es la proximidad de Dios la causa de la alegría en la Virgen. Isabel la proclama también bienaventurada, dichosa. Precisamente por haber creído; por haber dicho que Si, por haber sido fiel. Y María cantará su

júbilo en Dios: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios, salvador mío (Cfr. Lc I, 46-47.). Estas palabras reflejan la grandeza de su alma, tan cercana a su Creador.

La fidelidad de María (y por tanto su felicidad) está hecha de desprendimiento, de humildad y de oración, de disponibilidad y de confianza. Fidelidad que tendrá momentos difíciles y dolorosos.

La alegría de la Redención y el dolor de la Cruz son inseparables en las vidas de Jesús y de María: como si Dios, a través de las criaturas de la tierra que más ha amado, nos quisiera mostrar que, en el mundo, la felicidad no está lejos de la Cruz. A la alegría del Nacimiento se añade la privación y la zozobra. Vendrá luego la profecía de Simeón en el templo, la huida a Egipto, la respuesta de Jesús, después de tres días de intensa búsqueda... y sobre todo el misterio de la Pasión y de la Muerte de su Hijo en la Cruz. Cuando llegue la hora contemplará a su Hijo en la Cruz, en silencio, sin un reproche, sin una queja. María aceptará el dolor con serenidad, con sentido redentor, unido al de su Hijo.

Ante todos los acontecimientos de su vida, su fidelidad irá en continuo aumento. La veremos con una alegría serena, confiada y silenciosa, cumpliendo en todo la voluntad de Dios.

Miranda a María, nosotras comprendemos tres cosas: que la felicidad consiste en decirle siempre Sí a Dios, que hay que ser fieles en todas las circunstancias por las que pasa nuestra vida, que la fidelidad está hecha de desprendimiento de los propios planes y cosas y de una disponibilidad absoluta para recibir con gozo la voluntad de Dios, para adelantar cada día un poco más en este camino nuestro hacia Dios.

- [1] Cfr. SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 28, a 4
- [2] Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, Madrid, 1976, 31 ed., n. 659.
- [3] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 14 ed., Madrid, 1976, n. 102; Homilía "Cristo presente en los cristianos", Colec. Noray, n.º 14, Ed. Palabra, 3.ª ed., pá-ginas 10-11.
- [4] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "El fin sobrenatural de la Iglesia", Colec. Noray, n.º 30, Ed. Palabra, 3.ª ed., pá-gina 12.
- [5] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 132; Homilía "El Gran Desconocido", Colec. Moray, n.º 21, Editorial Palabra, 3.ª ed., p. 34.
- [6] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 14.4; Homilía "Por María, hacia Jesús", Colec. Noray, n.º 44, Ed. Palabra, p. 33.
- [7] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Ibídem, n. 45; Homilía "En el taller de José", Colec. Noray, n.º 3, Ed. Palabra, 3.ª ed., pág. 33.
- [8] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "Vida de oración" Colec. Noray, n.º 39, Ed. Palabra, 3.ª ed., pp. 32-33.
- [9] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "Virtudes humanas", Colec. Noray, n.º 35, Ed. Palabra, 3.ª ed., pp. 43-44.
- [10] P. A. REEGIO, Espíritu sobrenatural y buen humor, Madrid, 1966, p. 12.
- [11] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 30.
- [12] SANTO TOMÁS, Comm. in ep. ad Philip., c. 4, lec. 1.
- [13] P. M. REGGIO, o. c., p. 24
- [14] PEDRO RODRÍGUEZ, Fe y vida de fe, Pamplona, 1974, pág. 141.

- [15] SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 1 q. 63 a. 2.
- [16] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 5; Homilía "Vocación cristiana", Colec. Noray, n.º 27.
- [17] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, Madrid, 1976, 31 ed., n.º 994.
- [18] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "El trato con Dios", 5-IV-1964, en Cuadernos M. C. n. 3, pp. 32-33.
- [19] SANTO TOMÁS, Suma Teológica., 2-2, q. 82, a. 1. 41
- [20] J. TISSOT, La vida interior, Barcelona, 1963, p. 100.
- [21] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, citado por A. del Portillo en el discurso pronunciado el 12 de junio de 1976 en la Uni-versidad de Navarra.
- [22] J. M. PEROSANZ, La Iglesia en tiempo de crisis, Barce-lona, 1975, p. 55.
- [23] Cfr. Camino, n. 326.
- [24] J. PIEPER, Sobre la esperanza, Madrid, 1961, p. 72.
- [25] SAN JUAN CRISÓSTOMO, In Matth. hom. 45, 1.
- [26] SAN GREGORIO MAGNO, Reg.3, 34. past.
- [27] J.ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa Homilía "La lucha interior", Colec. Noray, n.º labra, 2ª ed., Madrid, 1973, pp. 16-17.
- [28] Ibídem, n. 77.
- [29] Ibídem.
- [30] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "Vida de oración", Colec. Noray, n.º 39, Ed. Palabra, Madrid, 1973, pp. 33-34.

[31] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "Humildad", Colección Noray, n.º 37, Ed. Palabra, 3.º ed., Madrid, 1973, pá-ginas 9-11.

[32] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 114; Homilía "Cristo presente en tos cristianos", Colec. Noray n.º 14, Ed. Palabra, 3ª ed., Madrid, 1970, pp. 49-50.

[33] Cfr. Camino, n. 236.

[34] Camino, n. 237.

[35] Camino, n. 246.

[36] Camino, n. 238.

[37] Camino, n. 240.

[38] J. MARAGALL, Elogio de la palabra, Obras completas, Barcelona, 1960, t. II, p 44.

[39] CONCILIO VATICANO. Const. past. Gaudium et Spes, número 10.

[40] SAN GREGORIO, Reg. past., Obras completas, Madrid, 1958, pp. 174-175.

[41] CONCILIO VATICANO II, Const. past. Gaudium et Spes, número 41.

[42] J. M. PEROSANZ, O. C., p. 58.

[43] J. PIEPER, O. C., p. 70.

[44] Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, número 111.

[45] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 164: Homilía "El Corazón de Cristo, paz de los cristianos", Colee. Noray, n.º 43, Ed. Palabra, Madrid, 1973. pp. 2421.

[46] SAN AGUSTÍN, De civitate Dei, 14, 9.

[47] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa., n. 5; Homilía "Vocación cristiana", ColeC. Moray, n.º 27, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid, 1973, pp. 22-23.

[48] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "Porque verán a Dios", 12-III-1954, en Cuadernos M. C. n. 4, p. 15.

[49] PABLO VI, Encíclica Sacerdotalis coelibatus, 73.

[50] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía "El trato con Dios", 5-IV-1964, l. c., p. 29.

[51] Cfr. Camino, nn. 813-830.

[52] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n. 77; Homilía "La lucha interior", Colec. Noray, n.º 31, Ed. Palabra, 2.º ed., Madrid, 1973, pp. 26-27.

[53] B. BAUR, La confesión frecuente, Barcelona, 1974, página 105.

[54] CASIANO, Collat 6,

[55] (Dz 880, 693).

[56] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa. n. 91; Homilía "La Eucaristía, misterio de fe y de amor", Colección Noray, n.º 22, Ed. Palabra, 2.ª ed., Madrid, 1972, páginas 35-36.

[57] *Ibidem*, n. 92.

[58] Camino, n. 541.

[59] Camino, n. 531.

[60] J. PIEPER, O. C., p. 208.

[61] C. J. PINTO DE OLIVERA, VOZ "Templanza", en GER, t. 22, p. 175.

[62] J. PIEPER, O. C., p. 28.

[63] PABLO VI, Alocución, 8-IV-1966.

[64] *Ibíd.*

[65] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 176; Homilía "La Virgen Santa, causa de nuestra alegría", Colección Noray, n.º 25, Ed. Palabra, 4.ª ed., Madrid, 1972, pp. 35-36.

[66] *Camino*, n. 204.

[67] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De sacer.* 3, 13.

[68] SAN AGUSTÍN, *Serm.* 11, 6

[69] *Camino*, n. 196.

[70] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta*, 24-III-1930, en *GER*, t. 16, p. 336.

[71] A. DEL PORTILLO, *Discurso citado*.

[72] J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 6; Homilía "Vocación cristiana", *Colec. Noray*, n.º 27, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid, 1973, pp. 24-25.

[73] J. LECLERQ, *Diálogo del hombre y Dios*, pp. 143-145.

[74] J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 60; Homilía "La Conversión de los hijos de Dios", *Colec. Noray*, n.º 6, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid, 1969, pp. 27-28.

[75] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 76; Homilía "La lucha interior", *Colec. Moray*, n.º 31, Ed. Palabra, 2.ª ed., Madrid, 1973, p. 25.

[76] *Camino*, n. 758.

[77] SAN AGUSTÍN, *In Epist.* 72.

[78] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Math: hom.* 25, 4.

[79] *Ibidem*.

[80] SAN BERNARDO, In Dom. VI. post pent., 25, 4.

[81] Camino, n. 268.

[82] SAN BERNARDO, In Ps. 50, 4, I.

[83] S. CANALS, *Ascética meditada*, Madrid 1976, 12.º ed., páginas 130-131.

[84] Cfr. Camino, n. 375.

[85] Camino, n. 283

[86] SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 35, a. 4 ad 2; De Mato, q. 11 a. 4.

[87] SAN GREGORIO MAGNO; *Regulae pastoralis liber*.

[88] Cfr. PRÜMER, *Manuale Theologiae Moralis*, 15 ed. Friburgo, 1961, n. 435.

[89] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía, *La esperanza del Cristiano*, 8-IV-1968, en *Cuadernos M. C.*, n.º 5, p. 17.

[90] *Ibidem*, p. 36.

[91] *Ibidem*, p. 22

[92] A. G^a DORRONSORO *Dios y la gente*, Madrid, 1973, p. 103

[93] J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n.º 88; Homilía, "La Eucaristía, misterio de fe y de amor", Colección Noray, n.º 22, Ed. Palabra, 2ª ed., Madrid, 1972, p. 26.

[94] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía, *La esperanza del cristiano*, p. 26.

[95] *Ibidem*, p. 26-27.

[96] Cap. 13 y 14.

[97] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *I. C.*, p. 14.

[98] J. PIEPER, Las virtudes fundamentales, Madrid, 1976, página 54.

[99] SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 129 e.

[100] J. PIEPER, O. C., p. 278.

[101] SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 171, a. 2.

[102] SANTO TOMÁS, Suma Teológica, 2-2, q. 177, 1.

[103] Cfr. 1 Cor 3, 7.

[104] SANTO TOMAS, De Malo, 11, 4.

[105] J. PIEPER, O. C., p. 396

[106] J. M. PEROSANZ, o. C., p. 59.

[107] (Moralia, 6, 22)

[108] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 67-68; Homilía "El respeto cristiano a la persona y a su libertad", Colección Noray, n.º 26, Ed. Palabra, 2ª ed., Madrid, 1972, páginas 12-13.

[109] Cfr. SANTO TOMAS, Suma Teológica, 2-2, q. 34, a 6; q. 158, a. 7 ad 2.

[110] S. CANALS, o. C., p. 119.

[111] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 76; Homilia "La lucha interior", Colec. Noray, n.º 31, Ed. Palabra, 2.ª ed., Madrid, 1973, pp. 22-23.

[112] Camino, n. 329.

[113] Camino, n. 386.

[114] A. ROYO MARÍN, Teología moral, I, Madrid, 1973, p. 198.

[115] *Ibidem*, p. 199.

[116] Camino, n. 330.

[117] CONCILIO DE TRENTO, ses. VI, c. 23

[118] SAN AGUSTÍN, Serm. 56, 12.

- [119] A. G.^a DORRONSORO, Tiempo para creer, p. 136.
- [120] SAN AGUSTÍN, De corre p. et. prat., 9, 24.
- [121] G. CHEVROT, Simón Pedro, 2.^a ed., Madrid, 1958, pági-nas 275-276.
- [122] SAN AGUSTÍN, Serm. 295, 3.
- [123] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía El trato con Dios. 5-IV-,1964, 1. c., pp. 26-28.
- [124] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 93; Ho-milía, "La Eucaristía, misterio de fe y de amor", Colección Noray, n.º 22, Ed. Palabra, 2^a ed., Madrid, 1972, pp. 40-41.
- [125] Cfr. Camino, n. 88.
- [126] SAN AGUSTÍN, Epist. ac Parthos 1, 6.
- [127] B. BAUR, La confesión frecuente, Barcelona, 1974, páginas 106-107.
- [128] Cfr. SANTO TOMÁS, Suppl. 9, 4.
- [129] SAN AGUSTÍN, Serm. 16, 7
- [130] A. REY, El Sacramento de la penitencia, Ed. Palabra, segunda edición, Madrid, 1977, p. 137.
- [131] B. BAUR, o. c., pp. 76-77.
- [132] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 34; Homilía "En la Epifanía del Señor", Colec. Noray, n.º 24, Ediciones Palabra, 4.^a ed.
- [133] A. G.^a DORRONSORO, Tiempo para creer, Madrid.
- [134] D. GARRIGOU-LAGRANGE, Las tres edades De la vida inte-rior, Ed. Palabra, vol. I, 2.^a d., p. 297.
- [135] SAN AGUSTÍN, Serm. 112.
- [136] Cfr. Camino, n. 59.
- [137] Cfr. Camino, n. 791.
- [138] Camino, n. 961.
- [139] SAN JUAN CRISÓSTOMO, In Matth. hon. 46, 3.

[140] TERTULIANO, Apol. 37.

[141] Cfr. Camino, n. 586.

[142] PEDRO RODRIGUEZ, o. C., p. 142.

[143] J. ESCRIVÁ E BALAGUER, Homilía Para que todos se salven, Colec. Noray, n.º 36, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid 1973, p. 11

[144] SAN GREGORIO MAGNO, Regulae pastoralis liber, 3, 34.

[145] J. ESCRIVÁ E BALAGUER, Homilía Vida de fe, Colec. No-ray, nª 33, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid 1973, p. 16.

[146] SAN JERÓNIMO, Epist. 22, 40.

[147] SAN AGUSTIN, De bono vitae, 21, 26.

[148] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía Para que todos se salven, Colec. Moray, nº 36, Ed. Palabra, 3.ª ed., Madrid, 1973, pp. 19-22.

[149] Camino, n. 492.

[150] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 149; Homilía "Por María hacia Jesús", Colec. Noray, n.º 44, Ed. Palabra, Madrid, 1973, pp. 52-53.

[151] J. ESCRIVA DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 172; Homilía "La Virgen Santa, causa de nuestra alegría", Colección Noray, n.º 25, Ed. Palabra, 4.* ed., Madrid, 1972, p. 13.

[152] J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, n.º 172; Homilía "Por María hacia Jesús". Colec. Noray, n.º 44, Ed. Palabra, Madrid, 1977, pp. 21-27.

[153] SAN BERNARDO, De aquacd. serm. 6.